



LA PRINCESA MARIA JOSE Y EL PRINCIPE HUMBERTO

Entre las Princesas de regia estirpe, María José de Bélgica es una de las merecedoras de eterna felicidad. Su belleza, su modestia, los altos prestigios de su casa, tan noblemente engrandecida por el sacrificio, son méritos suficientes para lograrla. Su boda con el Príncipe Humberto de Italia parece el camino para conseguirla. Los votos unánimes del pueblo belga y de cuantos conocen á la Princesa se la desean

Boda de Príncipes



La Habana, desde La Cabaña

CUBA Y «LA ESFERA»

EL *Mundo*, de La Habana, nos dedica unos comentarios, absolutamente injustos, con motivo de un artículo de José Francés, en que nuestro colaborador expone y firma sus juicios acerca del pintor asturiano Evaristo del Valle.

El periódico habanero juzga algún cuadro de Valle y alguna frase de Francés ofensivas para Cuba, y pide á las autoridades que tomen «alguna medida ejemplar contra LA ESFERA y otras publicaciones de su clase.»

Cuantos leen LA ESFERA saben hasta qué punto las personalidades y los intereses de Cuba nos son queridos y encuentran en nuestras columnas la más favorable acogida. Nadie puede acusarnos, no ya de ofender á Cuba, sino ni siquiera de ser tibios al hablar de aquella nación ó de sus hombres.

Es verdaderamente triste para nosotros que, al cabo de una labor de confraternidad hispano-cubana, realizada en nuestra revista con amor y desinterés probados, aprovechando todas las circunstancias y atendiendo todos los requerimientos, la única voz injusta y apasionada que se alce en Cuba para ocuparse de LA ESFERA sea la de *El Mundo*, de La Habana, como respondiendo á un rencor cuyo origen no acertamos á explicarnos. No es posible que nadie que cono-

ca nuestro periódico pueda dudar de nuestro cariño á la gran República cubana. En miles de ocasiones se lo hemos demostrado, y ello puede comprobarse repasando nuestra colección, en la que están bien patentes nuestros sentimientos. Sólo el despecho y una animosidad incomprensible han podido dictar esas líneas de *El Mundo* referentes á LA ESFERA.

Lo que *El Mundo* dice de cómo son recibidos y agasajados en La Habana los extranjeros, y de cómo pagan ingratamente la acogida, no puede referirse á nosotros, y hace mal el periódico habanero mezclando con esas consideraciones el nombre de LA ESFERA. Nosotros no tenemos nada que agradecer á Cuba, aparte la asiduidad de unos cuantos miles de lectores cubanos que, naturalmente y por fortuna, tienen de nuestro periódico una idea absolutamente contraria á la que *El Mundo* consigna como propia.

Las líneas que aquel periódico reproduce no están solas en el artículo de José Francés. Leyendo íntegro el párrafo, se ve perfectamente hasta qué punto la indignación de *El Mundo* es injustificada y absurda. Allí se dice: «Lo que en los lienzos de tema y luz nortefios es suavidad espiritual, delicadeza de matices, ternura recogida, en los lienzos de tema y luz tropicales se cambia en sensual ímpetu, estridencia fulgurante

te y caricaturesco ritmo. A Valle, en Cuba como en España, no le interesan los ambientes descharacterizados y uniformes de las grandes ciudades y de una mesocracia gris. Busca el hábito popular, las costumbres no falseadas, el ambiente íntegro saturado de veracidad vernacular. Así, *La rumba*, *La riña de gallos* y *En el malecón*, reflejan, con el reseco deslumbramiento de la campiña cubana, actitudes y cuerpos de negros que todavía no pisaron los tablados del jazz-band ni recibieron la pleitesía mórbida de las reatas blancas.»

No hay en ese párrafo, leído íntegro, nada ofensivo para Cuba ni para los cubanos, y leyéndole, á nadie puede ocurrírsele, de buena fe, después de leerle, que el cuadro de Valle, que el periódico de La Habana reproduce, para zaherirnos, represente ni simbolice á Cuba.

Por eso el ataque, violento é injusto, de *El Mundo* nos sorprende tanto cuanto más seguros estamos de merecer algo muy contrario: tenemos por eso necesidad de rechazarlo; pero no queremos hacerlo con violencia ni con acritud. Meramente consignando los hechos, para que cada cuál pueda juzgarnos á todos.

Creemos, además, firmemente que la opinión de los cubanos es en absoluto contraria á la de *El Mundo*.

CAMARA-FIU

LA ISLA DORADA

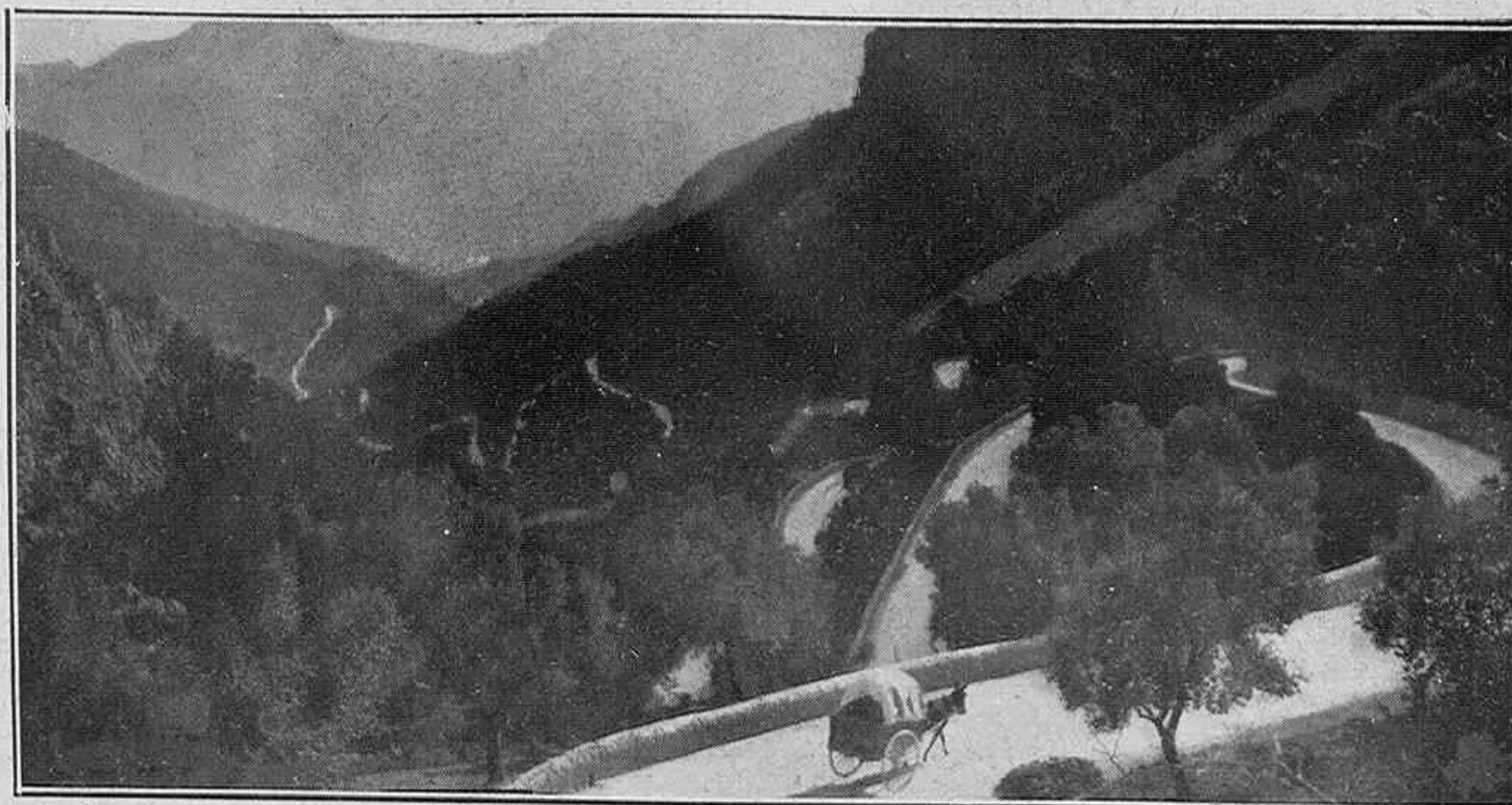
SAN SALVADOR DE FELANITX (MALLORCA)

SOBRE una roca piadosa, que se sube recta al cielo como sube la oración, está la ermita de San Salvador, habitada por ermitaños octogenarios casi todos; y en un pico más elevado aún yergue enhiesta una cruz cuyos esplendores, como la luz que la circunda, irradian por inmensas alturas y valles de Mallorca, invitando á la piedad, al recogimiento y á la oración.

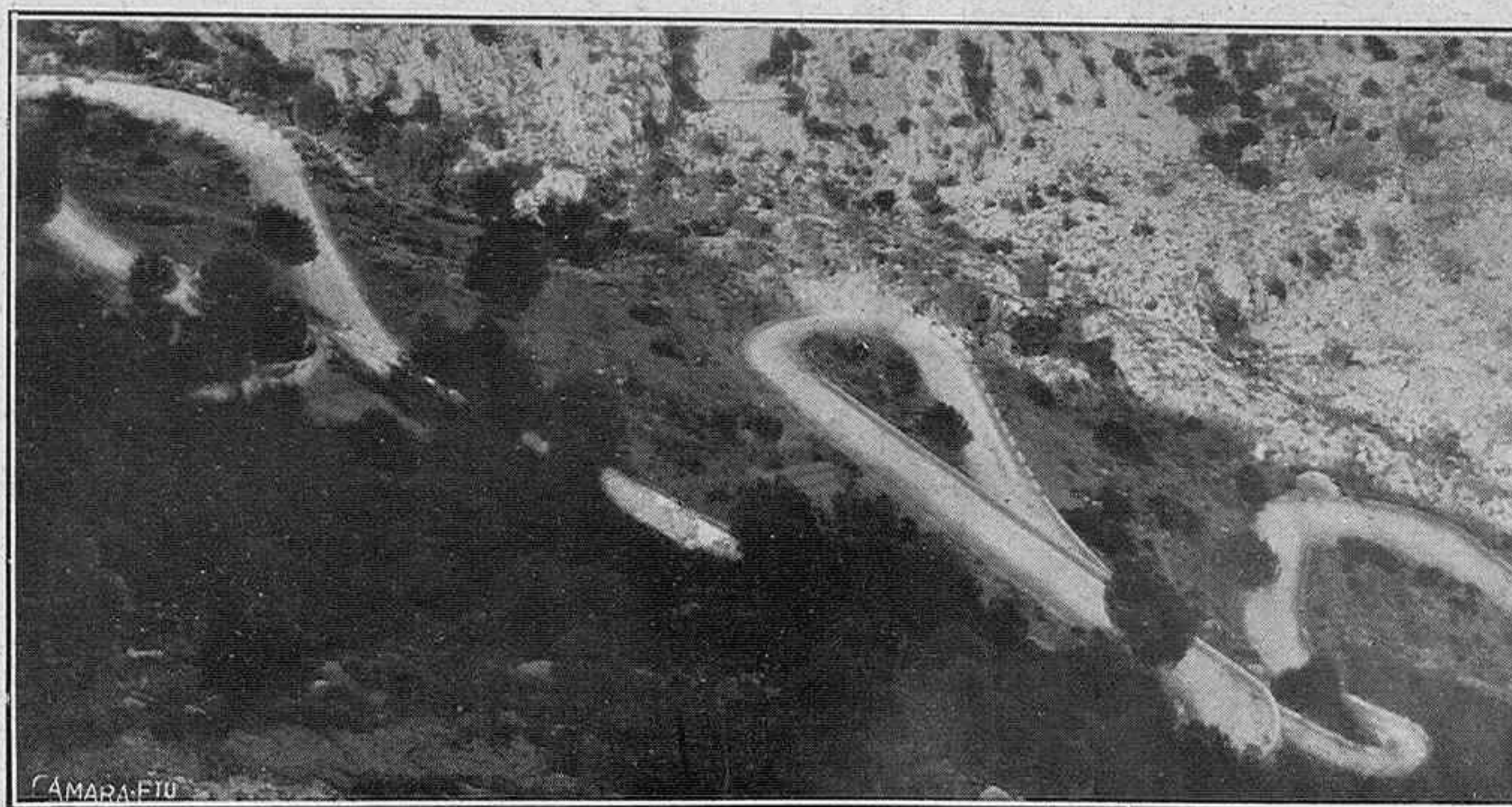
Los horizontes con brumas infinitas, las ciudades, los pueblos y caseríos; las blancas alquerías de recuerdos morunos; los valles tapizados de esmeralda; las selvas de frondas milenarias; los mares rientes y fuentes cantarinas que desde aquel punto incomparable se distinguen, impresionan tan hondamente, se siente con tanta intensidad la grandeza del Creador, que el hombre, reconociendo más que nunca su propia pequeñez, abre su pecho á todas las gratitudes; su alma emocionada, á todas las devociones, y su espíritu, saturado de perfumes y belleza, á toda idea noble, generosa y elevada. Que sabido es que jamás el hombre se aproxima tanto á la Imagen y Semejanza de Dios, como al contemplar, admirar y sentir las obras de Suprema Belleza que bondadosamente creó para regalo y galardón de la especie humana.

Y si bien es verdad que la más intensa emoción del artista, del turista, del creyente culmina en aquellas alturas de maravilla, hay que tener en cuenta que la emoción y el sentimiento de lo bello empiezan al recorrer los primeros trayectos de la ascensión.

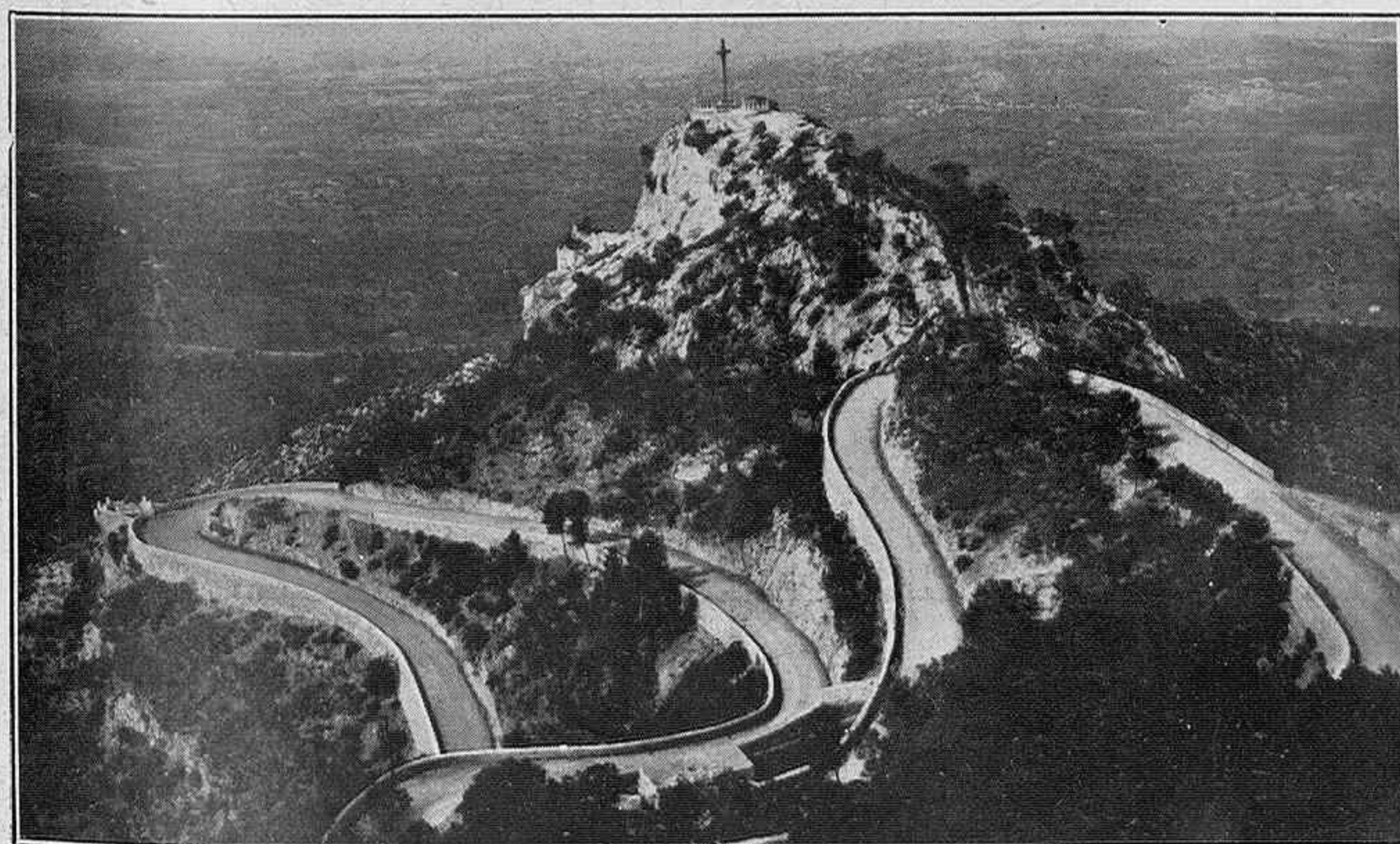
El camino, de curvas fantásticas, de atrevido é inteligentísimo trazado, obra genial de nuestros meritísimos



Los horizontes con brumas infinitas...



El camino de curvas fantásticas...



Alturas de maravilla

ingenieros, construídos antaño por los ilustres isleños D. Emilio Pou, D. Eusebio Estades y otros, para el limitado tránsito de diligencias, galeras y carretones, y adaptado hogaño, á costa de dificultades de todo género, para las necesidades del moderno tráfico rodado, por otros ilustres colegas, como los señores Manrique de Lara, cuyo acierto y desvelo son insuperables; el Sr. Calvet y otros, amantísimos todos de la privilegiada isla; donde cada hectómetro que se recorre ofrece á la visión del turista un nuevo paisaje y una nueva

emoción; donde en cada contramarcha se descubre un nuevo cielo, una nueva perspectiva, una nueva mirada, un distinto y variado bosque y otras nuevas cumbres; con una gama de verdes de tantos tonos como plantas, tantos matices como hojas, tantos perfumes como flores y tantos gorjeos como pájaros; formando, en conjunto, un paraje de visión de tanta grandeza y tan múltiples y variadas impresiones, que cuantos turistas van á Mallorca repiten invariablemente su visita, para saturarse é impresionarse nuevamente de parajes cuya belleza, por lo grande, no se asimila bastante en una primera impresión.

Aunque estos panoramas y estos trazados se multiplican en la dorada isla y no hay pueblo alguno en ella que no ostente su bella ofrenda geográfica, son notorios ejemplares los trazados de San Salvador, Soller y Lluch, que ofrecemos á la contemplación de los amables lectores de LA ESFERA.

EMILIO POU



«Muerte de Lucrecia», cuadro original de Guido Reni, que se conserva en el Museo del Prado

LOS ÁRBOLES DE LOS MUERTOS

EL vulgo, que posee casi siempre el acierto intuitivo de denominar las cosas con gran justeza, ha dado en señalar á los cipreses como los árboles de los muertos. ¿Hasta qué punto esto puede decirse por que sea exacto? Ciertamente, los cipreses son árboles tristes; todo en ellos parece conformado para infundir tristeza: la sequedad de sus troncos al arrancar del suelo; el tono oscuro, casi negro, de sus compactas copas; la forma aguda de sus ramas, que parecen buscar en el cielo lo que no encontraron en la madre tierra, dejan el ánimo de aquel que los contempla más propenso á la melancolía que al regocijo. ¿Acaso por esto es por lo que se han colocado en los cementerios? ¿Quién sabe! Las puntiagudas y elevadas copas de estos árboles, al sobresalir de las tapias de un camposanto, son como un símbolo de que lo humano, que no es nada y que se va haciendo tierra, busca la pervivencia de lo eterno para transfundirse con la impalpabilidad de la atmósfera.

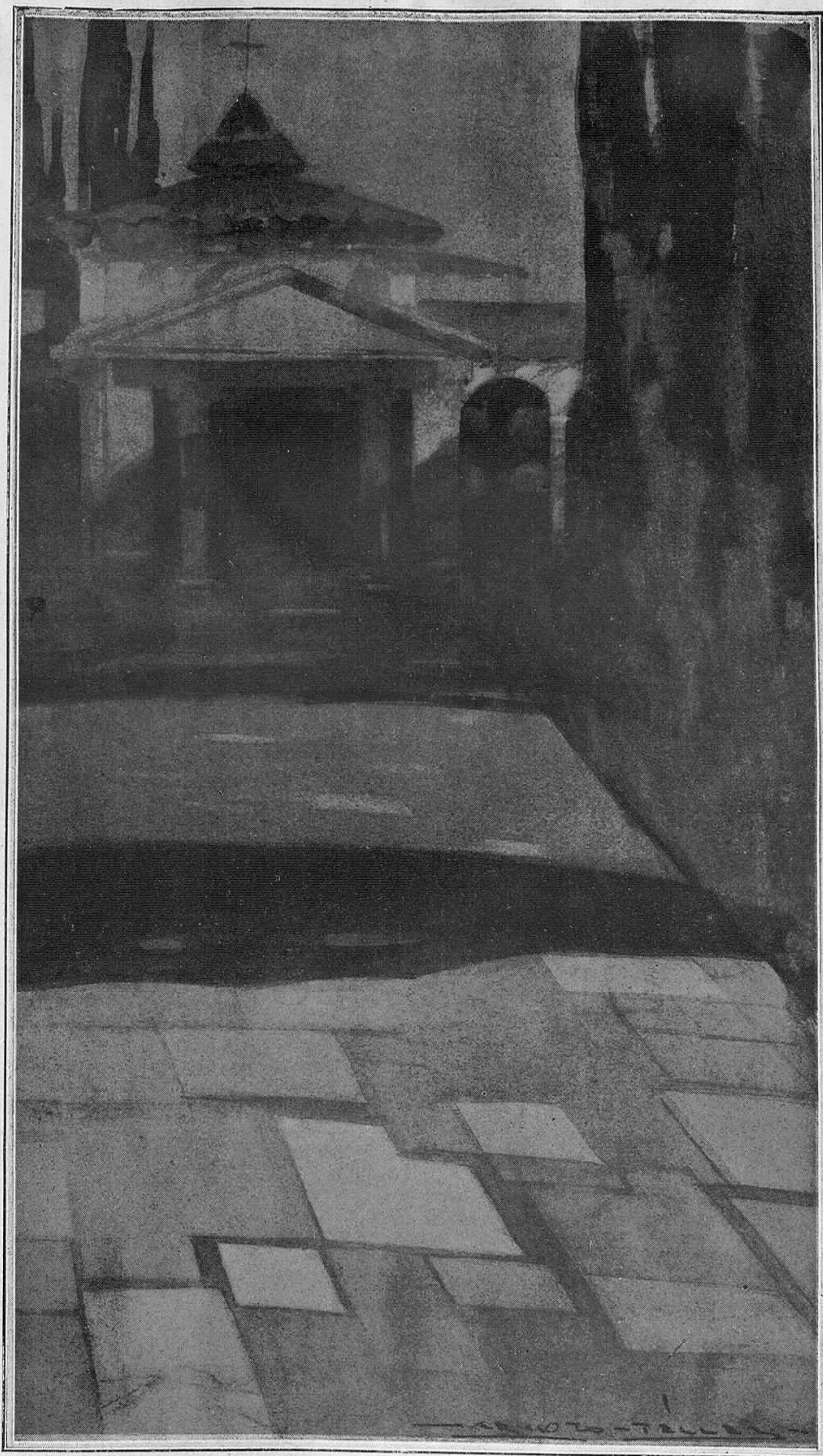
Los árboles poseen tal fuerza de emoción, que son ellos los que dan el tono espiritual á la tierra en que nacen, y los cipreses, que tienen un espíritu—esto no se puede negar—, tal vez representen dentro de los cementerios la verdad de que por encima del hombre está la Naturaleza. Los hombres, que han querido sostener con sus dedos las riendas de las cosas, tienen menos temporalidad que esas mismas cosas que han ejecutado con sus manos ó han imaginado con su inteligencia. Los seres se deshacen en polvo, mientras los cipreses, al crecer, al crecer, quisieran vestirse de cielo...

•••••

Nada invita tanto á la reflexión como los árboles. No es el lugar en que los encontramos—el lugar, casi siempre, poco importa y nada representa—, son los mismos árboles, el espíritu que ellos tienen, el que fuerza el ánimo al recogimiento y á la meditación. En el prólogo de *El ingenioso hidalgo* habla Cervantes de la serenidad de los campos. La frase, que en sí es exacta, matizándola resulta incompleta: los campos de Andalucía no son tan serenos como los de Galicia; los árboles que lo pueblan, el cielo que lo cubre, la nota tónica del ambiente que lo envuelve es diametralmente opuesta la de un lugar con la de otro... Son los árboles los que producen esas diferencias; es el fruto de esos árboles el que da lugar á que todo cambie, á que todo se transforme. Fontenay parece de otro mundo comparado con Sorrento; mientras Sorrento es un bosque de naranjos, Fontenay es un ramillete de rosas, y todo, en Fontenay como en Sorrento, es común: el calor de la tierra y el color del cielo; la suavidad del aire y la cristalinidad del ambiente; la fulgencia del sol y el pálido claror de la luna. ¡Ah, pero los árboles, el fruto de esos árboles...!

El paisaje, los árboles que pueblan un paisaje, regulan, á veces, los sentimientos de los seres. Cuantos viven en Castilla, en la parda y seca Castilla, no pueden tener la misma ternura sentimental que los que dejan pasar su existencia contemplando la jugosidad de los campos norteños. Si se examina á un hombre de los que viven en los desolados campos castellanos, se verá que en su mirada hay algo de vertiginoso y delirante; un afán de aventura es la llamita que arde en el fondo de sus ojos. En cambio, un hombre que vea nacer el sol sobre los agudos picachos de los montes cántabros mira á los seres y á las cosas con la más absoluta serenidad. Y es que los hombres somos, como la naturaleza que nos rodea nos deja ser.

¿Los árboles serán tristes ó alegres porque los seres los hayamos hecho así? Es difícil, en extremo, de contestar esta pregunta. Cabe, á veces, imaginar que los cipreses se han conformado de esa triste forma porque la desalmada mano de los hombres los colocó en los cementerios para que sirvieran de sombra á los muertos que yacen en las fosas. Y los cipreses ya, para siempre, fue-



ron tristes y tuvieron la infinita melancolía de los que en la vida tienen que contemplar lo que desaparece...

Los cipresales que crecen y se desarrollan en las afueras de las aldeas, á hurto de los cementerios, parecen, en esa hora penumbrosa del atardecer, que quieren llamar á los muertos. El alma de ellos no está bien con el alma de los vivos, sino que quieren la materia inerte para triunfar y crecer, y crecer...

¡Árboles, paisajes, campos!... No es la mano

del hombre la que los hace, fertilizándolos á su antojo. Son ellos, ellos mismos, que tienen un alma y la saben irradiar, los que se envuelven en ella, como en un sudario que luego fuera á cubrir la tierra, después de llenarlo de su espíritu:

Los cipreses son, á decir del pueblo, los árboles de los muertos. ¿Por qué no extenderlos por todas partes! ¿Acaso la vida no es una inmensa tumba?...

LUCIANO DE TAXONERA

(Dibujo de Aristo Téllez)



El cenotafio de Londres, rodeado por inmensa muchedumbre en un día de aniversario
(Fot. Agencia Gráfica)

LA CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS LA TUMBA DEL SOLDADO DESCONOCIDO

LA tumba del soldado desconocido, bajo el orgulloso Arco de Triunfo, en la plaza de l'Etoile, de París, tiene tan alto y noble simbolismo, que ha impregnado de perfume galo todos los grandes *memoriales* conmemorativos de la gran guerra.

Parece, efectivamente, una réplica ó un complemento que las ideas modernas hacían absolutamente imprescindible: el Arco de Triunfo, tan lleno de recuerdos de las campañas del Imperio, más que á la gloria de sus ejércitos, parecía alzado para mayor gloria de Napoleón. Convertido en monumento funerario del soldado desconocido, adquiere la significación reivindicadora de la Justicia, y afirmativa del más amplio y equitativo sentido democrático. Napoleón llevó á sus ejércitos á la victoria; pero en todas las guerras, y por sublimación en la gran guerra, sobre la masa innominada de los ejércitos se alzó la gloria de los generales.

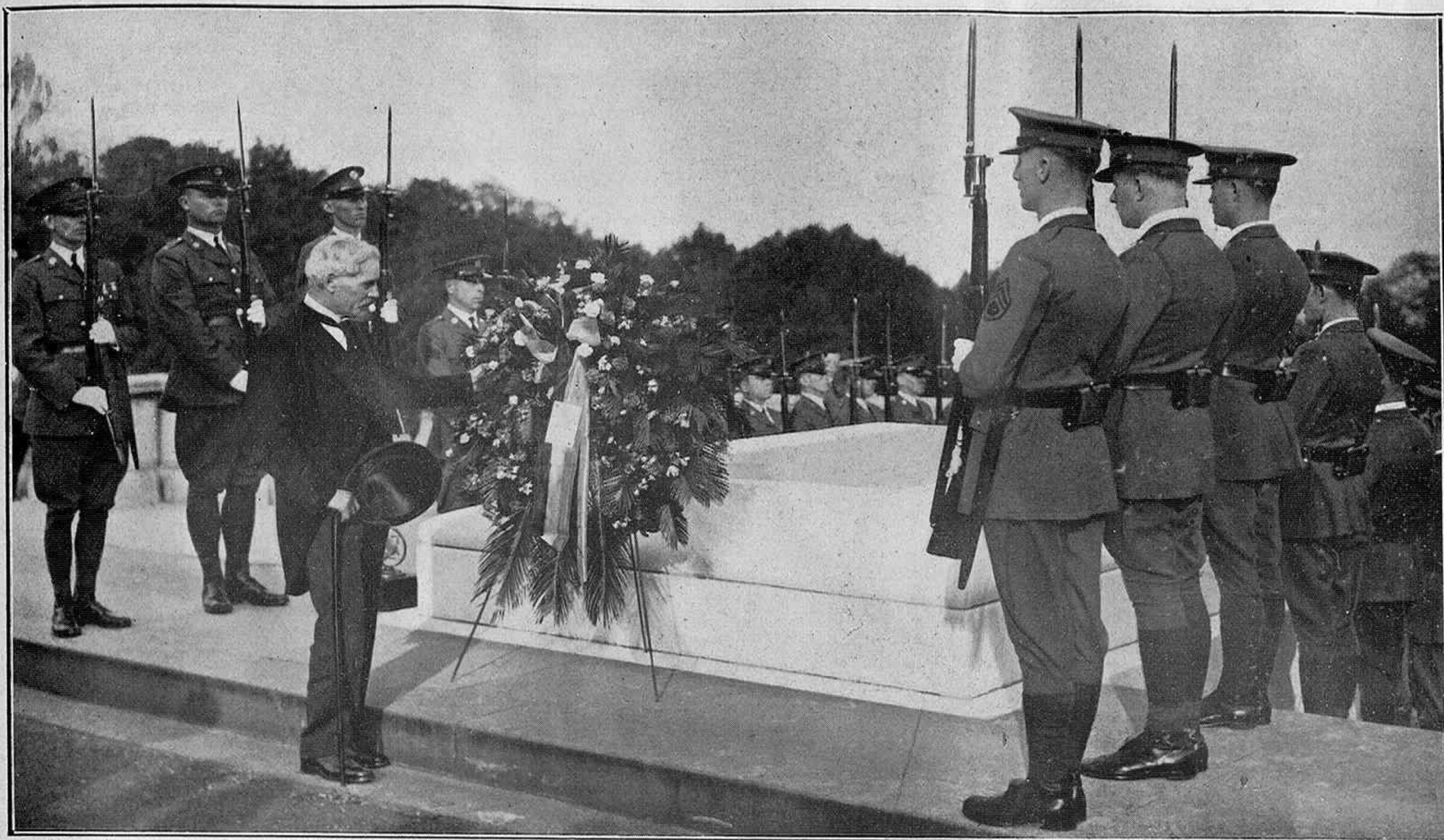
Encarna también la bella idea el universal sentir moderno, que en todos los países ha germinado en monumentos de sobriedad y grandeza supremos. Como París, Londres, Bruselas y Wáshington, tienen sus cenotafios con igual sentido y significación, y en todas partes, ante esas tumbas, sobre las que no hay escrito ningún nombre, hay constantemente flores y lágrimas que son el más cálido homenaje á los que sucumbieron no se sabe dónde ni cuándo.

Los interminables cementerios del frente, llenos de cruces que llevan casi siempre un nombre, dan la emoción trágica, el estremecimiento de la horripilación, por su magnitud reveladora de cómo sucumbió, víctima de la soberbia y de la inconsciencia humana, toda una florida juventud.

No tienen, sin embargo, la grandeza expresiva y emocional de esas tumbas del soldado desconocido, que en todos los países que lucharon son lugar de



El benjamín de la Escuela de cadetes de Sandhusst, depositando una corona sobre la tumba del soldado desconocido francés
(Fot. Henry Manuel)



Ramsay Macdonald, ante la tumba del soldado desconocido norteamericano

(Fot. Agencia Gráfica)

constante vigilia de los hermanos de armas y lugar de peregrinación de los grandes de la tierra, que ante esas tumbas se descubren, depositan flores y elevan una oración por los que murieron modesta, calladamente, sin dejar siquiera su nombre para que fuese ungido por la gloria y exaltado por la memoria de los humanos.

Son tantos los nombres con que podría substituirse la incógnita, que la emoción, aunque menos ruidosa, ha de ser más intensa ante ella; y los franceses, llevando ante el Arco de Triunfo todas las manifestaciones de su gloria y de su fuerza, y dando así ejemplo a las naciones que los imitan, hacen perdurable el recuerdo de los que, anónimamente, con el más desinteresado de los patriotismos, dieron su vida por la patria

y por la libertad. Y esa tumba no tiene el sentido de exaltación de la guerra, inseparable siempre de los homenajes á los grandes caudillos; es, por el contrario, un anatema contra los instintos bélicos destructores.

Los grandes de la tierra que ante el sepulcro del soldado desconocido se descubren y oran, y los humildes que derraman lágrimas cordiales, lloran por igual los horrores de la guerra; y aunque puede ser la visita á esos cenotafios lección de heroísmo, puede serlo aun más de odio á los que alzan la discordia entre pueblos y razas.

En último extremo y sobre todo, pueden aún tener una significación y un simbolismo más amplio, tan válido para la guerra como para la



El Arco de Triunfo, bajo el que reposa en París el soldado desconocido

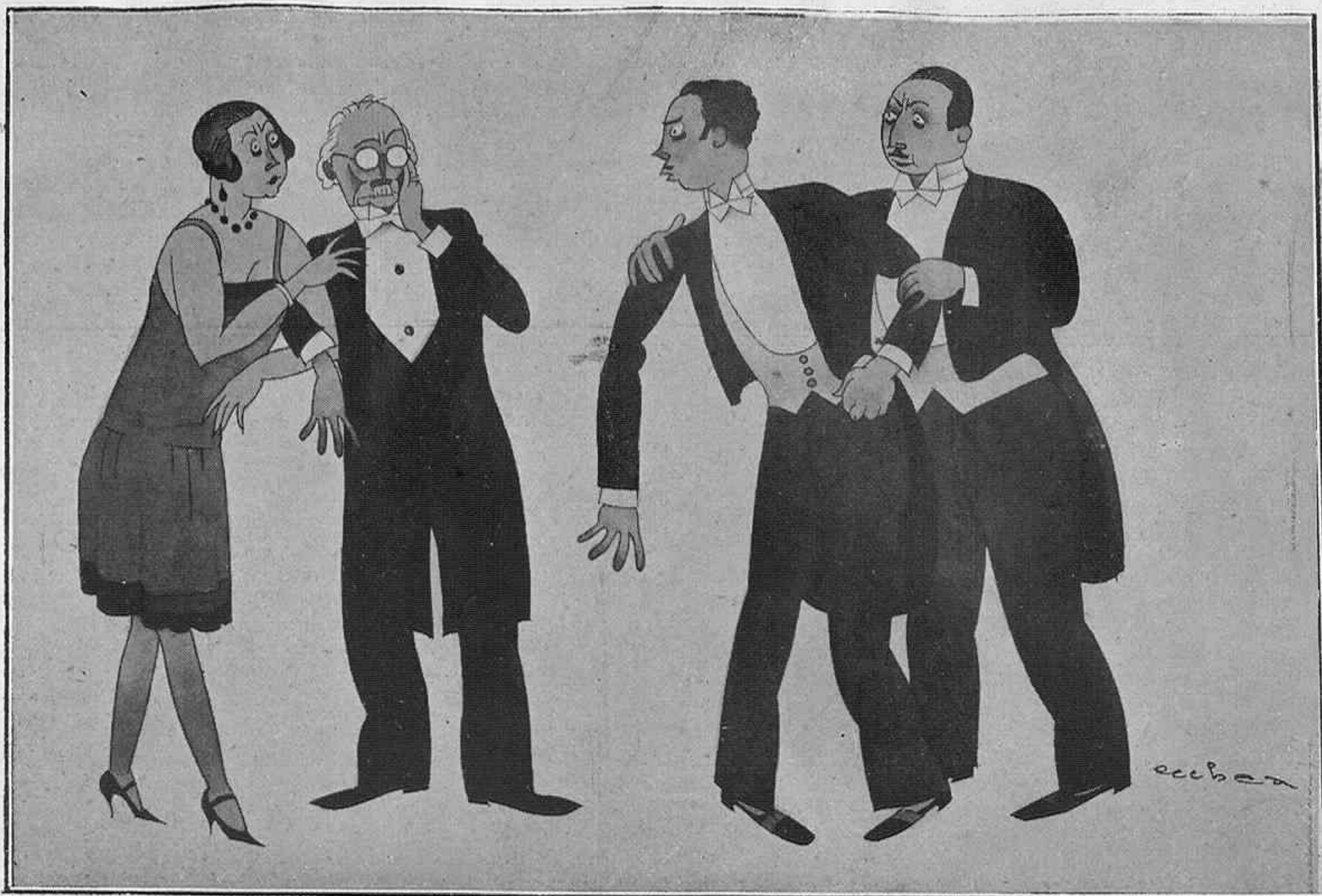
paz: la exaltación del cumplimiento del deber. La idea democrática, simbolizada inicialmente por la tumba del soldado desconocido, ganador anónimo de las más grandes batallas, es una idea profundamente igualatoria; pero que requiere, ante la máxima igualdad de derechos, la máxima igualdad de deberes. Morir por la patria es un deber supremo; pero á la patria se la sirve y honra también cumpliendo otros deberes más modestos, que son, en definitiva, el heroísmo diluído en toda una existencia.

El almirante inglés pronunció su frase famosa: «Que cada cual cumpla con su deber», al comenzar una batalla; si cada cual la oyera, al comenzar su vida consciente, es posible que se lograra algo más que ganar guerras: evitarlas.



Un homenaje ante la tumba del soldado desconocido belga

A. A. DEL CALLEJO



CUENTOS DE «LA ESFERA»

E U T A N A S I A

A Luis Jiménez de Asúa

NADIE ignora que la bofetada es el golpe social por excelencia, y que tiene dos valores: el de agresión, capaz de dañar, y el de vilipendio. Aquella participó de ambos. Su ruido fué, sin duda, el anuncio de una afrenta; pero su ímpetu juvenil lanzó al viejo que la recibió contra la pared, separándolo violentamente de la mujer colgada á su brazo. Fué, pues, una bofetada absoluta, hija de la imperativa ira del instinto y sonora y presenciada por muchos para satisfacción de su parte de agravio convencional.

Al revuelo producido por un choque de esa índole, cada vez más raro en estos tiempos en que los dramas de la clase media son estrangulados por el miedo á la policía ó disueltos en tazas de te, sumáronse las extrañas circunstancias de su desarrollo: un baile de caridad, un muchacho que sale al encuentro de una pareja compuesta por un anciano y una señora de mucha menos edad, mas no joven; dos miradas que se cruzan, la propecta que se humilla mientras un relámpago de ira se enciende en la otra, y, por fin, la mano que golpea. Y luego el viejo, esquivándose, huyendo, y la mujer descompuesta en chillidos: «¡No conozco á ese hombre! ¡Sin duda debe de ser un loco ó un estudiante despechado! ¡Deténganlo!»

Por casualidad yo estaba junto al agresor, y lo cogí del brazo. Vi en su rostro la cólera y el desprecio juntos; y, á pesar de sugerir la escena un sentimiento contrario, á pesar de las voces que murmuraban: «Una vergüenza», «Pegarle á un anciano! ¡Una vergüenza!», por uno de esos movimientos del espíritu nacidos mucho más allá de la razón, no pude evitar la simpatía y, movido por ella, lo arrastré hacia fuera para librarlo de la muchedumbre, donde tras el albayalde de los escotes y el almidón de las pecheras ya hervían rojos desmanes de venganza.

—Venga, vamos... Cálmese.

Se dejó llevar en silencio. Sólo cuando ya estábamos en la escalera, murmuró:

—No todas las caras de anciano son respetables. Hay sepulcros mal blanqueados, créame.

Respeté su excitación y, sin soltarlo, salimos á la calle. El frío y la celeridad de los primeros pasos lo hicieron detenerse y respirar á fondo con fruición. Estábamos cerca de un farol, y pude ver que era muy joven: veinticuatro años á lo sumo.

Una armonía noble entre la bombeada frente, los ojos y la parte baja del rostro justificaba mi simpatía. Siguió otro silencio, y en él pretendí yo adivinar una historia en la cual la bella matrona vista del brazo del viejo debía de tener más de seductora que de seducida. Imaginé una historia vulgar, la historia vulgar de tantas veces, y ello debió de hacerme sonreír. El adivinó entonces, y me dijo:

—No. La mujer no ha mentado; es la primera vez que me ve en su vida, y yo lo mismo á ella. ¡Pero él!... ¿Usted no lo conoce? Ya no es nada; un malvado hipócrita nada más. Yo no lo he sabido hasta hace un rato, de pronto, gracias á un corrillo de murmuradores... Puesto que usted así, sin más ni más, mientras los imbéciles querían poco menos que lincharme, me demostró interés, voy á decirle la causa del bofetón. No basta siempre la propia tranquilidad de conciencia. El tranquilizar la de quienes han confiado en nosotros es, en cierto modo, pagarles. Oiga.

Y mientras en la bruma naciente, cogidos del brazo, recorriamos las calles al par desconocidos y ligados por una rara intimidad, me contó:

—Ese hombre fué mi catedrático. Yo soy médico, hace poco más de un año, sí. Explicaba Patología Quirúrgica, y por su talento de hombre vulgar que cumple apenas con el oficio y, sobre todo, por su carácter frío, impermeable á los cálidos afectos de los estudiantes, era, en vez de una luz ó una brújula, un número en el esca-

lafón solamente. Y, sin embargo, conmigo no lo fué. Contra lo que toda la clase esperaba, nuestra amistad, su falsa amistad, nació de una disputa. Yo soy impetuoso. Para mí las ideas que no se defienden son como las religiones cuyos ritos se siguen por costumbre; barniz, no levadura del alma. He sido siempre estudioso y entusiasta, enemigo de lo viejo, exaltadísimo, si quiere usted... Y conste que le hablo tanto de mí porque sin ello no comprendería lo demás. Por esa violencia en defender mis opiniones me distinguí y casi me aduló desde aquel día. Hablábamos en clase, no sé con cuál motivo, del homicidio por compasión, del derecho que tiene el médico á suprimir los enfermos incurables para quienes la vida no es ya sino tortura cierta y esperanza imposible. Morselli, del Vecchio y muchos otros desde Platón á nuestros días pasaban por las explicaciones y también los antecedentes históricos y casi legendarios de la costumbre de despenar al condenado á muerte por la Naturaleza ó por los hombres. Las anécdotas de Juan Zinowsky, Ana Levassor, Hagel Blager, Mrs. Kish y el pastor protestante Behisson, la creencia de que la esponja aproximada á la boca de Jesús no estaba impregnada de vinagre y hiel, sino del vino de Morián ó de la muerte preparado para cortar sus sufrimientos, el significativo nombre de «misericordia» que ciertos puñales cortos tenían en la Edad Media y el nombre de «tiro de gracia» conservando todavía al remate en los fusilamientos. Por vez primera en el curso se salió de la noria del texto, y discutí conmigo. Yo propugnaba el ir contra la sensibilidad, el ahorrar á la humanidad el lastre inútil y doloroso. El, de tiempo en tiempo, cortaba mi fuego con esa muletilla irónica: «Joven, eso está muy bien ahora, y en teoría, pero ya verá cuando tenga el título y las responsabilidades... Ya verá cuando le llegue la hora de echar agua en el vino».

Al salir de clase me felicitaron los compañeros por el hecho insólito de que me hubiese pues-

to la nota máxima; y un viejo estudiantón, de esos que repiten cada asignatura de la carrera cinco ó seis veces, dijo que ya otra vez, en esa misma lección, hacía tiempo, tuvo otra disputa parecida con otro alumno. Desde el día siguiente me empezó á distinguir y á preguntarme con frecuencia. Y cada vez que la clase, por cualquier incidente, perdía su monótono vaivén de preguntas y respuestas, me aludía con palabras mitad burlonas mitad deferentes, diciéndome: «Vamos á ver la opinión del querido utopista», ó «Veamos el criterio del impetuoso joven que proyecta seguir como la sombra al cuerpo sus ideas». Así pasaron, acentuando su interés, los meses. Durante el resto del curso no sólo fueron para mí las notas mejores, sino sus únicas sonrisas, y hasta el detenerme y darme la mano un día que se cruzó conmigo en la calle. Ocurrió todo gradualmente, sin que nadie, ni aun los desaplicados dispuestos siempre á descubrir aduladores entre los estudiosos, pudiesen hallar el menor motivo de reproche. El ogro me demostraba simpatía, interés, y siempre, de tarde en tarde, recordaba con alguna alusión mi propósito de sostener con el carácter las ideas concebidas ó adoptadas. Pero la predilección jamás se mostraba por benevolencia; al contrario: me exigía más que á ninguno, y solía presentarme como una gran esperanza en la ciencia «á no ser—recuerdo sus palabras—que esas disminuciones tan frecuentes cuando el hombre confronta el entusiasmo primerizo con las durezas de la vida profesional», me anulaban igual que á tantos otros.

Al llegar Junio formó parte del Tribunal de la licenciatura, y, al salir, me preguntó: «¿Sacará en seguida la patente?» «Sí—le dije—; tengo ilusión de empezar cuanto antes.» «Pues yo quiero—continuó—que sea en mi casa su primera visita.» «¿En su casa?» «Sí; no urge; es cosa que puede esperar, y que espera, en realidad, hace mucho tiempo. Puesto que he sido su profesor, estoy seguro de que al darle ya como compañero la mayor prueba de confianza, corresponderá usted á ella.» Terció gente y acabó el diálogo, que me dejó profundamente agradecido, profundamente impaciente también. ¡Ah; yo creía entonces, igual que esos del baile, en la infalible respetabilidad de los ancianos! Cinco ó seis días después volví á la Universidad. ¡Ya podía ejercer! El no estaba allí, porque habían empezado las vacaciones, y me dirigí á su casa. Me abrió él mismo. Casi sin hablar me llevó á una alcoba. En un sillón, reducida á pequeñez inverosímil por la rotura de la columna vertebral, una mujer ya sin edad y casi sin sexo alentaba ape-

nas. Era el mal de Pott, en su grado máximo, sin duda, añadido á una abolición de las potencias mentales debida á insuficiencia congénita ó á alguna neuropatía grave. Ante aquel despojo humano, nos miramos largamente, mudos. Dijérase que la Muerte, á punto de terminar su obra, había sido llamada con urgencia á otra parte y se fué, dejando sólo por cortar un hilo sutilísimo de vida. Con gravedad calculada, ahora lo veo bien, hasta en las menores inflexiones de la voz y en los mínimos matices del gesto, me dijo: «Tras un estado idiótico creciente, que sobrevino, mejor dicho, que se agudizó después de un aborto, la tuberculosis vertebral delatada primero por un tumor frío y casi en seguida por la gibosidad. El diagnóstico no ofrece duda; pero, en cam-

bio, todos los precedentes del proceso han sido sobrepasados: la supuración continúa, continua, y la septicemia final no llega. Doce años así. Todos los médicos nacionales y los extranjeros que nos han visitado están acordes: nada que esperar, ni siquiera el milagro. Y para hacer esta semimuerte ó semivida más cruel, la sensibilidad por completo atrofiada para todos los goces del mundo, subsisté sólo para permitirle sufrir de tiempo en tiempo dolores horrendos é inútiles.» Cual si quisiera el pobre despojo humano corroborarlo, un gemido hondo entreabrió la herida cárdena de la boca. Ante aquel cuadro, de nada servía el hábito de ver sufrir adquirido en los hospitales; una depresión invencible entraba por los ojos y por el oído hasta lo más profundo del alma. Salimos. Ya en su despacho, me mostró cartas de clínicos famosos conteniendo desahucios inapelables, y una, la última, escrita por la infeliz que ya no era ni de la vida ni de la muerte, pidiendo en letras rotas, como ella, que la librasen de tanta tortura.

—Lea, léalas usted todas—me dijo.

No era menester. Por corta que fuese mi experiencia, yo había visto que ni los médicos ni la condenada decían nada fuera de la dantesca lógica del hecho. Y para aumentar mi impresión, en voz queda, como si se arrancara las palabras de un fondo del alma no presentado por ninguno de cuantos le habíamos conocido en la clase, me habló de los sufrimientos estériles, de la cruel estupidez de la naturaleza, obstinada en no acabar su obra, de su condena á sequedad é infecundidad de espíritu á la vista de aquel martirio que ya duraba cinco años. La sensibilidad se encallece...

—Las mejores fuentes del espíritu se secan... ¿Se explica usted por qué soy como soy y por qué se ha frustrado mi vida de hombre de ciencia?—murmuraba—. ¡Ah, yo hubiera hecho algo grande; se lo aseguro! ¡Todavía podría hacerlo! Pero, ¿qué puede dar de sí un hombre condenado á ser testigo de un drama deprimente contra el cual las fuerzas del bien nada pueden y nada pueden tampoco las otras? La realidad obliga, manda... Venga usted á menudo. Ya le dije que cuando se obtenía el título las ideas cambiaban... Y usted, un muchacho al fin y al cabo, no va á hacer lo que tantos colegas eminentes no han hecho. Las opiniones son para adornarse con ellas. Vivirlas es otra cosa; bien lo sé.

Poco á poco, en días sucesivos, sin pedirme nada, sin hablar concretamente, con un gradual poder de exaltación de todas las energías malig-

nas del amor propio, me puso en ese vértice exasperado desde donde es preciso caer de una ú otra parte ¿Comprende? Yo caí del lado de mis convicciones. Con la insensatez de la juventud—usted no puede figurarse cuánto he envejecido desde entonces, á pesar de mis años!—olvidé las palabras del Budha: «No destruirás ningún ser viviente.» Y una tarde, ante el sufrimiento sin remisión posible, cargué de morfina la jeringuilla y pinché, ¡destruí!... Destruí poquísimos, y, sin duda, de acuerdo con lo que quedara de conciencia en aquel cadáver incompleto. La Muerte tendió una expresión serena sobre el pobre rostro empavorecido por mirar á las dos fronteras del ser humano, y estiró el roto esqueleto en una actitud de reposo, de liberación.

No hubo por parte del forense la menor sospecha, la menor dificultad. Dos días después del entierro, venciendo un miedo tardío, fuí á la casa, y él no me recibió. Volví creo que dos veces más, también en vano. Una semana después supe que había salido de viaje. Desde lejos ni una postal, ni una palabra. Al cabo de tres meses, al pasar por la calle—costumbre adquirida sin saber por qué—ví albaranes en sus balcones. ¡Otros irían á vivir indiferentes ó felices en aquella casa habitada por el dolor y la maldad durante tantos años! En un periódico leí su jubilación. Así transcurrió el tiempo, y sólo una vez, de lejos, me crucé con él en la calle. Todavía, cándidamente, neciamente, creí que no me había visto.

¡Sin duda me vió lo mismo que yo á él! Y esta noche, cuando al no sentirme á placer, acaso por presentir su presencia, ya me iba del baile, un grupo empezó á comentar cerca de mí y supe todo, ¡todo! Apenas cumplidos los nueve meses del duelo, se había casado con la que era ya su amante cuando conoció á la rica medio idiota con quien se desposó por el dinero, y á quien dieron disgustos satánicos. Sin los sufrimientos del alma, quizás los del cuerpo hubiesen sido diferentes. Una criada llegó á decir que los criminales, delante del sillón de la paralítica, le decían una y otra vez: «Acábate de morir, ¡harapo, estorbo!» ¡Ah, lo menos diez años se había quitado de encima el infame!...

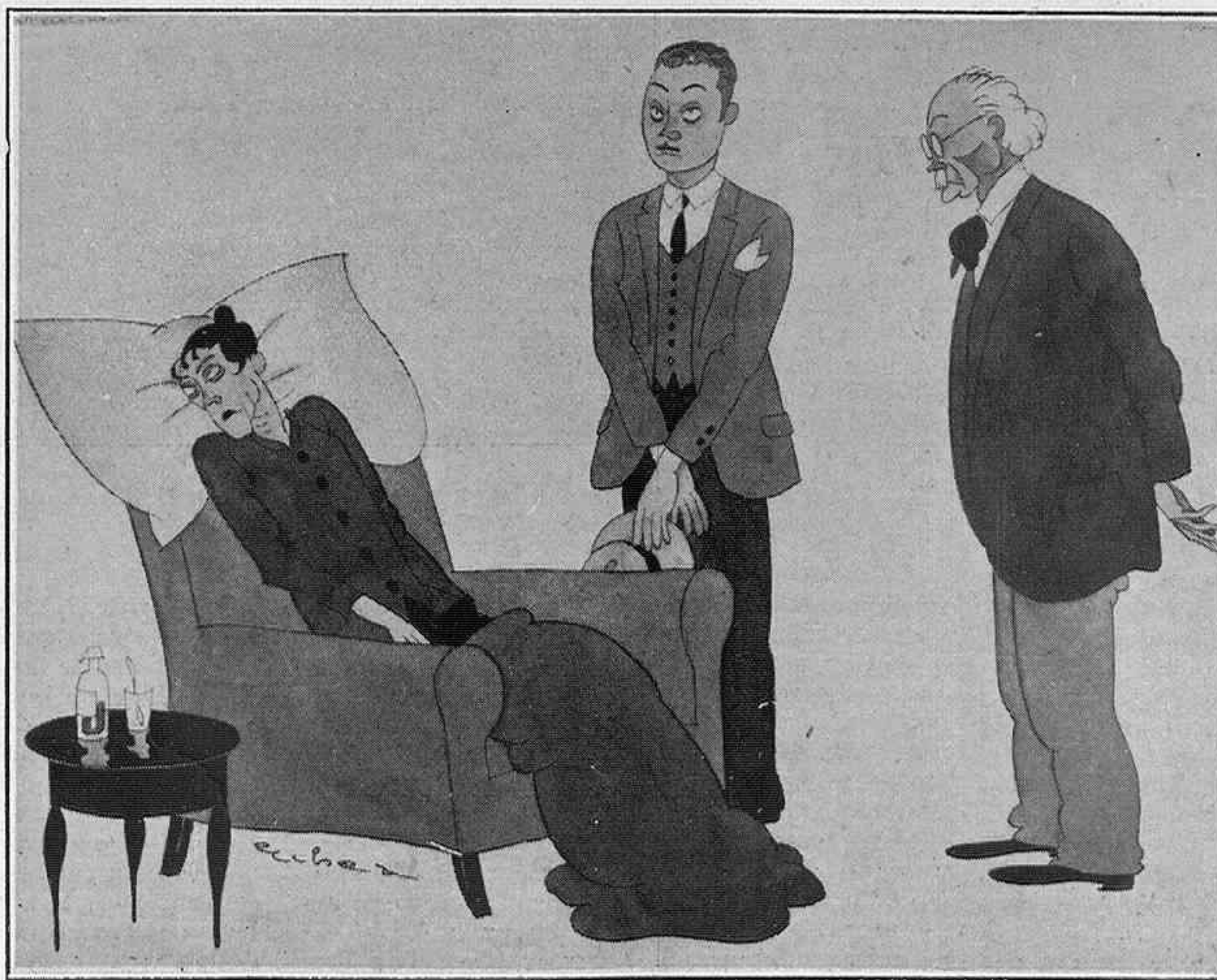
Entonces ocurrió lo que ocurrió; ya sabe usted. En un segundo, rota por la indignación, se rasgó mi venda y vi su perversidad, su cobardía, su lenta cautela y su abuso de autoridad, su arte maldito para servirse de la soberbia juvenil y hacerme brazo de su deseo homicida. Crucé la sala, me acerqué, nos miramos, y leí en sus ojos cobardes la confesión de que las cartas que me mostró eran falsas, de que ya varias veces había intentado con otros discípulos lo que mi vanidad le permitió realizar impune. No pude contenerme y alcé la mano. ¡Y aún me querían linchar! Debí pegar más fuerte... La gente cree que todos los relojes que están en alto marcan la hora exacta; que todas las canas deben ser respetables. ¡Ah, no; cuantas veces me lo vuelva á encontrar, volveré á abofetearlo y á escupirlo!

—Cálmese... Cálmese—le volví á pedir.

No soy demasiado blando de corazón; pero hube de hacer un esfuerzo, al despedirme, para que no advirtiese mi repugnancia de estrechar la diestra que había empujado á la Muerte con el émbolo de una jeringuilla.

A. HERNANDEZ CATA

(Dibujos de Echea)



ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

OTRAS DOS OPINIONES

La de Anselmo Miguel Nieto

HAY que estar dotado de una gran fuerza, de un gran talento y de una voluntad acérrima para prescindir de los demás en esta lucha desahorada por la conquista de la reputación y del dinero. El cotarro, el cenáculo y la pandilla son los agarraderos de la brillante mediocridad y los peldaños por donde trepa un espécimen que se da con frecuencia en nuestro país: el cuco. Pero frente al espíritu gregario y rebañero surgen de vez en cuando los hombres de temple autóctono, naturalezas cimera y rebeldes á toda coyunda, que para estar conformes consigo mismo tienen que prescindir de todos. Como el león, ellos marchan jarifos y solitarios huyendo del tufo de la multitud.

Anselmo Miguel Nieto pertenece á esos tipos privilegiados. Este artista ilustre se ha labrado su reputación sólida y firme en la lucha libre. De espaldas á las consagraciones oficiales, peleó siempre teniendo un gesto de desdén para esas luchas artísticas enconadas donde vence el más apto para la intriga y el contubernio.

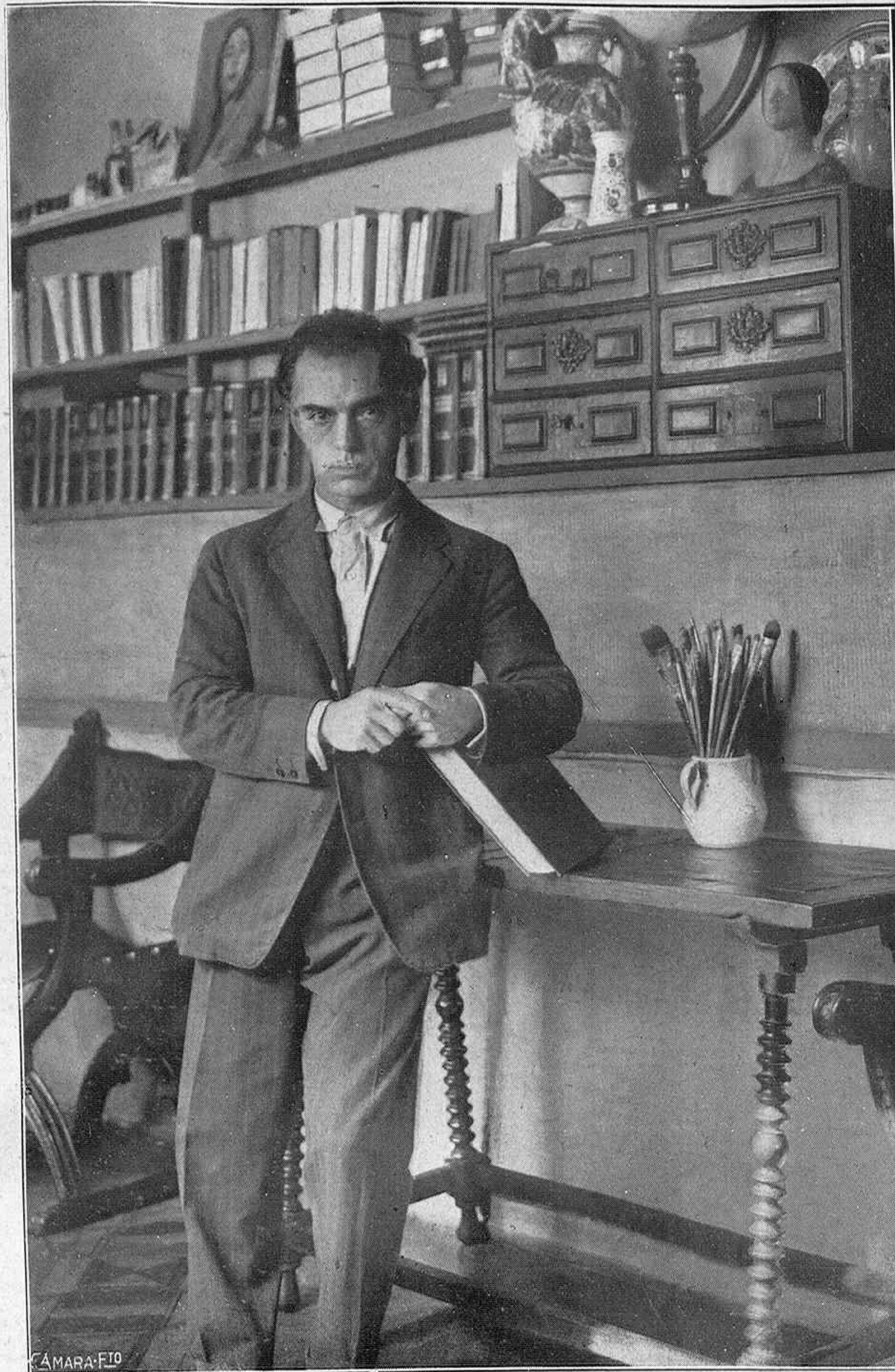
La actitud de estos hombres frente á la lucha por la vida y el triunfo es la del optimista. Si desconfían de la justicia del grupo ó clan, tienen una gran fe en ese fondo insobornable de verdad que existe difuso en los demás hombres. Vuelven las espaldas al pequeño tribunal formado por unos cuantos hombres, y se presentan confiados al grande y único: el del mundo. Y éste los consagra.

«YO NO TENGO DERECHO Á OPINAR»...

Pegada á la chaqueta la niebla mañanera, llego al «estudio» de Miguel Nieto. En un trípode hay un lienzo, en el cual se destaca el fino escorzo y la faz deliciosa de una mujer. Detrás de este cuadro asoma la enredada madeja de la barba de Valle-Inclán. En esta época de caras rasuradas resulta decorativa la abundante maraña del autor de los *Esperpentos*. Esta barba del hidalgo, como su literatura, da empaque y prestigio á una nación.

Anselmo Miguel Nieto me responde, apostillando sus palabras con un conato de sonrisa. Y enfría la fogosidad del reportero, diciendo:

—Yo no tengo ningún derecho á opinar en esa encuesta de LA ESFERA. Porque á mí me tie-



ANSELMO MIGUEL NIETO
Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

para los inútiles que quieren la Medalla para entrar luego en las Escuelas de Artes y Oficios y asegurarse la vida. Hay artistas de mérito que acuden á las Exposiciones; pero esos individuos, con premios ó sin ellos, tienen un valor real y conquistarían en la calle prestigio sin necesidad de los certámenes oficiales.

EL JURADO EXTRANJERO EN BARCELONA

—Además—agrega el señor Nieto—, el artista de valía que consigue una cátedra no le tiene ninguna afición á esa cátedra. Le lleva á ella la necesidad, pero la desdeña.

Insisto en que las Exposiciones no sirven para nada, y se han creado tantos intereses á su rededor que yo no le veo arreglo posible.

Ya ve usted lo que ha ocurrido ahora en Barcelona con motivo de la Exposición Internacional de Bellas Artes. Los Jurados extranjeros, que no conocen á los artistas españoles, al ponerse por vez primera frente á los cuadros de muchos de ellos, han dicho ingenuamente: «Este merece tercera medalla.» Y han tenido que avisarles, diciéndoles: «Señores, el autor de este cuadro tiene medalla de honor!»

Hay unos treinta individuos con primera medalla á los cuales no conoce nadie. Algunas veces surge en una charla el nombre de uno de ellos, y hay que preguntar: «¿Y Fulano, qué ha sido de él? ¿Murió?»

Porque en el ambiente oficial el que no está dotado de condiciones eficaces para el medro está perdido. El paisajista Aurelio García Lesmes, un pintor de talento, se ha tenido que recluir en Valladolid porque la vida en Madrid se le hacía imposible. Y tiene la primera medalla; pero posee un carácter de fiera independencia y no sirve para la intriga.

¿La crítica? Yo creo que tenemos críticos dotados de una gran cultura, pero creo también que delante de las obras no ejercitan su sensibilidad. Hay un hombre que está preparado para su trabajo: *Juan de la Encina*. Es el individuo que escribe cuando quiere, y en el momento que siente el deseo de decir algo. En arte no se puede escribir á destajo, y ejercer la función crítica con esa pertinacia y volubilidad que la hace envilecerse hasta convertirla en una reseña banal, sin importancia. Y tan contraproducente es el trabajo del crítico que habla constantemente bien de las obras, como el del que las zahiere á capricho y por sistema.

ne sin cuidado que se supriman ó no las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes.

—Bien, señor Nieto. La actitud de usted frente á esos certámenes oficiales es ya una respuesta contundente. Pero precisamente el hecho de que un artista de sus méritos no acuda á las Exposiciones tiene que dar á su opinión un valor grande.

—Yo—arguye Anselmo Miguel Nieto—tengo un odio terrible á todos los certámenes oficiales. No creo, no tengo ninguna fe en absoluto en los Jurados. Me ha repugnado siempre y he huido de esas confabulaciones burocráticas. Las Exposiciones no sirven para nada. Eso se queda

La de Eugenio Hermoso

El vaho mañanero enturbia de ceniza los cristales de los balcones. En el «estudio», los grandes lienzos son espejos donde se miran, bobaliconas y zahinas, unas muchachas, en tropel, de la serranía extremeña ó andaluza. Orgía policroma de pañolillos; cantarillos al cuadril; retozo alegre de zagalas sobre la faja clarísima—transparente—del cielo andaluz. Eugenio Hermoso está en medio de la sala, casi acurrucado en una sillita baja. Parece un ratón perdido.

El ilustre pintor deja sobre una mesita un lápiz, y abandona una cuartilla á medio tizar. Yo pregunto:

—¿Dibuja usted?

Y me responde:

—Estoy escribiendo una poesía. ¡Qué difícil es—añade—encontrar los medios de expresión justos!

Hago un gesto de extrañeza. ¿Me he equivocado de piso? Yo busco á un pintor, y he dado con un poeta. Tal vez sea todo uno y lo mismo; pero, por si he cometido pifia, sueno el apellido de mi interlocutor:

—Usted, Sr. Hermoso...—y miro cautelosamente á las bellas pinturas de la sala.

—Es muy difícil—añade—llegar á concretar en una poesía los momentos de emoción anímica. El estado emotivo, al querer exteriorizarse, pierde parte de su esencia. Lo que se «siente» corpóreo se esfuma y se trueca en materia inaprensible. Se «ve la forma», pero al atraparla cae uno en el hoyo: ese es el fracaso.

Hermoso me contagia, y yo hablo también, con fervor, de poesía. Y arremeto contra esos poetas agarbanzados, fríos, metidos en las alacenas burocráticas donde muerden el blando pan del Estado ó promiscuan sus brillantes ripios con acres flatulencias críticas. Pero retrocedo, y digo arrepentido:

—Quisiera que habláramos de pintura...

LA ALTA BUROCRACIA ARTÍSTICA

—Yo soy partidario de las Exposiciones—arguye con rapidez Hermoso—. He concurrido y seguiré concurriendo á todas, á pesar de lo mal que nos tratan en el Ministerio. La decadencia de esos Certámenes está en que dos ó tres artistas caducos, ancianos, que constituyen la alta burocracia artística, son los que los manipulan. Esos señores, muy espectaculares y muy vacíos, tienen un gran predicamento. ¿Por qué? Seguramente—me digo yo—, porque son vulgarísimos, y el vulgo encuentra en ellos su propio eco. Yo he leído la opinión de Alcántara en LA ESFERA. Es muy violento. ¿Que hay inmoralidad en el reparto de recompensas? ¿Que existen con-

tubernios en los Jurados? No es cosa de llevarse las manos á la cabeza por estos abusos. Lo que ocurre con los pintores ha ocurrido siempre en la política y pasa en las Academias. ¿No obligan los estatutos de las Academias, al catecúmeno que quiere ser miembro de ellas, á que visite, *sombrero en mano*, á los académicos electos, para

LA PINTURA «FRESCA»

—Yo estoy—sigue diciéndome Hermoso—en contra de todo lo que se ha hecho en estos últimos cuarenta años; soy enemigo de esa pintura banal, de brochazo, eso que llaman pintura «fresca». Estamos todavía cohibidos por las ideas del tiempo de Sorolla. Es necesario, pues, «crearse» dificultades; trabajar por encontrar otros rumbos. Ahora que voy para viejo, me doy cuenta de la necesidad de la cultura en el artista. Es preciso leer mucho, pues á veces en la sugerencia ajena encontramos nuestra propia naturaleza. A mí la lectura me abre nuevos horizontes y me remueve é intranquiliza. Por eso muchas veces la poesía me lleva al cuadro, y es como un nuevo camino que me abro para alcanzar mi hito estético. No importa que no lo consiga. Ya hay algún mérito en proponérselo.

Yo soy un apasionado de mi arte. Ni vivo ni me preocupo más que de esto. Algunos compañeros míos, al dejar el pincel en el «estudio», ya no quieren hablar más que de bagatelas ó cosas livianas. Cuando yo llego al Círculo de Bellas Artes, al acercarme á un grupo, algunos aprietan el ceño y dicen con disgusto: —¡Ya viene Hermoso á hablar de arte!

•••••

Mi opinión acerca de la Escuela especial de pintura y escultura es que no sirve para nada. No creo que contribuya á la exaltación de nuestro ambiente artístico el que haya señores que sepan pintar bien un pepino ó unas florecitas. Yo suprimiría ese Centro, donde no salen más que parásitos del arte. Los artistas que valen no le deben nada á las escuelas. Han sido discípulos de Fulano ó de Zutano; han salido de los «estudios», donde se han formado á la vera de los buenos maestros. Confieso que odio la escuela. Pasé allí un año estudiando en manada, respirando una atmósfera artística envenenadora. Los maestros que hemos tenido no nos han enseñado nada. A mí el profesor me estropeaba siempre mi trabajo. Venía

«armado» de un trozo de carbón y, ¡zas!, me emborrataba lo que había hecho. Así es que cuando lo veía arrimarse á mí, yo rumiaba, intranquilo: «¿A que me echa éste á perder mi dibujo?» Y, en efecto, me lo estropeaba.

El cobijo burocrático es la salvación de muchos individuos. Yo siempre que veo á un artista que no está dotado de las condiciones necesarias para triunfar en arte, me digo: «Este individuo acabará siendo una carga para el Estado». Y no me equivoco. Poco tiempo después veo al ciudadano subido en ese seguro peldaño del escalafón...

JULIO ROMANO



EUGENIO HERMOSO
Ilustre pintor y escultor

(Fot. Cortés)

que éstos le den el voto? ¿Por qué someter al hombre á esta «correctísima» humillación? Si esto pasa así, ¿ha de extrañar que el artista recurra al medio lícito de pedir el voto? La inmoralidad está en los reglamentos, los cuales admiten que la Medalla de Honor pueda ser votada por individuos que no conocen las obras que premian.

Respecto al Jurado, yo creo que los artistas deben ser jueces de sus compañeros. Como también pueden serlo los críticos de arte. Pero principalmente el pintor tiene derecho á juzgar al pintor, igual que un torero da la alternativa á otro torero.



ROMERIA EN EL AGUA

A Rafael Alberti

*Mueve el viento la verde bandera de la ría
y un gentío de dril se cuelga en sus extremos.
La corriente que rueda á la bahía
remolca espuma y flores, entre quillas y remos.*

*Vuela un humo de músicas. La sal de la plegaria
se hundió en el óleo místico del vaso
y el fanal de la imagen solitaria
guarda del sol las brújulas del alba y del ocaso.*

*En la tinaja azul se rajan las paredes
cuando el chorro del cántico la llena
y el calor del metal seca las redes
sobre el parche salino del tambor de la arena.*

*La noria amarga de la romería,
gira. Y al quedar seca la fuente de cobalto,
sobre el perfil de torsos de la marinería
tiembla el bosque desnudo de los remos en atto.*

*Va la niña del sol de capitana.
La cumbre de maíz arde, revuelta.
Cuando bogan mis ojos tras la antorcha lejana,
la barca, en el confín, toma la vuelta.*

*Y otra vez, frente á mi pasa el sonoro
viento que el ala impar lleva apresado,
mientras un alba azul entre arenas de oro
se abre en las piedras de mi acantilado.*

*El espejo de cobre, rayado de caminos,
hará pronto ceniza del olivar que arde
y, rotos los columpios vespertinos,
naufagará en las algas la estrella de la tarde.*

*De la seda, el cristal y el hierro, he de salvarla,
aunque me inunde la sangría del cielo.
La luna echará redes; mas yo, para alcanzarla
pondré mi roja aurora en el anzuelo.*

*La llevaré á otras aguas, arando con su quilla
en el lomo de luz de la marea,
y en los mares extáticos del campo de Castilla
navegarán mis pinos entre alquitrán y breá.*

*Anochece. El clamor se va con el reflejo.
Y en tanto un mar sin faros entierra en sal las flores,
la muerte cose el plomo al aparejo
bajo las lanchas de los pescadores.*

Fernando HERNÁNDEZ ESPOSITÉ

(Dibujo de Max. Ramos)

ESTAMPAS ESPAÑOLAS EN LA CAPILLA DEL CONDESTABLE

Don Pedro Fernández de Velasco, condestable de Castilla, guerrea contra los moros en Granada—1482—. Su mujer, D.^a Mencía Mendoza de la Vega, hija del marqués de Santillana, el de los cantares y el de las serranillas, con el marido ausente, comienza la fábrica de esta Capilla, una de las más bellas y evocadoras de la Cristiandad. El marido está lejos, guerreando y amando en aquella expedición, de la que cuenta Navajero, y más recientemente Croce, que es más empresa de amor que de caballería, porque cada galán pelea para ganar la sonrisa de su dama, que lleva en su corte la rubia y sagaz D.^a Isabel de Castilla. El padre de D.^a Mencía hace ya un cuarto de siglo que murió en Guadalajara. Recuerda D.^a Mencía del padre sus ires y venires, sus luchas con los nobles y sus cacerías madrugueras, sus galgos de caza, finos y corredores, y sus serranas, mozas y frescas, que dieron más de una desazón, cuando ella era niña, á la recoleta marquesa, su madre. Doña Mencía ha vivido en Santillana y en Cogolludo, en Salamanca y en Guadalajara. En Salamanca conoció á Don Pedro el condestable, conde de Haro, y casó con él. El marqués, poeta y cazador furtivo de liebres y guapas mozas, hizo mil zalemas al novio, que ya gozaba en la corte de gran predicamento. El marqués ha muerto abuelito, viejo, optimista, sereno y glotón... A los sesenta y siete años—abuela también—D.^a Mencía, mientras su marido, el señor virrey, y conde, y condestable, asalta los últimos reductos del moro en el santo reino de Jaén y en las cercanías de Granada, consume sus ocios construyendo á sus expensas esta Capilla. Encarga de las obras

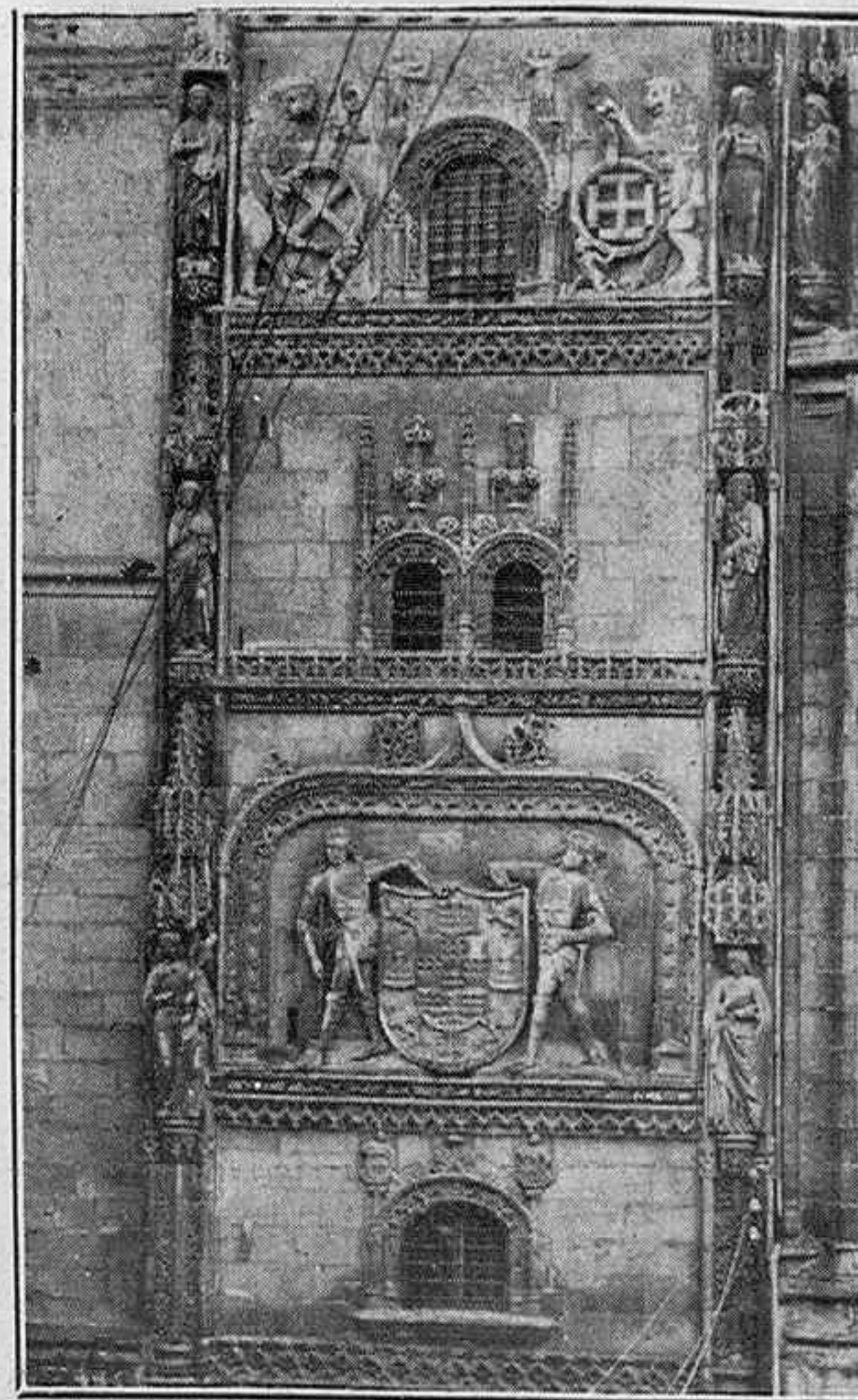
á Simón de Colonia. Doce años tarda la construcción de la fábrica.

No voy á descubrirlos ahora los relieves del trasaltar, ni el coro, ni la reja—estupenda y maravillosa—de la Capilla del condestable de la Catedral de Burgos. Dejemos á un lado las cenefas de la crestería, y las archivoltas, y los festones, y los zócalos, y la verja. Detengámonos, en cambio, unos minutos ante el sepulcro de los condes, D. Pedro y D.^a Mencía. Las estatuas yacentes de Juan de Borgoña, son de riquísimo mármol de las canteras de Carrara. Don Pedro Fernández de Velasco, «virrey destes Reinos por los Reyes Católicos», duerme su eterno sueño á la vera de su mujer. Su armadura guerrera recamada está de finísimos encajes; la empuñadura de la espada es una maravilla del escultor. Doña Mencía tiene un semblante sereno y tranquilo de buena esposa y de alta señora; los guantes de la mano, los calados y encajillos del vestido de corte causan asombro al visitante. A sus pies, olfateando alegremente, vigila un perrito de caza... Un perrito de caza, sí. El acierto del artista no puede ser más definitivo. A los pies de la hija de Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, señor de Cogolludo, cazador del Moncayo y sabueso de las pecheras de buen ver, no puede descansar más que un perrito de caza, un galguito corredor. ¡Cuántas mozas, cuántas perdices, cuántas liebres ha unido este can en Cogolludo, en Reinosa, «faciendo la vía de Calatraveño»?... Este perrito evoca un hombre, y una poesía, y un arte de bien decir, lleno de gracia y castellanía. No sé por qué, recuerdo en estos momentos á un hijo espiritual del marqués de nuestro mismo siglo; hablo, lector, del caballero y pulquérrimo Enrique de Mesa... Todo el hechizo, todo el encanto de la capilla burgalesa reside para mí en estas nalgas, y en este olfato, y en estas orejas del canecillo que vigila el sueño eterno de la condesa de Haro.

Este canecillo evocador y españolísimo y este divino lienzo de Magdalena—siempre la sonrisa de Italia y del Renacimiento en estas capillas castellanas—son las dos notas inefables de la capilla singular. ¡Qué brazos los de la dulce pecadora! ¡Qué cabellera de ébano, perfumada y fresca, recubriendo el seno incitante, armonioso, que recuerda las blancas palomas de la Esposa del Cantar de los Cantares! ¡Qué delicioso peinado el de María de Magdala! Milagro del genio de Leonardo, si gustáis, ó lo que es más probable, influencia de Leonardo en el pincel de Sebastián del Piombo, la maravillosa mujer morena—que pecó mucho porque amó mucho—nos atrae con su boquita cerrada como para besar, con sus ojos que ya se han desposado con lo infinito, con sus manos, sabias para la caricia antaño, y que hogaño, suavemente, ungen de ungüentos y de perfumes los pies llagados del Redentor...

Interpretación más cristiana, menos italiana, de esta dulce figura del Evangelio, no la vieron jamás ojos humanos.

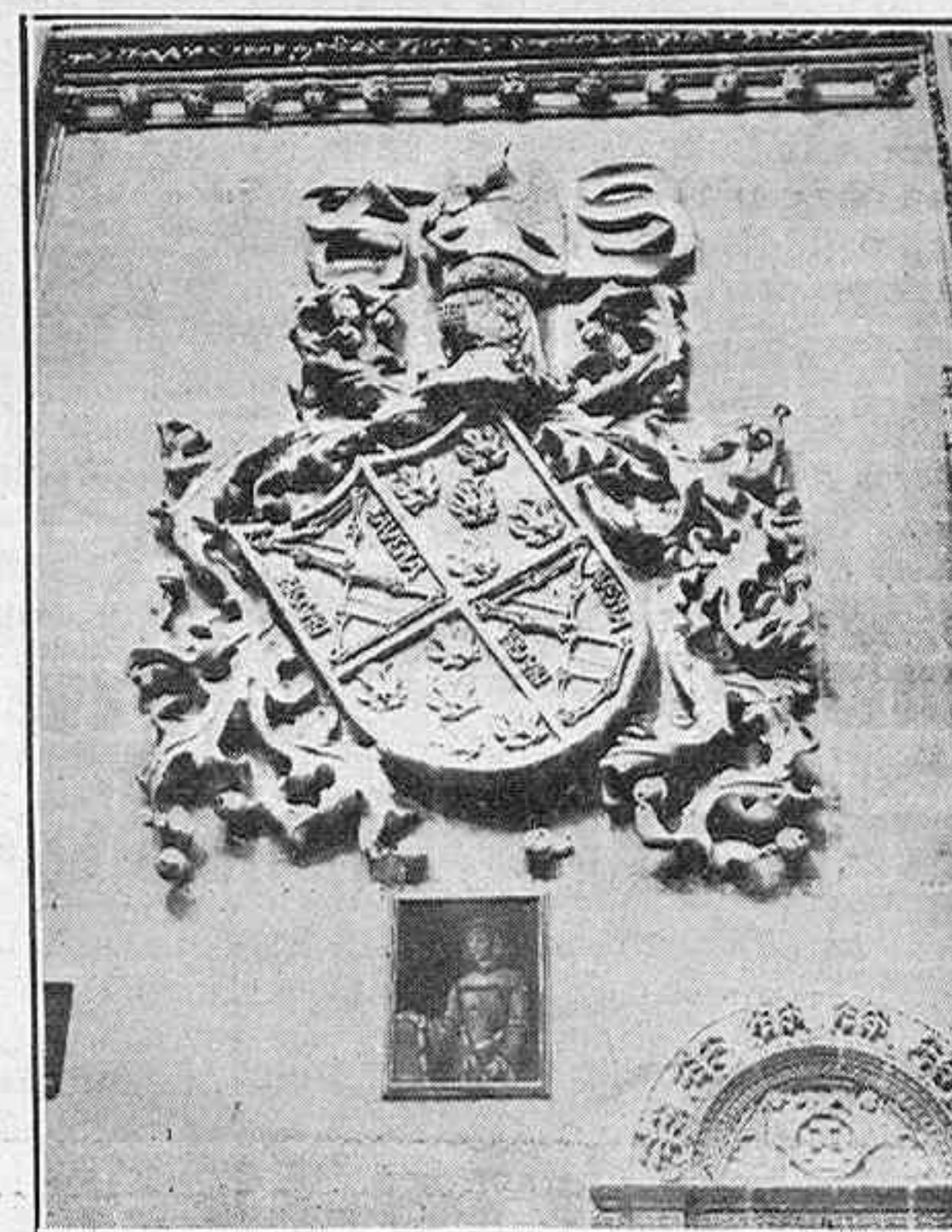
Hay en el arrepentimiento leal y honesto; hay en el retorno á la fe en plena juventud, una feminidad más honda, una gracia



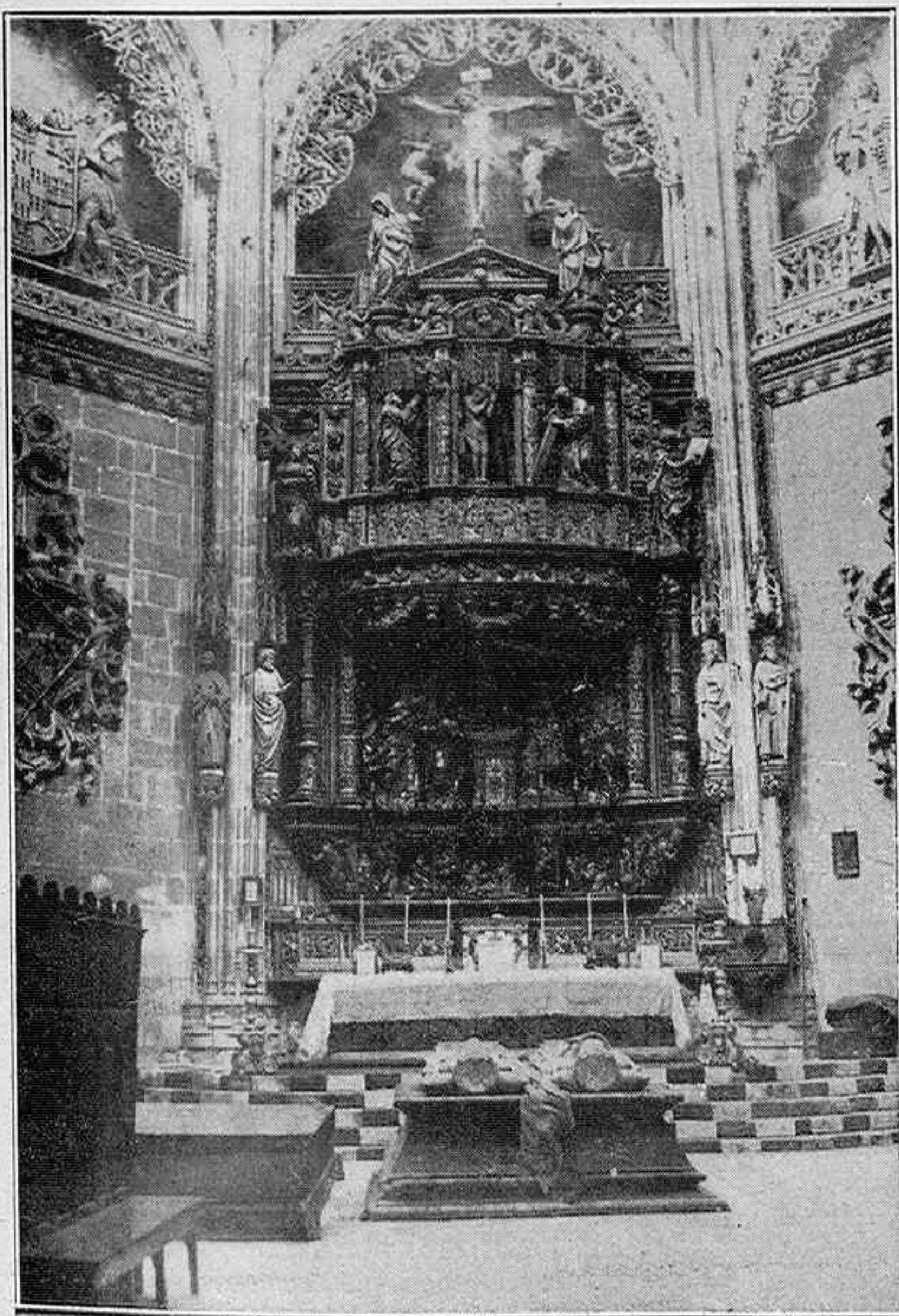
Exterior de la capilla del condestable

más exquisita, que en el candor de la doncella temprana y de la virgen inconsciente. No pecar á sabiendas es más cristiano que no pecar por ignorancia. La interpretación española de la conversión de la Magdalena—recuérdese nuestro viejo poema de «Santa María Egipcíaca»—, que ha dado sus brotes recientes en una linda composición de Juana de Ibarbouro, se me antoja más humana que la más blandengue y sensual del Renacimiento itálico. Pero este lienzo de Burgos es el punto medio entre las concepciones de ambos pueblos. El seno de esta María de Magdala va á conocer el sayal, y sus manos, finas, y delicadas, que abrazaron al hombre en amoroso deliquio, van á conocer la cuerda que hace saltar la sangre y los pinchos que llagan las muñecas. Y en la penitencia—manos humanas que llevaron el deleite á los sentidos—se purificarán y se trocarán en lirios y azucenas en holocausto del buen Jesús, que perdona siempre, que no sabe más que perdonar...

José SANCHEZ ROJAS



Escudo del conde de Haro en la capilla del condestable



Retablo de la capilla del condestable en la Catedral



«La Asunción de la Virgen», cuadro de Rubens, conservado en el Museo de Bruselas



«El Señor, queriendo destruir el mundo», cuadro de Rubens, que existe en el Museo de Bruselas

CADA PINTOR EN SU PAIS

LOS CUADROS DE RUBENS EN AMBERES

DÓNDE nació Rubens? Hubo tiempo en que estuvieron muy de moda estas investigaciones del lugar natal de los grandes hombres. En muchos casos eran interesantes, puesto que el lugar donde un hombre, y sobre todo donde un artista nace, puede influir enormemente en su obra; pero en otros, y este es precisamente el caso de Juan Pablo Rubens, no. Colonia y Amberes se disputaron largo tiempo el honor de haber sostenido su cuna; finalmente, ambas ciudades hubieron de ceder ante el mejor derecho de Siegen, pueblecillo que formaba parte del ducado de Nassau, donde vivía en 1577, fecha del nacimiento del artista, su padre, Juan Rubens, expatriado primero por huir de la intransigencia religiosa y confinado más tarde por un gravísimo pecado de amor.

Pero sus padres venían de Amberes. Siegen no pudo influir en él ancestralmente; y si vivió en Colonia los diez u once primeros años de su vida, cuando volvió á Amberes á los doce no había comenzado aún su educación artística.

Allí la comenzó y puede decirse que allí la completó, puesto que si, como era uso en su tiempo, fué á Italia á perfeccionarla y allí pasó ocho años, al volver no traía la menor reminiscencia de los italianos coevos, y, en cambio, en Italia había dejado su huella. Después viajó mucho con misiones diplomáticas; pero tenía ya una personalidad muy hecha y muy firme para que la dominasen influencias extrañas; y

aunque pintó en todas partes y todos los grandes museos conservan cuadros suyos, es en Amberes donde puede estudiarse mejor: como Rembrandt es el pintor de Amsterdam, y Velázquez y Goya son los pintores de Madrid, Rubens es el pintor de Amberes.

En Amberes, además, hizo su escuela, y en Amberes aprendieron de él Van Dick, Abrahán Janssens, Gerard Zegers, Gaspar de Crayer y muchos más.

El Museo de Amberes tiene además un elemento de estudio inapreciable de la obra de Rubens: una colección de reproducciones en grabado y fotografía de las obras del gran pintor flamenco, formada por el Municipio anverso en 1877, con ocasión del centenario de Juan Pablo, y que está constituida por 2.000 hojas complementadas por muy interesantes notas críticas.

En aquella formidable colección puede observarse la fecundidad y la diversidad del genio de Rubens, que asombra tanto por el número de obras, como por la riqueza de motivos y modos, no obstante las limitaciones de la época.

Aquel homenaje municipal fué perfectamente lógico, puesto que Amberes, y con razón, tiene á Rubens por muy suyo: por eso la estatua en bronce del gran pintor se alza en la plaza Verde, ante la Catedral famosa, que las obras de Juan Pablo convirtieron en museo.

En ella, en efecto, están los cuadros religio-

sos más eximios del autor: la *Crucifixión* y el *Descendimiento de Cristo*; *La Asunción de la Virgen*, una de las más bellas entre las diez Asunciones que pintó; la *Resurrección* y algunos más. De la escuela de Rubens son, por otra parte, la inmensa mayoría de los otros cuadros que conserva el magnífico templo.

Casi todos los discípulos famosos de Rubens citados antes tienen obras en la Catedral de Amberes; pero no tan fácilmente visibles como sería de desear: en aquel templo, las más bellas obras artísticas que posee están, efectivamente, cubiertas por amplias cortinas, que sólo dejan verlas á horas convenidas y mediante un estipendio determinado. El sistema, de que desgraciadamente no tiene la exclusiva la Catedral belga, va cundiendo á otros templos, con protestas siempre, si no de los meros turistas, á lo menos de los que viajan con fines artísticos.

De los cuadros de Rubens que figuran en el museo de Amberes, y aun en el de Bruselas, son, aparte los retratos de que LA ESFERA habló no hace muchos días, de asunto religioso; y ello se explica porque la inmensa mayoría de esos cuadros proceden de iglesias, y para iglesias fueron pintados.

Rubens, en efecto, pintó también, siguiendo una moda de su época, muchos cuadros de asunto mitológico, que también tienen representación en Amberes; pero no tan copiosa ni tan interesantes como los cuadros de piedad.



«La adoración de los Magos»

Aun, sin embargo, quedan importantes cuadros de Rubens en algunas iglesias de Amberes; y entre ellos merece ser citado el que representa la *Flagelación del Señor* y existe en el templo de San Pablo. Este cuadro podría formar parte de una colección del pintor flamenco, inspirados en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, de la que podrían formar parte la *Crucifixión* y el *Descendimiento*, existentes en la Catedral, y de que antes se habló; otro *Descendimiento*, muy semejante al de la Catedral, que existe en el museo; un *Entierro de Cristo* y el *Cristo en la Cruz*, ambos conservados en el museo anversois.

De los reunidos en la misma pinacoteca, es culminante el que representa *La última comunión de San Francisco*, en el que algunos críticos han creído ver influencias italianas; tal vez porque tiene características diferentes de los que resaltan en otros cuadros del mismo autor.

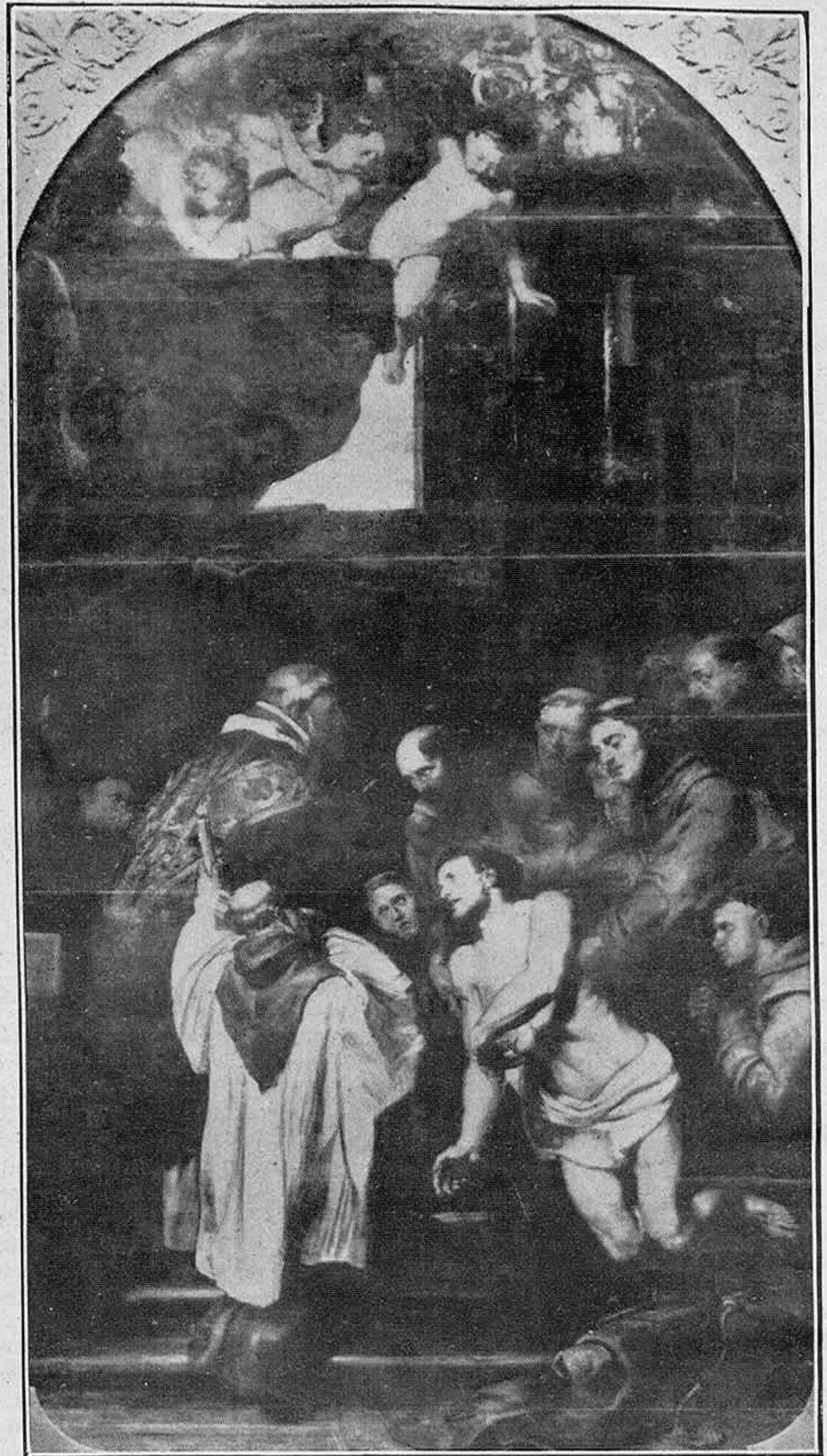
Es, de todas maneras, una de sus obras más importantes, que no desmiente tampoco la personalidad de su autor, y ante la cual los más grandes críticos se muestran grandemente admirativos.

Fromentín, elogiando esa obra, escribió, entre encomios de mucha exaltación, lo siguiente:

«Es un cuadro de estilo austero, en que todo es sordo, menos tres notas resaltantes á distancia con perfecta evidencia: el santo esquelético y lívido, la Sagrada Forma y la rasgadura, rosa y azul, en que, en lo alto, el cielo parece entreabrirse.»

La diferencia esencial entre este cuadro y otros de Rubens está en su tonalidad, sencilla y grave, bituminosa, que contrasta con la brillantez del *Martirio de Santa Catalina*, por ejemplo.

La última comunión de San Francisco, que muestra al santo en el momento en que, abandonando el lecho en que yace, llega al altar para recibir comunión y morir ante él, fué pintado por encargo de los Franciscanos para uno de sus conventos, y Rubens cobró por él 750 florines.



«La última comunión de San Francisco»

La Adoración de los Magos (pintada en 1624) es también una de las obras más famosas de Rubens y enteramente suya. Se conserva en el museo, y procede de la iglesia de San Miguel.

Reproducimos también en estas páginas una versión de la Virgen con el Niño Jesús, y una de las diez Asunciones, la que existe en el museo de Bruselas.

Son esas obras suficientemente típicas y características de la personalidad de Rubens; y unidas con los retratos, también conservados en el museo de Amberes, que publicamos no hace mucho, en unión de otros conservados en la misma pinacoteca, pintados por Van Dick, y de los mitológicos, que publicaremos en otra ocasión, dan idea clara y perfecta de las diversas modalidades del gran pintor flamenco.

En la fecha de su centenario, Amberes glorificó á Rubens, y la casa del artista fué, más que nunca, un lugar de peregrinación para los aficionados al arte y aun para los meros turistas. Desde aquella fecha, la colección de grabados y de fotografías reunidos en el museo de la ciudad atrae constantemente á los que quieren estudiar intensamente al gran pintor.

Fuera de Amberes, Rubens puede ser estudiado también; pero en ninguna parte de un modo tan completo.

S. H.



«La Virgen con el Niño»

«LA ESFERA» EN BARCELONA

BARCELONA, la bella ciudad condal, que comparte con Madrid la capitalidad española, si por su importancia, su inmensidad más bien, es siempre actual, lo es mucho más ahora en que dentro de su perímetro se desarrolla esa maravilla de los tiempos que constituye su Exposición.

Al cobijo de esa actualidad propusimos dar á los lectores una auténtica y detallada información que, á modo de índice y aunque pálido, diese sintética y lea de lo más modernamente hecho en la ciudad catalana para lograr el estado de embellecimiento urbano y la normalidad de los servicios municipales de que actualmente disfruta.

Naturalmente, pensamos que para ello nada mejor que acudir en busca de luces á uno de los ediles de mayor prestigio del Concejo barcelonés, al que, con espíritu altruista, diligente y modernísimo, preside la Delegación de obras de aquel Municipio: D. Joaquín Llansó. Pudimos al fin establecer nuestra comunicación con aquél; pero si esto nos fué relativamente fácil, pues que su puerta hidalga está abierta á todo el mundo, no nos lo fué tanto lograr la información apetecida. Pero como la tenacidad puede mucho, pudimos al cabo vencer la natural modestia del señor Llansó, baluarte en el que éste se refugiaba para negarnos la interviú; y fruto de nuestra perseverancia fueron las noticias que á seguida trasladamos, y que recogemos de labios del insigne

Escuela de bosque establecida en el Parque Municipal de Montjuich



delegado de Obras públicas de Barcelona, como respuesta á nuestro minucioso interrogatorio.

—¿...?

—Lo que se ha hecho en obras públicas desde el año 1924 es debido, como toda obra municipal, al Ayuntamiento que preside el excelentísimo señor barón de Viver, cuyos acuerdos y decisiones relativos á asuntos de la competencia de esta Delegación de Obras públicas he procurado cumplimentar con la mejor buena voluntad y deseos de llegar al acierto que han demostrado en los de sus delegaciones mis queridos amigos y compañeros los ilustres tenientes de alcalde Sr. Ponsá, en Cultura; señor marqués de Casa Pinzón, en Ensanche; Sr. Juncadella, en Obras particulares; Sr. Damians, en Personal, Patrimonio y Asuntos generales; se-

legal, de los múltiples servicios que exige tan importantísima rama de la administración pública.

—¿...?

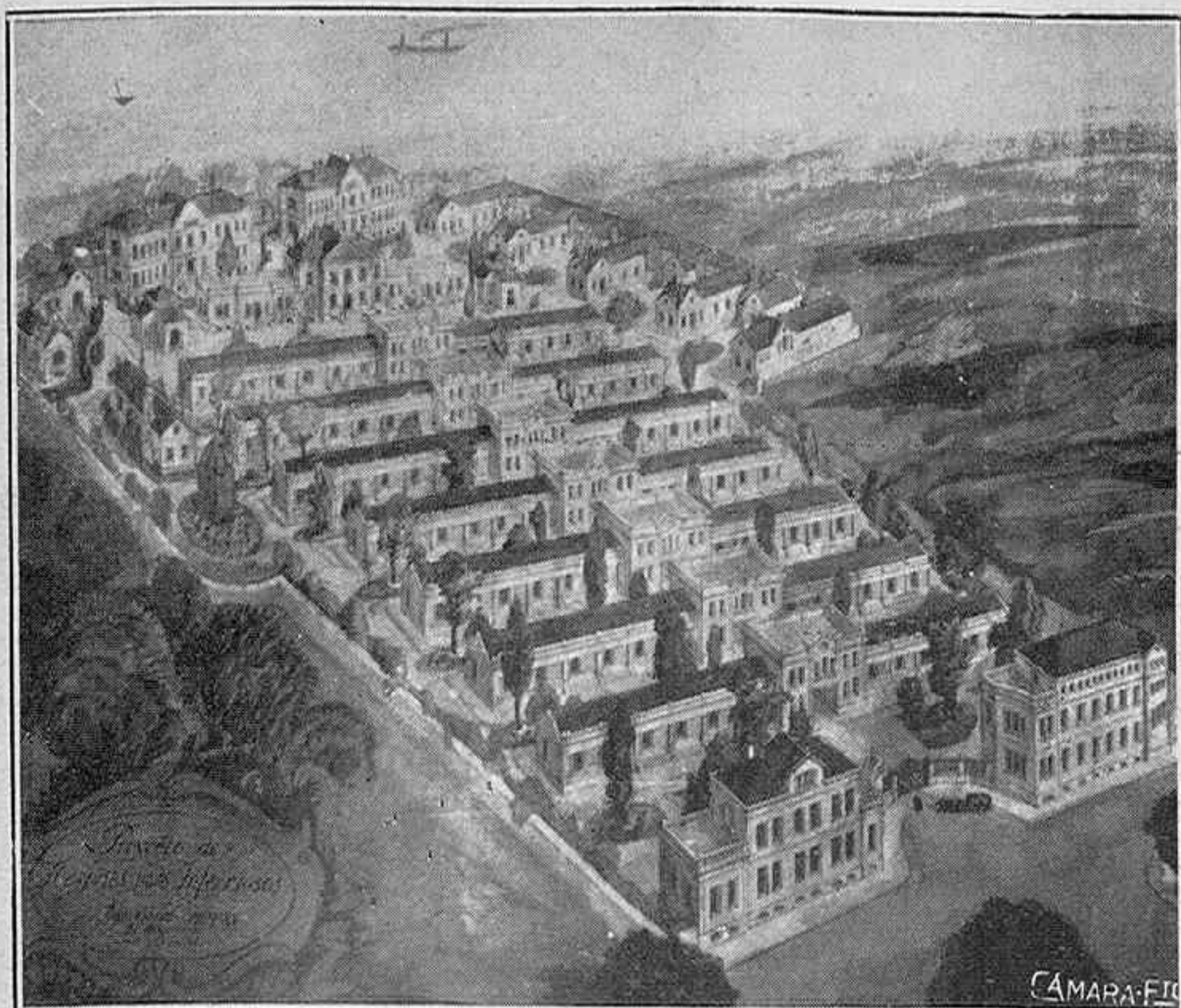
—Precisamente en cultura se ofrece un característico ejemplo de los dos órdenes de actividades de que le he hablado; en efecto, de una parte se han tomado las necesarias disposiciones para reorganizar y cambiar el derrotero de las instituciones culturales con el tacto que tan delicada cuestión exigía; se han ampliado las colonias y cantinas escolares; se ha aumentado el número de baños de mar, ascendiendo el verano pasado á 25.000, seguidos de almuerzo, los proporcionados á niños y niñas de ocho á trece años (aparte los de millares de adultos de las Escuelas complementarias de oficios), los cuales son transportados á la playa y devueltos luego á sus domicilios en autoómnibus que la Compañía



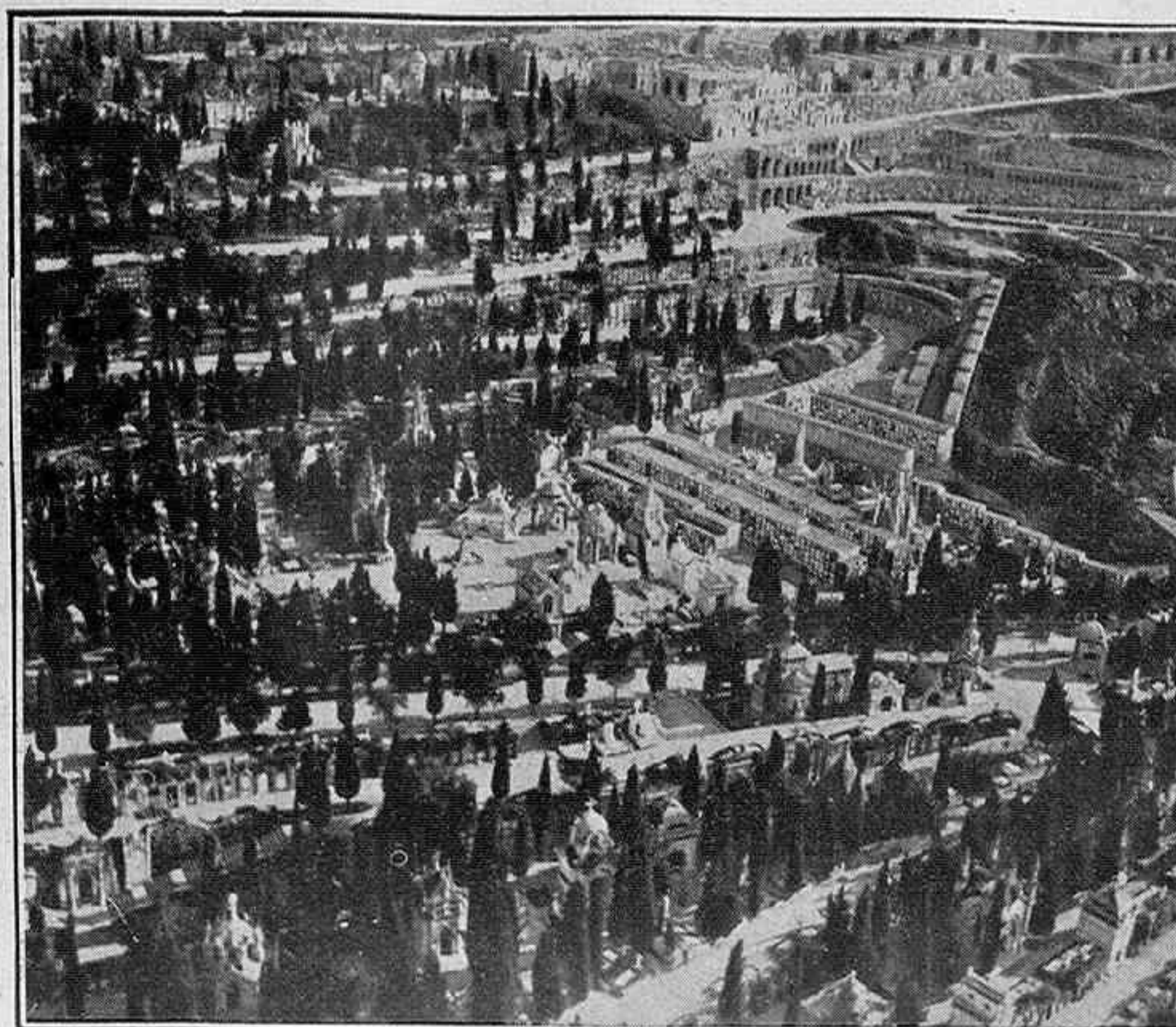
Interior del Parvulario construido en la barriada de Sarriá



Nueva Escuela Municipal de Música situada en el chaflán de las calles Bruch y Valencia



Perspectiva del proyecto de hospital para infecciosos, ya construido en la que fué sección marítima del Parque de la Ciudadela



Vista aérea de una parte del Cementerio del Suroeste, al que se ha dotado, como á los demás, de abundante vegetación

General cede gratuitamente para este servicio; se han concedido becas y pensiones para perfeccionar estudios; se va implantando la primera enseñanza graduada en varias Escuelas; se dan cursillos de enseñanza doméstica de puericultura, plancha y cocina en las Escuelas de niñas; se subvenciona la Fiesta del Libro y se reparten importantes lotes de libros á la mayoría de las Escuelas nacionales; se fomentan las colecciones á cargo de la Junta de Museos y de la Junta de Ciencias Naturales, y se terminó la instalación del Archivo Histórico, que es actualmente uno de los principales centros de consulta y cultura de España; se deja oír la Banda Municipal en una excursión al Extranjero, consagrándose como una de las mejores del mundo, y se traslada al nuevo local la Escuela de Música, adquiriéndose, entre otros instrumentos, diez nuevos pianos, para poder atender la numerosísima matrícula que alcanza la respetable cifra de 2.000 alumnos próximamente.

De otra parte, la Delegación de Cultura levanta edificios para nuevas escuelas y parvularios, y habilita los créditos necesarios para terminar y poner en utilización los soberbios grupos escolares, desde tanto tiempo paralizados, denominados «Milá y Fontanals y Luisa Eura», capaz para 1.134 alumnos; «Luis Vives», para 816; «Ramón Lluís», para 1.200; «Pedro Vila», para 1.360, y «General Primo de Rivera», emplazado éste en pleno Parque Güell.

—¿...?

—En el ramo de Abastos ha sido importantísima la labor de corrección de deficiencias, suprimiendo abusos que existían desde tiempo inmemorial. Ha sido muy densa la parte de disposiciones y reglamentaciones, que además de sanear el servicio, han saneado de un modo notable los rendimientos del mismo. Para la mayor

eficacia de estas disposiciones y para satisfacer necesidades que pueden calificarse de primordiales, se han llevado á cabo muchísimas obras de reforma y mejora en la mayor parte de los mercados; y entre ellas se puede citar, como ejemplo de necesidad que estaba desatendida, la construcción de ciento diez y seis armarios frigoríficos, que comprenden unos trescientos cincuenta compartimientos, y la de un gran depósito para la conservación de todas las existencias, que permite declarar el cierre de los depósitos particulares diseminados por la ciudad; la comprobación de cuyas condiciones y funcionamiento desde el punto de vista higiénico ofrece grandes dificultades, á pesar del celo y diligencia del personal encargado de la inspección.

Se ha terminado la construcción del Mercado Galvany, interrumpida desde hacía muchos años, y se ha adjudicado ya la subasta para la construcción del nuevo Mercado del Porvenir, cuyo proyecto presenta características tales, que po-

drá servir de modelo para la admirable distribución de los servicios propios del Mercado.

Interin no se pueda emprender la construcción del magno Matadero que la importancia de Barcelona reclama, se ha reformado el actual, mejorando é higienizando notablemente los servicios mediante la construcción de dos grandes naves con instalaciones mecánicas modernas.

—¿...?

—En el Pabellón de la Ciudad de la Exposición pueden verse las traducciones gráficas de la marcha de los fenómenos sociales, cuyo conocimiento es indispensable para una acertada actuación de política social; y ha podido llegarse á él con la precisión necesaria, gracias á la enorme cantidad de datos y elementos de juicio que han podido recogerse, ordenarse y estudiarse desde que se reorganizó la Sección de Estadística, dotándola de elementos modernos de trabajo y concediéndole toda la importancia que requiere.

El ímprobo trabajo que representa el manejo y clasificación de aquellos elementos sube de punto al extender la utilización de los mismos para establecer comparaciones con las principales ciudades del resto de España y las más importantes del Extranjero, de cuya comparación resalta con evidencia el honroso lugar que ocupa nuestra ciudad en distintos aspectos, con respecto á poblaciones análogas, y los grandes esfuerzos que se vienen realizando para que en todos los órdenes llegue á alcanzar uno de los primeros lugares, poniéndose al nivel de las más adelantadas en los pocos casos en que no pueda ella ofrecerse como guía y ejemplo.

—¿...?

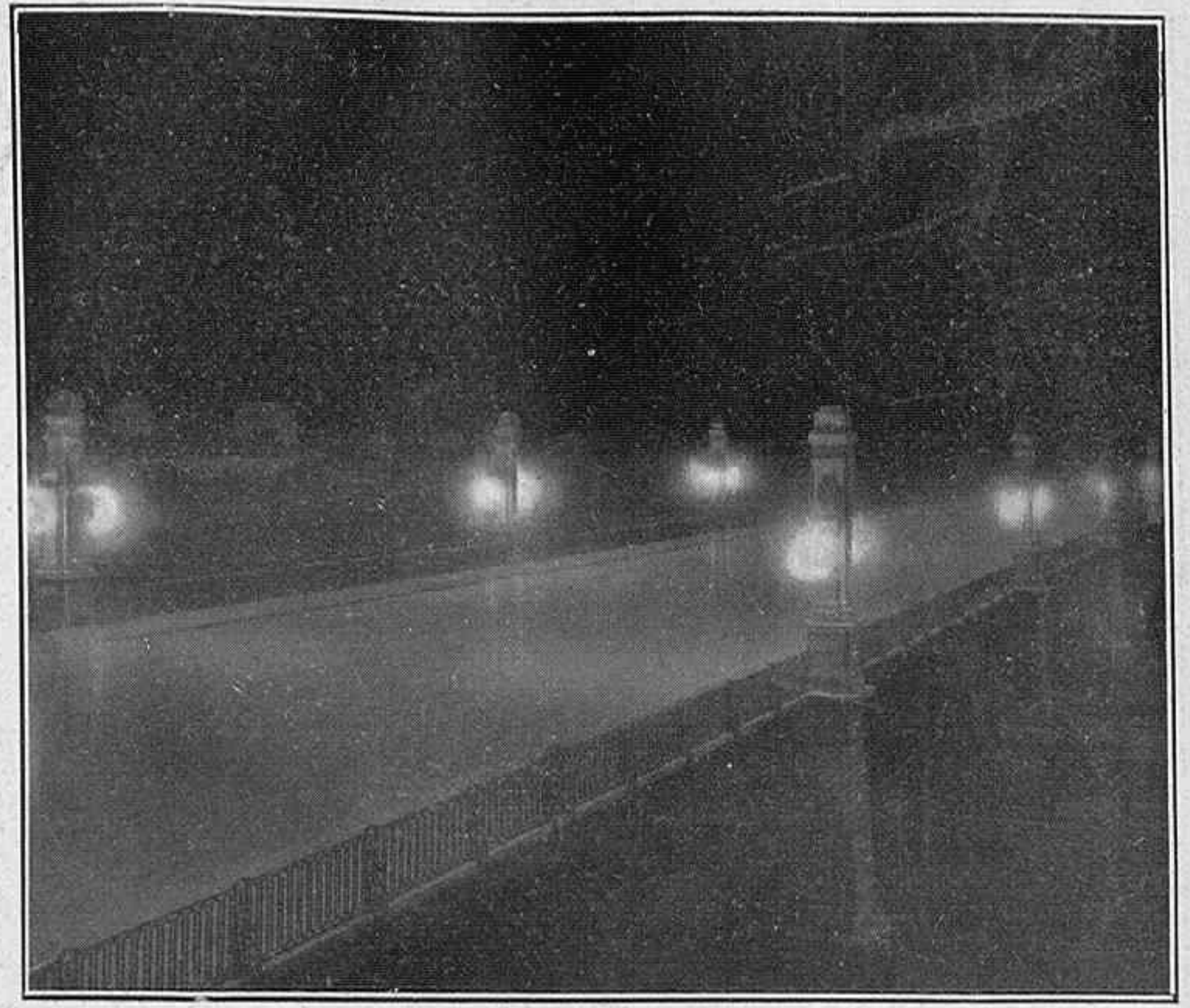
—La reorganización de la Oficina que acabo de indicarle es una parte de la general llevada á cabo en el personal, que ha dado lugar á un notable aumento del rendimiento



Grupo escolar «Milá y Fontanals y Luisa Eura», con fachada en las calles Carmen Angeles y Peu de la Creu



Estación subterránea del ferrocarril de Sarriá, en la Plaza de Cataluña

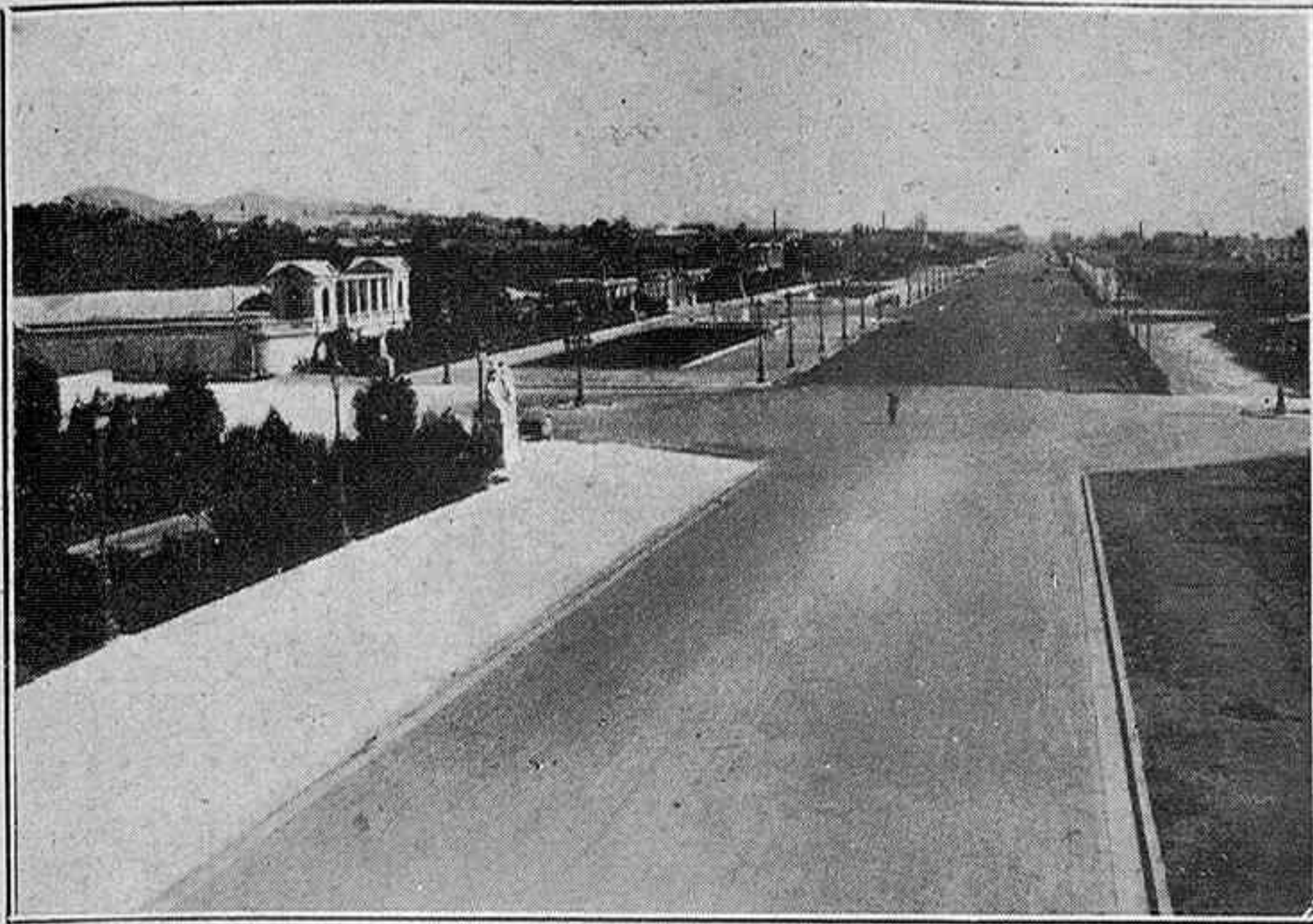


Viaducto de la calle Marina, sobre el campo de maniobras de la Estación del ferrocarril del Norte



Urbanización de la parte antigua de la Avenida de Alfonso XIII

CAMARAT



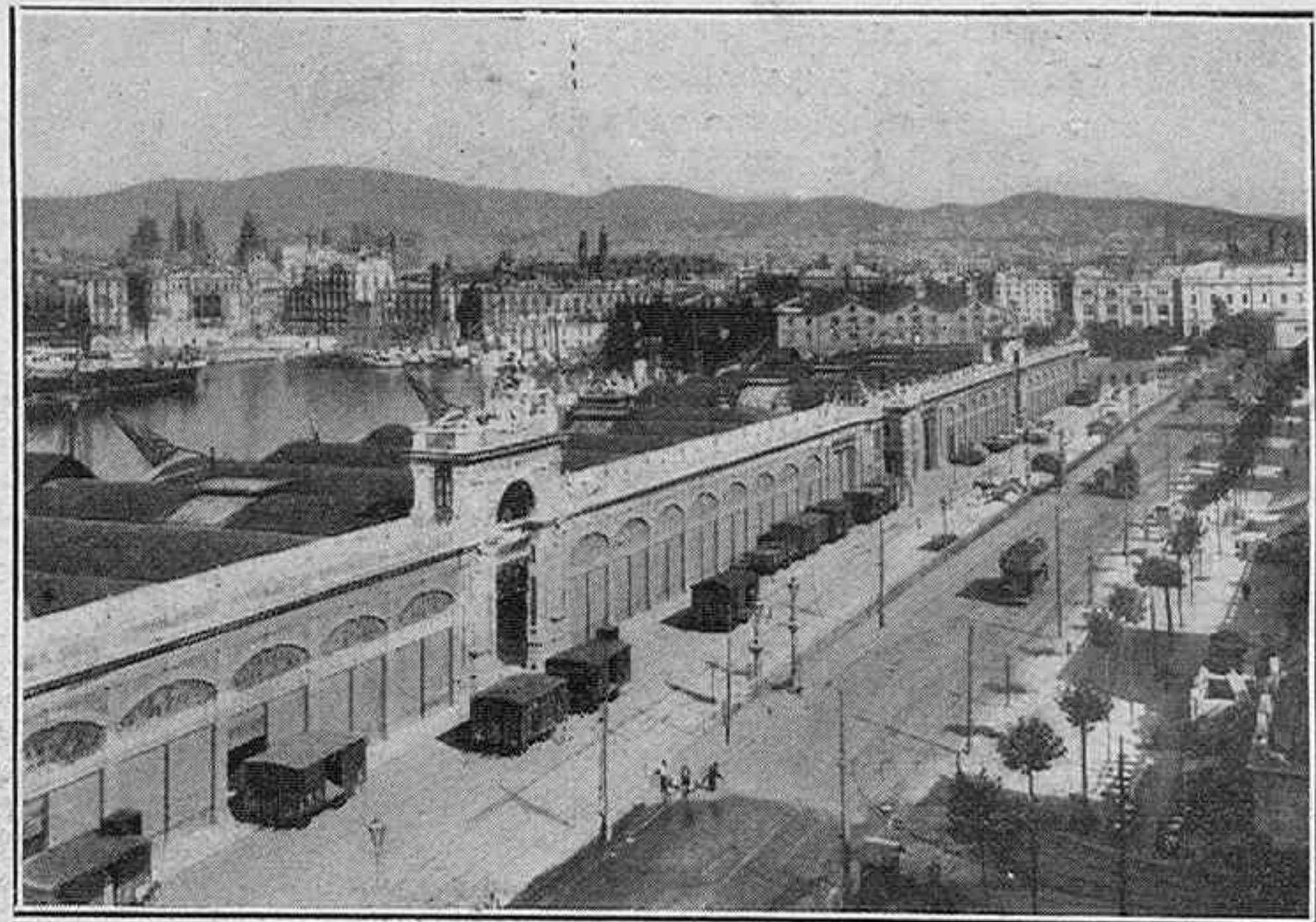
Espléndidas urbanizaciones de la prolongación de la Avenida de Alfonso XIII hasta el Palacio Real y desde éste hasta el Parque terminal



Uno de los espacios destinados á reposo y juego de los niños en la nueva urbanización de la Avenida de Alfonso XIII



Nueva urbanización de la Avenida del Marqués de la Argentera, entre el Gobierno Civil y el Parque de la Ciudadela



Paseo Nacional de la Barceloneta

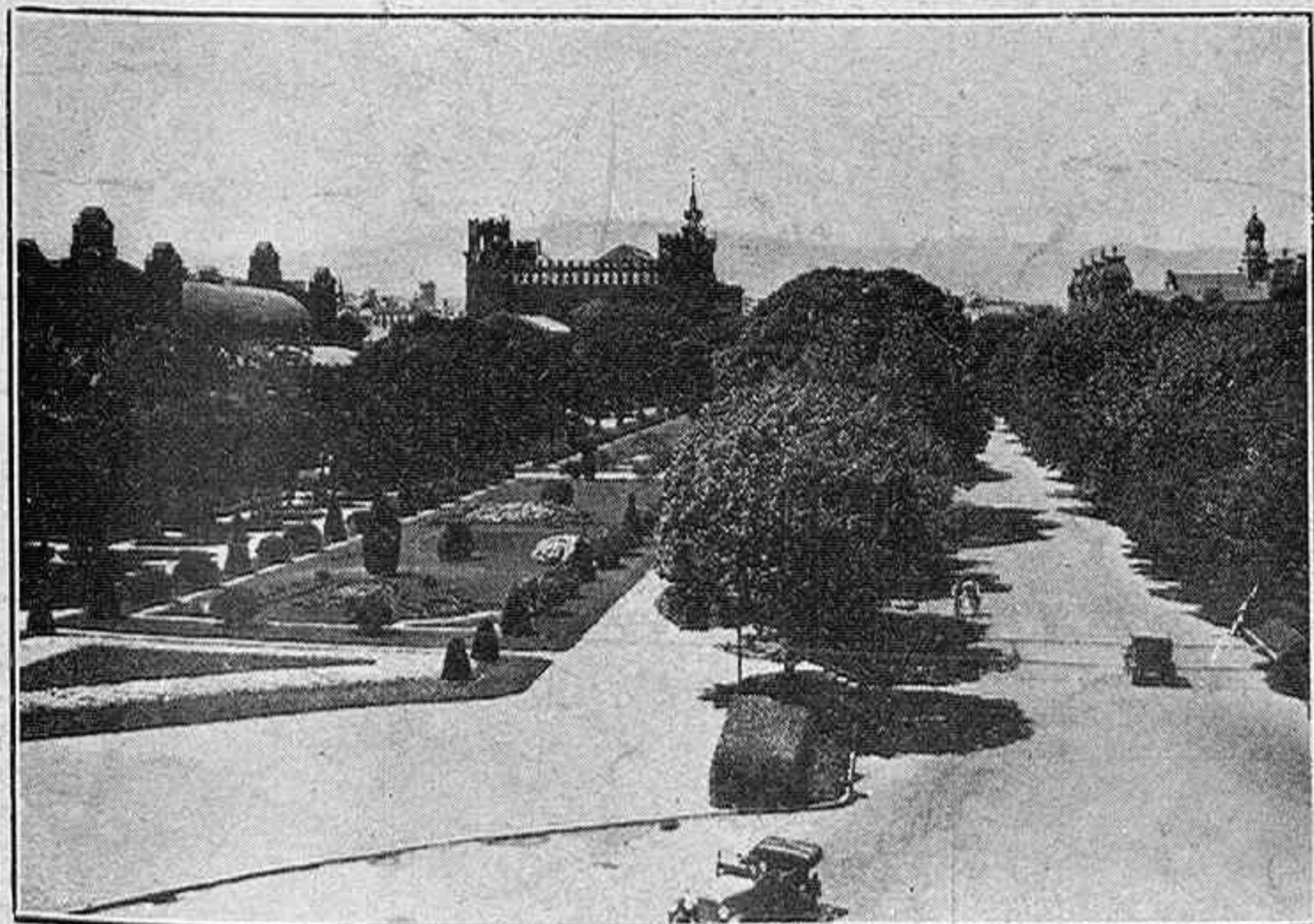
máximo exento del mismo, produjo un aumento de más de un millón de pesetas sobre el producto, antes de la reforma.

Donde se ha hallado la más saneada fuente de ingresos ha sido en la rescisión de onerosísimos conciertos y lesivos contratos de servicios, pues en alguno de ellos se ha producido casi inmediatamente el aumento que representa pasar de un

ingreso de 300.000 pesetas á más de dos y medio millones, siendo el total aumento de ingresos del Presupuesto ordinario superior en quince millones.

Una prueba de la rigidez y austeridad con que se ha procedido en la Hacienda Municipal está en la importancia de las obras públicas llevadas á cabo, con las que se ha hecho una verdadera

transformación de Barcelona, que á las obras de carácter abiertamente municipal por ejecutarse en calles y plazas de la ciudad, hay que agregar las confiadas á organismos más ó menos autónomos, pero que viven y actúan casi exclusivamente del oxígeno de la Caja Municipal, como la Exposición, Puerto Franco, Junta de Atarazanas, Patronato de la Habitación, etc., etc.



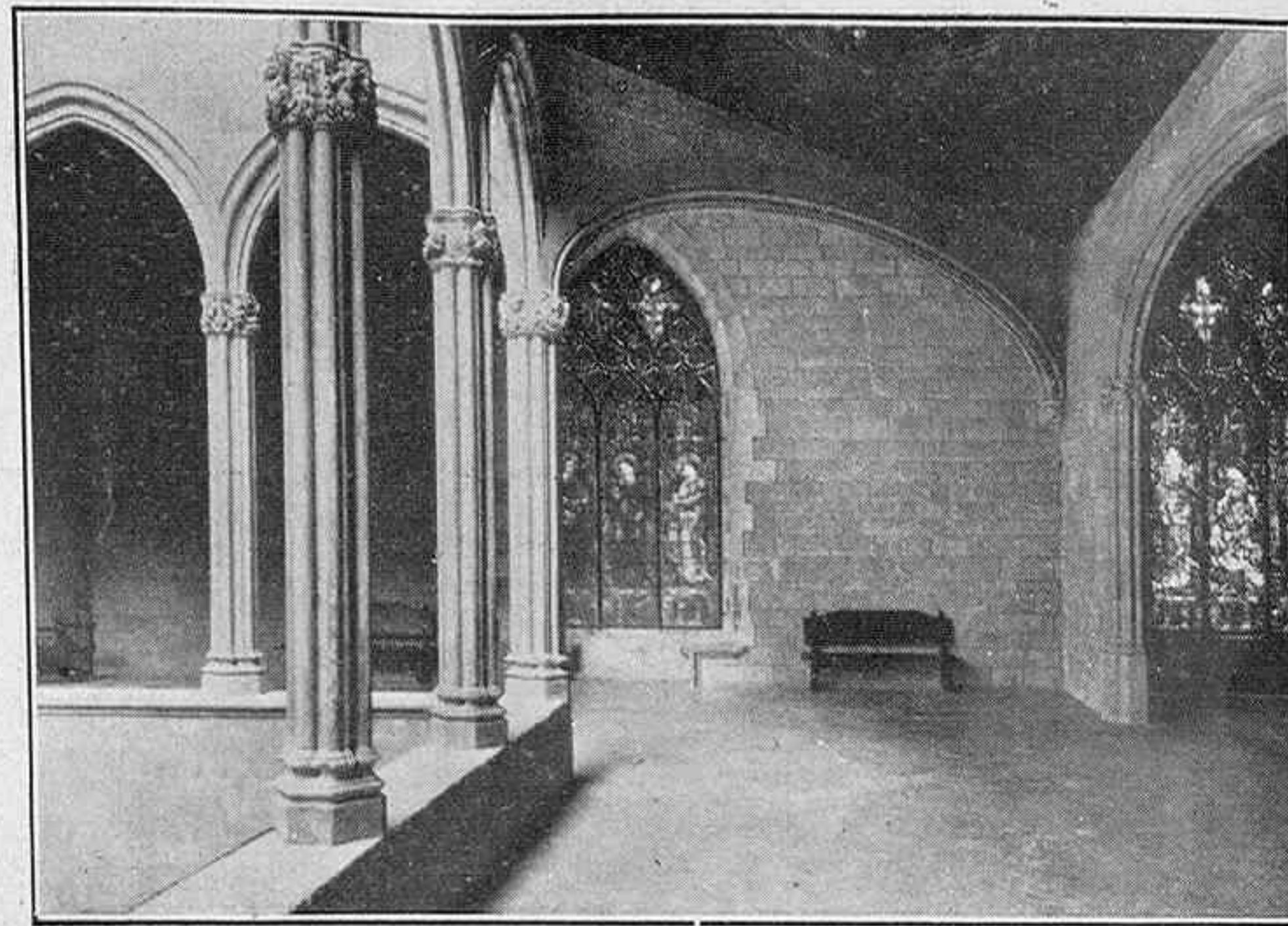
Plantación y acondicionamiento de jardines en el Parque de la Ciudadela



Organización del tránsito mediante señales automáticas lumíneas



Reforma del Ayuntamiento.—Sugestivo salón de fiestas, cuya ostentosa decoración se debe á la mano maestra de José María Sert

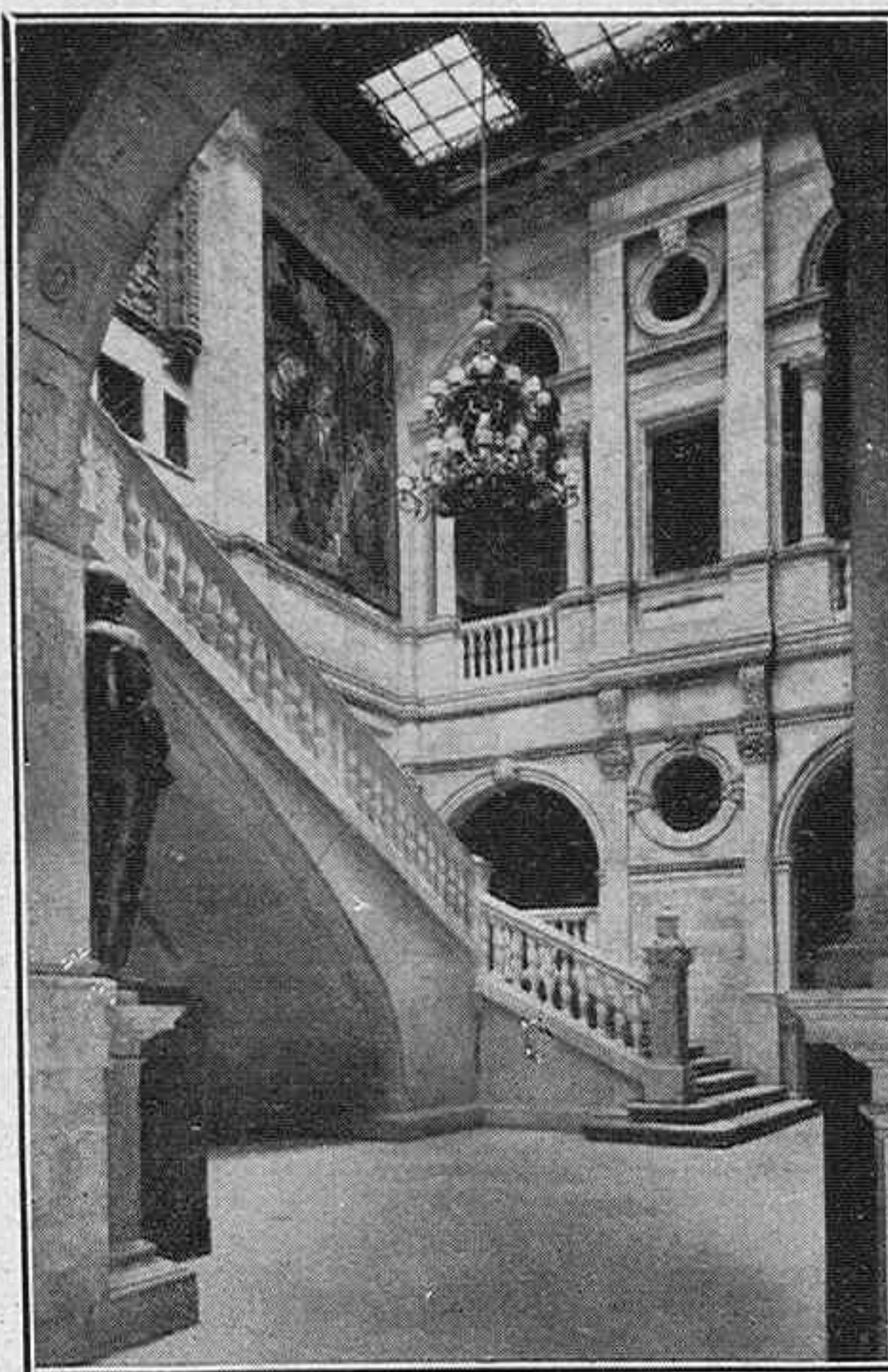


Reforma del Ayuntamiento.—Un ángulo de la galería gótica

—¿...?
—En obras públicas el impulso ha sido verdaderamente formidable, habiéndose ganado, tanto en la zona de Ensanche como en la de Interior, una gran parte del atraso que se observaba.

La primera obra que hay que mencionar por su importancia, y como homenaje al hombre ilustre que preside el Ayuntamiento, pues su ejecución se debe de una manera principalísima á la tenacidad y constante atención que á la misma ha dedicado el Excmo. Sr. Barón de Viver, es la transformación en subterráneo del ferrocarril de la calle de Balmes, cuyos beneficios de carácter urbano y los inapreciables del ahorro de vidas que representa la supresión de la circulación por la superficie, bien claramente los han percibido los ciudadanos barceloneses desde el día de la inauguración del servicio subterráneo. Estas obras, por otra parte, dan valor á la de los túneles empezados á construir para la prolongación de la parte superior de la calle de Balmes hasta su enlace con la Avenida del Tibidabo.

En el conjunto de la ciudad se han construído más de 75 kilómetros de cloacas y más de 500.000 metros cuadrados de pavimentos especiales, pétreos y asfálticos, y se ha devuelto á Barcelona la fama mundial que había tenido de ciudad espléndidamente iluminada gracias al establecimiento del nuevo alumbrado, del cual son dignas de citar las condiciones económicas en que se ha establecido, pues el precio del kilowatio-hora se ha rebajado de cuarenta á veintiocho céntimos, y el del gas de cuarenta y cinco á



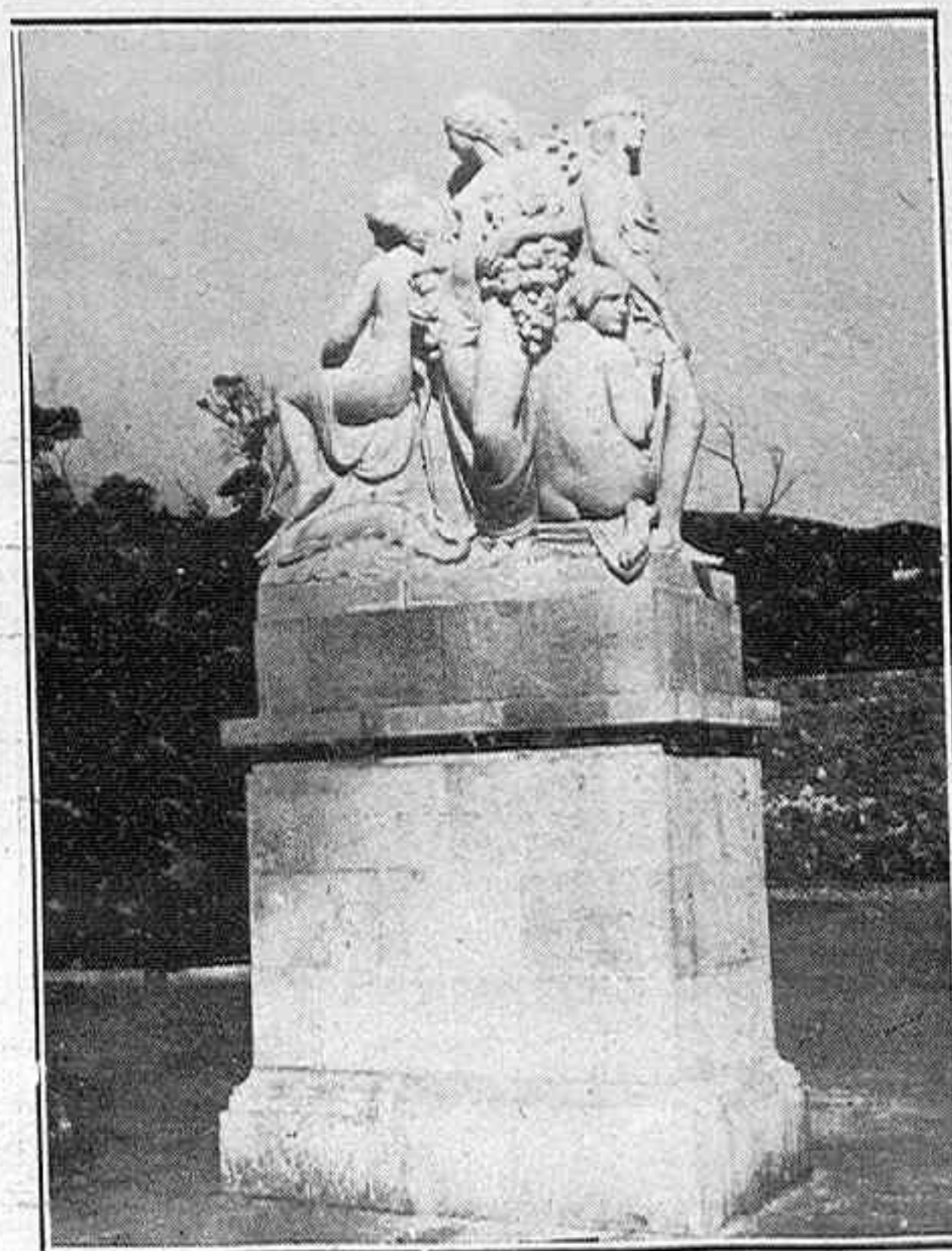
Reforma del Ayuntamiento.—La nueva escalera de honor

veintiún céntimos por metro cúbico, habiéndose obtenido rebaja también en el servicio de conservación.

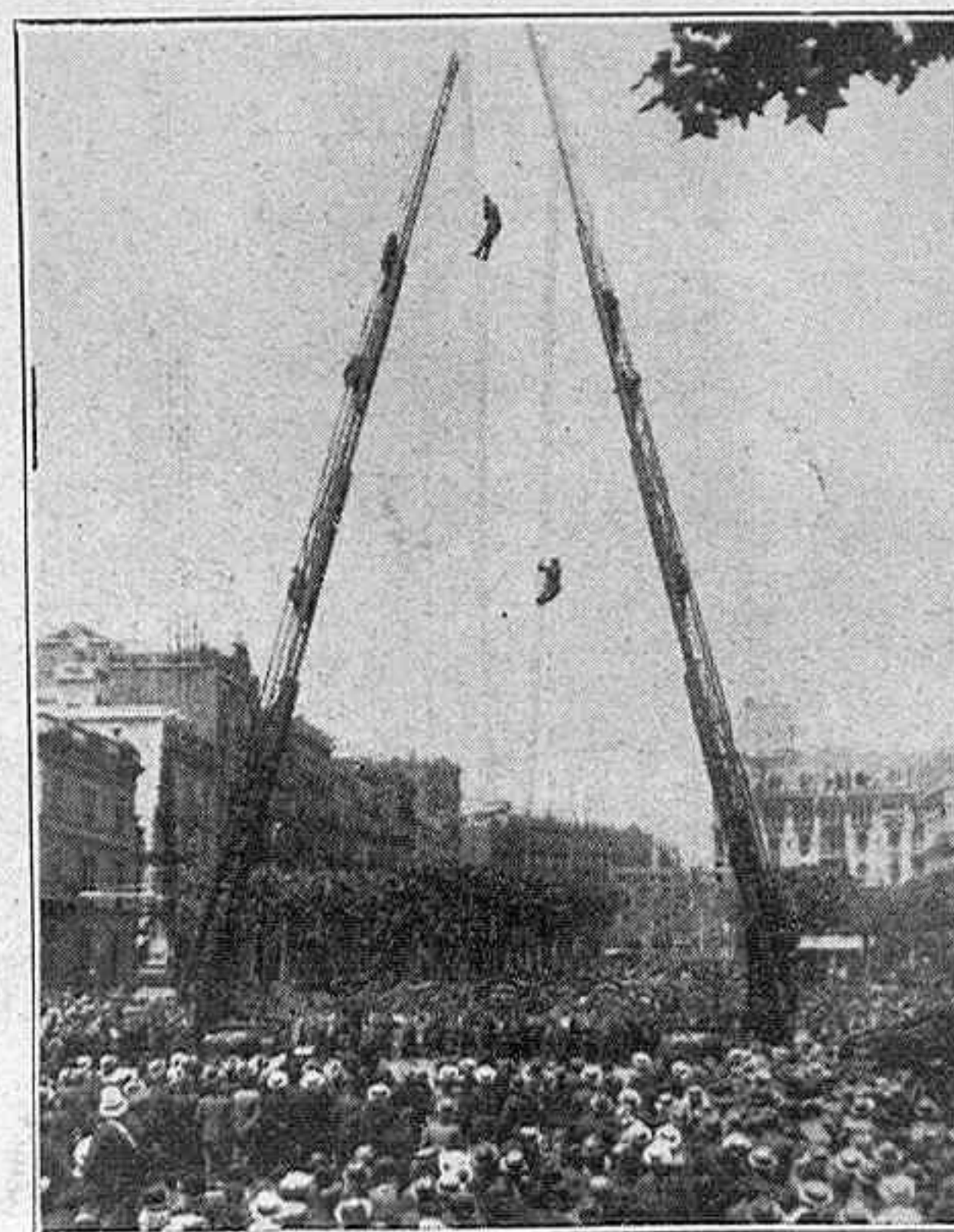
Entre las obras más importantes realizadas en el Ensanche, aparte el gran número de calles abiertas en totalidad ó prolongadas y ensanchadas, merecen citarse el Viaducto de la calle de Marina, desde el campo de maniobras de la estación ferroviaria del Norte, que al salvar la solución de continuidad de dicha calle, permite el desarrollo urbano de aquellos lugares y facilita una importante necesidad de carácter general, como la de establecer una comunicación cómoda entre la parte del Pueblo Nuevo y el costado de Sarriá.

El puente de paso superior sobre ferrocarriles de M. Z. A. de la calle de Almogávares que viene á poner término á la insostenible situación para el tránsito creada por la frecuentísima interrupción de la circulación en la calle de Pedro IV con el cierre de las barreras del cruce á nivel de la vía ferroviaria de M. Z. A. en punto anterior á la bifurcación de las líneas de Tarragona y Francia de manera que soporta todo el denso tráfico de las mismas.

En este orden de reformas se dará comienzo dentro de brevísimo tiempo á la obra magna y de incalculable trascendencia para la ciudad de suprimir los pasos á nivel, á cuyo fin se celebró ya el oportuno contrato con la Compañía Ferroviaria del Norte, análogamente á lo tratado con la de M. Z. A., para la prolongación de la zanja en la calle de Aragón hacia el lado de Sans, obra esta última que quedará terminada dentro de poco.



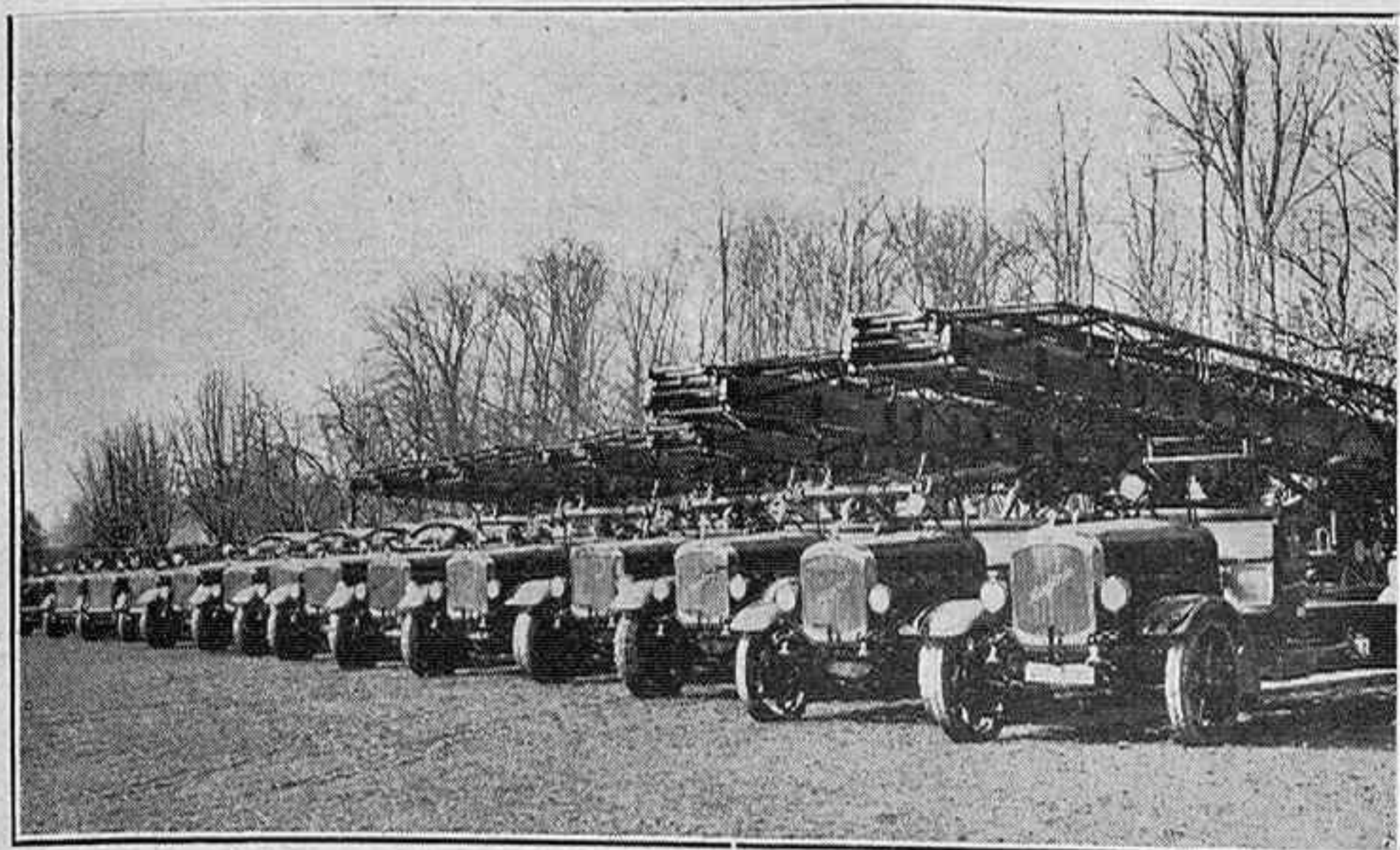
Grupo del escultor José Otero en la Avenida de Alfonso XIII, junto al Palacio Real



Ejercicios del Cuerpo de Bomberos, con el nuevo material adquirido, ante la multitud ciudadana, que admiró su hábil labor



Plaza de España.—Detalle del grupo del escultor Miguel Blay, simbolizando los ríos Tajo y Guadiana



Modernísimo material de bomberos recientemente adquirido



Aspecto de la Plaza de España por la parte de entrada a la Exposición

Se ha hecho una importante prolongación hacia el río Llobregat de la calle de las Cortes, acercando una espléndida vía de comunicación hacia aquellos bellos lugares y estrechando las relaciones con la capital de todos los pueblos por allí esparcidos.

Se ha dotado al aristocrático Paseo de Gracia de un remate decorativo á base de jardines, esculturas y juegos de agua, el cual abarca desde su cruce con la avenida de Alfonso XIII hasta el abocinamiento de las alineaciones á la entrada de la calle de Salmerón, la visualidad de la cual como término del paseo pretende corregirse con esa urbanización artística; una cosa análoga se hace en el extremo superior del Paseo de San Juan, donde también se urbaniza á base de jardines centrales, á los cuales ha de comunicar una bella perspectiva la elevación de la rasante de dicho tramo final.

Son dignas de especial mención la apertura de nuevas urbanizaciones de hermosas avenidas, tales como las de Primo de Rivera y Martínez Anido, del marqués de Magaz, de Milans del Bosch, etcétera, etc.



Lamentamos no recibir del ilustre delegado Sr. Llansó con quien conversamos, explicaciones de obras tan populares y de trascendencia ciudadana surgidas de su delegación de Obras Públicas, como las de restauración y embellecimiento de las Casas Consistoriales que son objeto de admiración para cuantos las visitan, ni de la



Cuartelillo de Bomberos núm. 5, recientemente construido en la barriada de Pueblo Seco



Fuente monumental de la Plaza de España simbolizando la grandeza patria. Al fondo se ven dos de los grandes hoteles que ha construido el Ayuntamiento para atender las exigencias de hospedaje

prolongación de la Avenida de Alfonso XIII y feliz remate de la nueva urbanización de la Plaza de Cataluña, ni del mágico resurgimiento de la Plaza de España, magnífico complemento de su conocida labor dentro del Comité de la Exposición; ni de la regeneración del Parque de la Ciudadela y esparcimiento de notas del mejor gusto artístico por calles y plazas, sin olvidar la energía desplegada en la renovación de las Ramblas, ante cuyas dificultades tantos hombres eminentes habían retrocedido, y muchas otras que por su decisión de no hablar de ellas han escapado á nuestra investigación, por más que en el curso de ella y en las propias oficinas municipales hemos tenido ocasión de observar el impulso que se ha dado á la confección de un elemento de primera necesidad como es el plano de la ciudad, y allí mismo tuvimos ocasión de comprobar el éxito magnífico del original concurso de ideas para mejorar, embellecer y evitar la desaparición de lugares característicos que han de tenerse en cuenta al proyectar la reforma de la ciudad antigua y tratar de poner en valor el muchísimo que tienen tales lugares desde el punto de vista artístico, histórico, arqueológico ó típico de Barcelona; también la modernización del Servicio de Incendios, cuyo personal y material acabamos de tener ocasión de admirar con motivo de la revista efectuada en plena Avenida de Alfonso XIII por nuestro querido Rey.

J. P. N.





El teatro de Dionisios durante una representación reciente

A TRAVÉS DEL MUNDO

La resurrección de las danzas y del teatro antiguos en Atenas

DESDE hace varios años, se observa en el mundo intelectual helénico un laudable movimiento artístico, encaminado á divulgar el conocimiento de las danzas y los dramas antiguos mediante representaciones en el cuadro de los paisajes maravillosos que originariamente les sirvieron de escenario natural.

Inicióse este movimiento de índole cultural el año de 1927, con ocasión de las fiestas de Delfos. Y fueron sus entusiastas propugnadores el poeta Sikelianos y su mujer, cuyos esfuerzos en tal sentido hubieron de ser apoyados por el periodista ateniense Nicolás Eghinitis, que se ocupa activamente de cuestiones de esta índole. Ya en la misma Atenas habíase fundado en 1924 la sociedad dramática *Eurípides*, presidida por Alejandro Filadelfos, que en Junio del citado año representaba *Alceste*, de Eurípides, en el Odeón de Herodes Atico, y esta primavera prestaba su decidida cooperación al pensamiento restaurador de Sikelianos, llevando á las fiestas antiguas celebradas en Eleusis y en el teatro de Dionisios, de Atenas, durante los meses de Abril, Mayo y Junio, el concurso valiosísimo de dos artistas eminentes de la danza clásica: los esposos Janelos, cuya escuela de bailarines y mímicos goza de gran renombre en Grecia.

Consistieron las referidas fiestas antiguas, admirable evocación de los misterios celebrados en Eleusis, principalmente en honor de Démeter (Ceres), de su



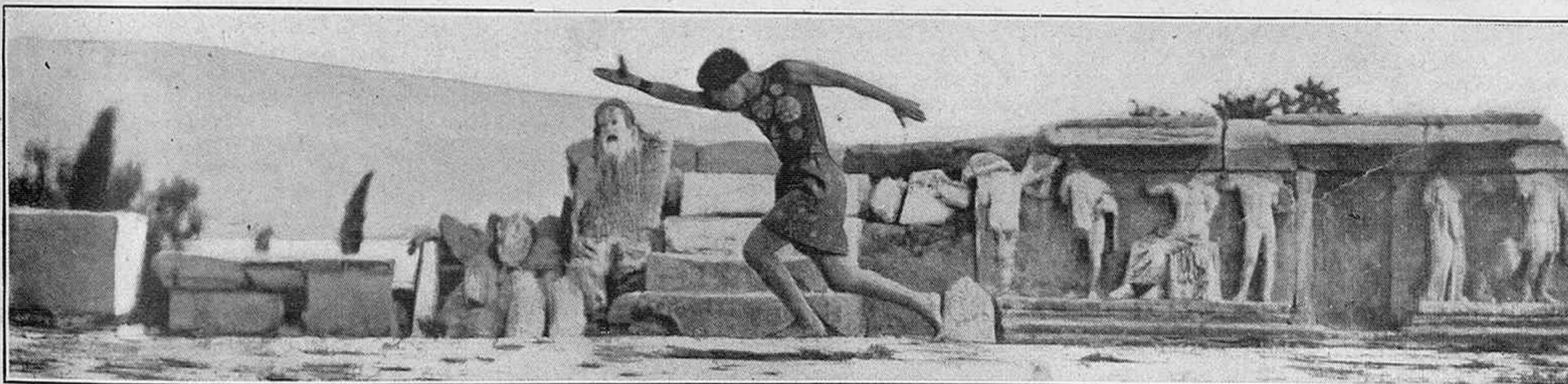
Tanagra Kanellos en «La victoria de la primavera», en el teatro de Dionisios

hija Cora (Proserpina) y de Iaco; las tres divinidades ctonianas del Atica unidas en un mismo culto misterioso, el más importante y célebre de toda Grecia, y que más tarde adoptaron algunos emperadores romanos, haciéndose iniciar en el mismo. El documento más antiguo sobre la institución de los misterios eleusinos es el himno homérico á Démeter, descubierto en Moscú hacia fines del siglo XVIII, y compuesto, al parecer, en el siglo VIII. Este himno sitúa en Eleusis el mito de Démeter, cuando la diosa, desolada por no encontrar á su hija Cora, raptada por Hades, y después de buscarla por todo el mundo, castiga á los hombres con un hambre universal, que no cesa hasta que Zeus (Júpiter) hace salir á Cora de lo profundo de los infiernos. Las *pequeñas Eleusinas*, como las *grandes*, correspondían á las dos épocas agrícolas principales. Celebrábanse las primeras en el mes de la germinación primaveral, representada por el mito de la ascensión de Cora en la localidad de Agra, arrabal de Atenas, en las orillas del Ilisos, próximo á la fuente Caliroe. Los grandes misterios, ó eleusinas propiamente dichas, se efectuaban en el tiempo que media entre la recolección de la mies y las siembras otoñales, conmemorándose en ellas el rapto de Cora y su descenso á los dominios de Plutón. Parte muy importante de las eleusinas era la procesión llamada de Iaco, el hermano místico de Cora, cuya imagen era

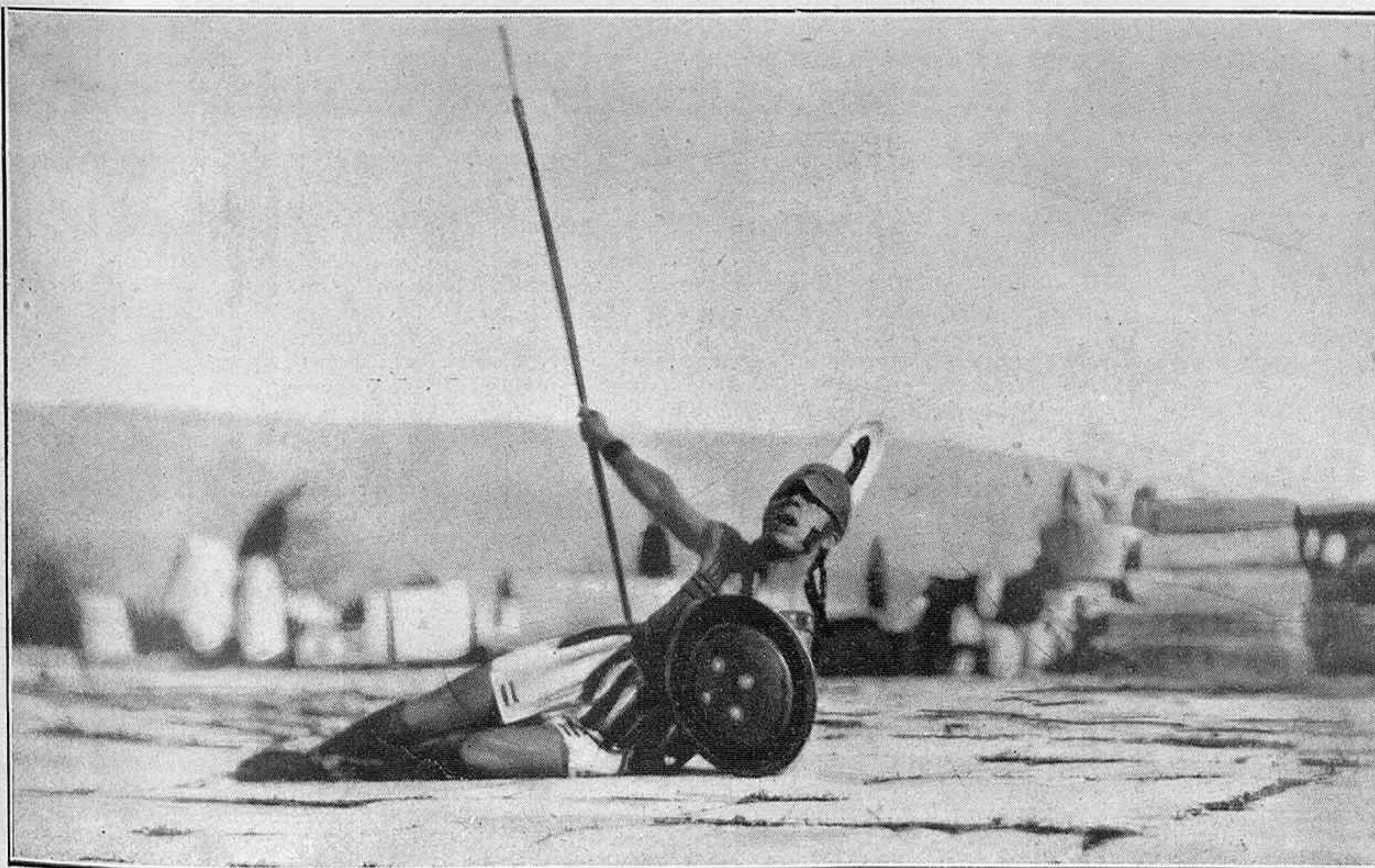
conducida desde el Eleusión (templo de Eleusis, el hijo de Mercurio y de Daire) de Agra, al Iaqueión (templo de Iaco) de Eleusis, adonde llegaban después de la media noche. El cortejo, en el que figuraban todos los iniciados con antorchas encendidas, seguidos de inmensa multitud, atravesaba la Agora de Atenas cantando himnos al dios, y llegaba á Eleusis por la Vía Sacra, llamada así por el gran número de edificios religiosos que en ella había. La distancia recorrida por la procesión era de unas cuatro leguas, uniéndose á esto las estaciones que se hacían en los templos del camino para cantar, bailar y hacer libaciones y sacrificios.

Digno coronamiento de las eleusianas, restau-

El desfile de sacerdotes de Eleusis ante las columnas del Partenón, de Atenas, durante las fiestas celebradas en la pasada primavera



El coreógrafo Varros Janellos bailando en el teatro de Dionisios, de Atenas



radas este año por los amigos del arte antiguo en Eleusis, fueron las representaciones de algunas escenas de *Alceste* en el teatro de Dionisios, de Atenas, hallándose confiada la parte musical de las mismas al compositor suizo Franck Choisy y al maestro de danza Janellos, que utilizaron para sus melodías y danzas antiguas canciones y bailes griegos. Las ilustraciones que acompañan á este artículo dan idea del elevado valor artístico que alcanzaron las fiestas eleusianas, y que, sin duda, será superado en las que se proyectan en Atenas para el año próximo.

D. R.

«El espartano moribundo», escena del antiguo teatro griego, representado por el coreógrafo Varros Janellos



EN TIERRA DE AMOR

Una página feliz en la historia de la buena Reina

TIEMBLA mi pluma al comenzar á trazar estos renglones, consciente de que su chirrido ha de despertar en el corazón de nuestro Rey multitud de recuerdos dolorosos á fuerza de ser dulces.

Fué en el estío. Declinaba el día en uno de esos inconfundibles atardeceres de la Tierra de Amor, donde siempre parece sonreír natura.

Siguiendo la línea del último rayo de sol, me dirigía hacia el pinar para gustar las delicias de su quietud y escuchar el cantar del viento, deslizándose, allá arriba, entre las agujas verdes. Estaba solitario el camino y silenciosas las «villas», como abandonadas. Sólo gemían, al rozar contra una verja, las ramas de un magnolio en flor.

Me detuve para aspirar el sensual aroma de aquellos pétalos, cuando un nombre español pareció grabarse de improviso ante mis ojos.

¿Fué una ilusión? ¿Un fantástico destello del último fulgor del día?

No; la palabra estaba allí dorada sobre mármol rojo. Adquirió para mí relieve; se destacó para mí de entre todas las demás, y leí, emocionada, «Alfonso XII».

¡Cuántas interrogaciones acudieron á mi espíritu en aquel instante! Cogí la verja con mis dos manos, apoyé mi frente sobre los barrotes y pude leer.

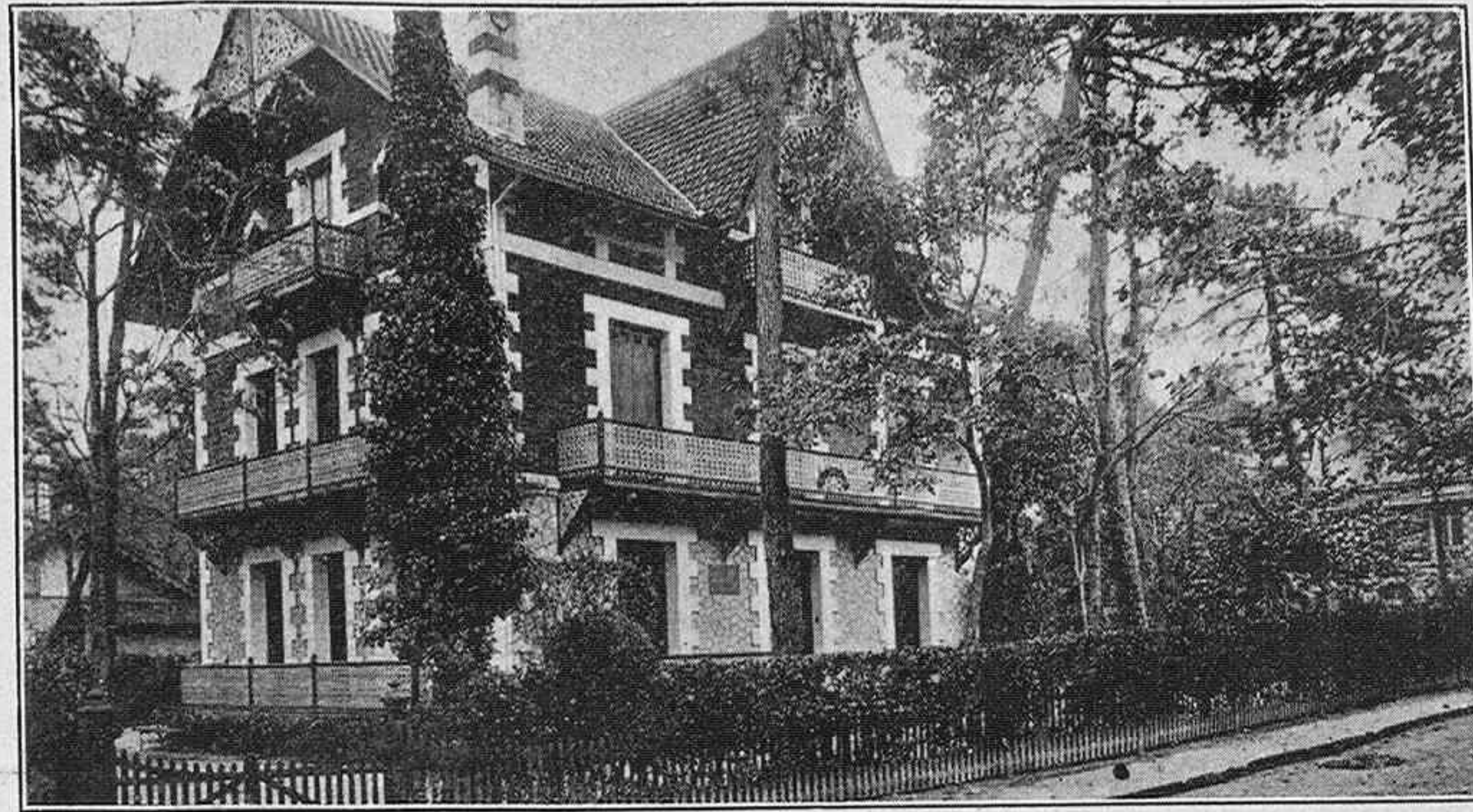
Así rezaba una placa incrustada en la fachada de la «Villa Bellegarde»:

*Chalet habité par la archiduchesse d'Autriche devenue Reine d'Espagne.
C'est dans cette villa
où eut lieu la première entrevue
de l'Archiduchesse avec le roi
d'Espagne ALPHONSE XII
le 23 Aout 1879.*

Reanudé mi paseo; llegué al pinar; me eché sobre las arenas, junto á un enorme tronco derribado, por el cual subían sin descanso las hormigas en procesión; entorné mis párpados, y he aquí lo que evocé:

Corría el año de 1879. La Familia Real española veraneaba en La Granja. El joven Monarca, el Monarca castizo de las negras patillas y los ojos hechiceros, salió el día 7 de Agosto con sus hermanas á dar un paseo hasta Navacerrada. Transcurrió la mañana deliciosa; pero á las doce y cuarto, al entrar el carruaje en la última de las siete revueltas, se le rompió el eje y volcó. Todos salieron ilesos del accidente, salvo el Rey, que se dislocó un brazo. Causó el percance gran sensación en la Corte, y no poca inquietud á los ministros, pues estaba á punto de concertarse el matrimonio de Alfonso XII con la archiduquesa María Cristina de Austria.

Afortunadamente, no tuvo consecuencias, y el día 18 del mismo mes se decía en los mentideros que el jueves siguiente saldría el Monarca para Francia, acompañado del marqués de Alcañices,



La coquetona Villa Bellegarde, en Arcachón

el conde de Morphi y el primer médico de cámara, Sr. Alfonso. Corría el rumor de que también iría el ministro de Estado, Silvela.

Ya se hablaba en Arcachón como lugar elegido para que los novios celebrasen su primera entrevista, y á las cinco y media de la tarde de un hermoso día veraniego puso el Rey Alfonso su planta en la tan justamente llamada «Tierra de Amor».

En la estación de Lamothe lo esperaban las autoridades francesas, y en el andén de Arcachón halló al marqués de Molins, embajador de España en París, y al barón de Solemnijje, diplomático austríaco. El Rey, que viajaba con el nombre de conde de Covadonga, vestía de claro y llevaba sombrero de paja y el brazo en cabestrillo.

Al descender del tren dijo al barón de Solemnijje:

—Je vous attends à la Villa Monaco.

Otra «villa» plácida y sin pretensiones que tiene aún la tenue aureola de romanticismo con que la ornaron aquellos amores. En ella se hospedó el Monarca, muy cerca de su prometida, hacia la cual iba con todo el entusiasmo de su carácter alegre y juvenil.

Abrigaba el propósito de permanecer sólo veinticuatro horas fuera de su país, y su vehemencia le detuvo allí cerca de una semana.

Aquella noche cenó en Villa Bellegarde, y después conversó con las archiduquesas en el salón durante una hora, ocupando la archiduquesa y el Rey los dos butacones que se hallaban á ambos lados de la chimenea, y en una silla, frente á ellos, la que había de ser más tarde amada soberana del pueblo español. Rubia y de cutis sonrosado, el azul transparente de sus pupilas revelaba toda la bondad y la sencillez de su espíritu.

Más tarde, á ruegos de su madre, fué á sentarse ante un piano Gersex que ocupaba un ángulo de la habitación, y ejecutó, emocionada, algunos trozos de música.

Y vivió la joven pareja unos días inolvidables, paseando su amor por el pinar misterioso, ó sobre las aguas mansas de la rada. Juntos visitaron el *Aquarium*; asistieron á los conciertos, dirigidos por Metra, en el histórico castillo donde se halla instalado el Casino; recorrieron las alamedas del parque Pereire, tendido entre el bosque y el mar... ¡Hermosas horas de ilusión!

Lejos de aquellas playas, un pueblo, deseoso de vivir y de ocupar el puesto que le correspondía en el mundial concierto, aguardaba ansioso

las decisiones de su Rey.

Tres meses más tarde salió para Austria una embajada española, llevando al Emperador Francisco José una carta particular del Rey de España pidiendo la mano de la Archiduquesa, abadesa de las Damas Nobles, de Santa Teresa de Praga; días después, el 17 de Noviembre, ésta, acompañada de su madre, salió hacia nuestro país, siendo despedida por el propio Emperador.

Llegó á París el día 19. En la capital francesa la aguardaba, en un salón de la estación, decorado al efecto, la Reina Doña Isabel. Ambas madres fueron á abrazarse cuando se interpuso la joven archiduquesa, para ofrecer á la destronada Soberana un ramo de flores.

En el Hotel Meurice la esperaban sus padrinos, el archiduque Raniero Fernando y su esposa, y con ellos siguió su viaje camino de España la prometida del Pacificador.

En carroza cerrada llegó al Pardo, acompañada por su propio novio, quien con todas sus hermanas salió á su encuentro hasta el apeadero de Casa de Vacas, donde se detuvo el convoy el día 24, á las siete y cuarto de la mañana. El 28, á las cinco de la tarde, en el salón que fué comedor de Fernando VII, y cuyos muros se hallaban cubiertos de tapices de Goya, tuvo lugar, ante el ministro de Gracia y Justicia, el acto de firmarse las capitulaciones matrimoniales, asistiendo la Reina Isabel, quien llegó de París aquella misma mañana; y al día siguiente, á las doce y cuarto, entró el Rey con su madre y hermanas en la Basílica de Atocha, y poco después la novia.

Vestía ésta traje blanco, de cola cuadrada, cubierto de encaje de Alençon bordado en plata, manto de raso flordelisado con hileras de encaje, rosas blancas y flor de azahar. El velo era de punto de Alençon con dibujos de águilas y flores de lis. ¡Simbólico maridaje!

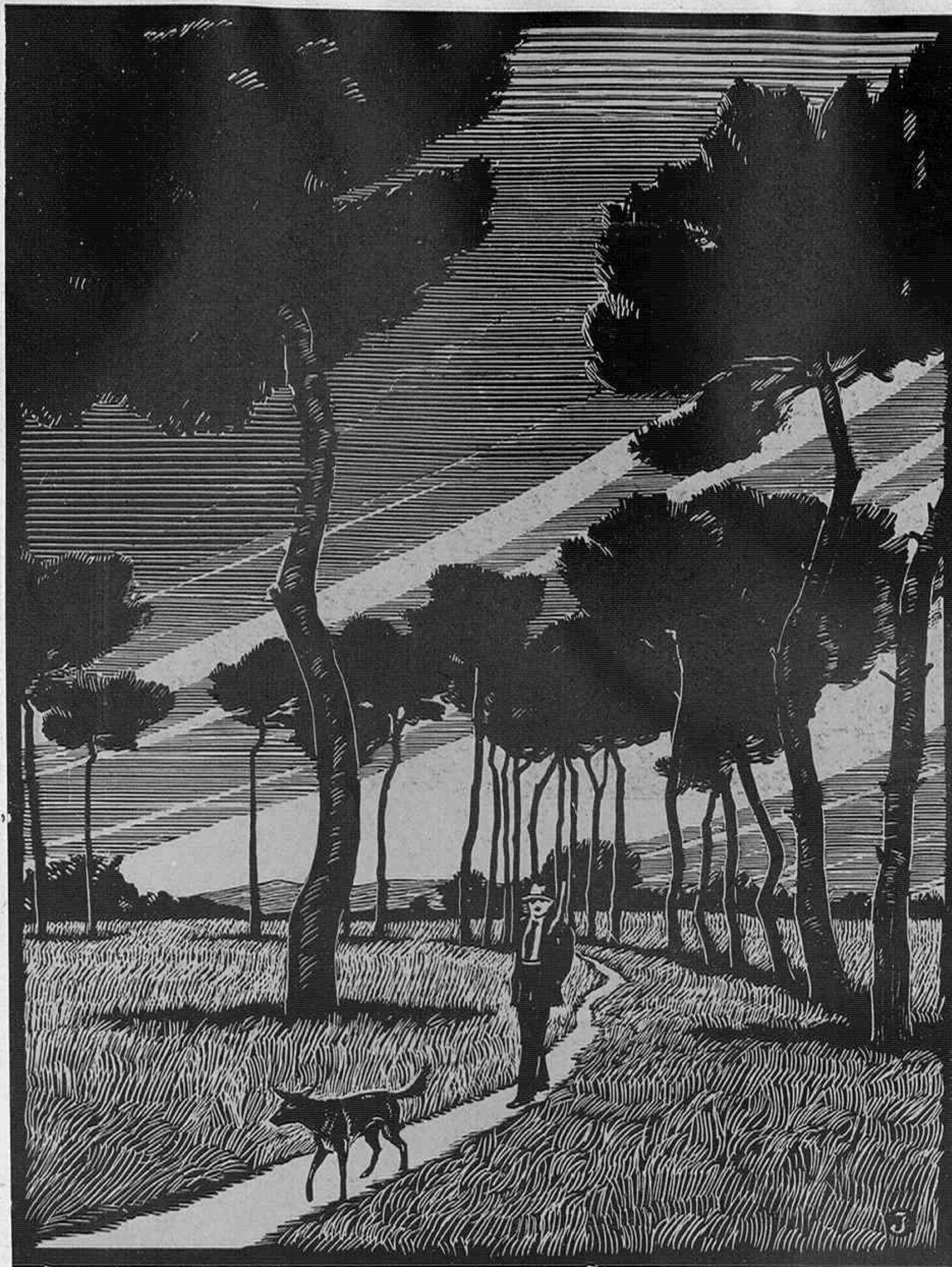
El Patriarca de las Indias bendijo la unión y escuchó estas palabras de la joven desposada:

—Pedid á Dios, padre mío, que ilumine mi inteligencia, para que yo pueda hacer feliz á Su Majestad. Mi misión es muy difícil de llenar. Vengo á suceder á una Reina inolvidable, adorada de un rey y amada del pueblo. ¿Cómo poder competir con una santa?

Abandono la paz del pinar. Aquí dejo la casita silenciosa que guarda cuidadosamente el aroma de tanto recuerdo, y el mío más respetuoso vuela hacia el monasterio donde reposa una anciana que aureolaba la regia corona con la nieve de su cabellera y el amor de un pueblo, sobre el cual, durante tantos años, vertió tesoros de bondad.

Si el chirriar de mi pluma despierta en el corazón de Alfonso XIII recuerdos dolorosos á fuerza de ser dulces, sírvame de disculpa mi admiración hacia la que, por ser santa, con una santa pudo competir.

REMÉE DE HERNANDEZ



C A M I N O S

¡Era un alba de oro!

*Aun, lejano, un lucero parecía
brillar como la luz de una quimera,
de un imposible sueño, y en el coro
de las voces del campo se sentía
que ya estaba en sazón la primavera.*

Amanecía...

*Yo iba por un camino
meditando en mis cosas...
En el alegre sino
de mi infancia... En las rosas
que en las albas serenas
de mi fecunda juventud dorada
recogí á manos llenas...
En mi vida pasada...;
en mi ayer...;*

*en todo lo que he sido
y... ¡en lo que quise ser
y no he podido!*

Amanecía..

*Y yo, en tanto, pensaba:
—¿A dónde voy sin guía?
La luz que me llenaba
de ilusión se ha apagado.
¿A dónde voy...? ¿Qué quiero...?*

*Y me sentí de pronto acobardado,
como un niño perdido en su sendero.*

Amanecía...

*Y vi que era el camino
muy largo.*

*Ya tenía
el cielo un matiz grana
y en los aires se oía, cristalino,
el canto de una alondra.*

*La mañana
era hermosa y feliz.*

Amanecía..

*Aun, lejano, el lucero parecía
brillar como la luz de una quimera,
de un imposible sueño, y en el coro
de las voces del campo se sentía
que ya estaba en sazón la primavera.*

¡Era un alba de oro!

Fernando LOPEZ MARTIN

(Dibujo de Jansen)



Macdonald, con Sir Esmeé Howard, Mr. Curtius y Mr. Stephen G. Porter, en el Capitolio

VIDA INTERNACIONAL

EL VIAJE DE MACDONALD

LA labor de la Sociedad de Naciones no impide, naturalmente, que entre sus miembros y entre los países diversos se establezcan relaciones de mayor ó menor intimidad, según sus respectivas afinidades morales, y más fuertemente aún según sus intereses económicos comunes.

La visita á España del presidente Carmona, que pronto devolverán nuestros Monarcas, es una labor diplomática en ese sentido, y en mayor escala aún lo es la visita á los Estados Unidos del «primer» inglés, sir Ramsay Macdonald.

El fin aparente y confesado de esa visita es el

problema de desarme; un problema á que, en realidad, no parece lógico que apliquen sus actividades dos potencias aisladas, puesto que los datos para resolverle no son exclusivamente suyos; pero bajo esa etiqueta oficial, las conversaciones á que esa visita dió ocasión han tenido por fin, más amplio y eficaz, seguramente, que el mito

del desarme, el conseguir entre las dos naciones una intimidad más apretada y fuerte, que en estos momentos desean por igual ingleses y norteamericanos.

En realidad, no existe ningún motivo que pueda oponerse á semejante conclusión, que, naturalmente, estaría preñada de consecuencias, no sólo en lo político, sino en lo económico, y claro es que muy fundamentalmente en lo naval.

En ese sentido sí sería, finalmente, modificadora de las posiciones de Inglaterra y los Estados Unidos, ante el problema del desarme, la visita de Macdonald á Hoover.

Pero, de todas maneras, es necesario fijar la atención en el entusiasmo popular—muy exactamente reflejado por la prensa de ambos países—con que la visita ha sido acogida allende el Atlántico y seguida en la Gran Bretaña.

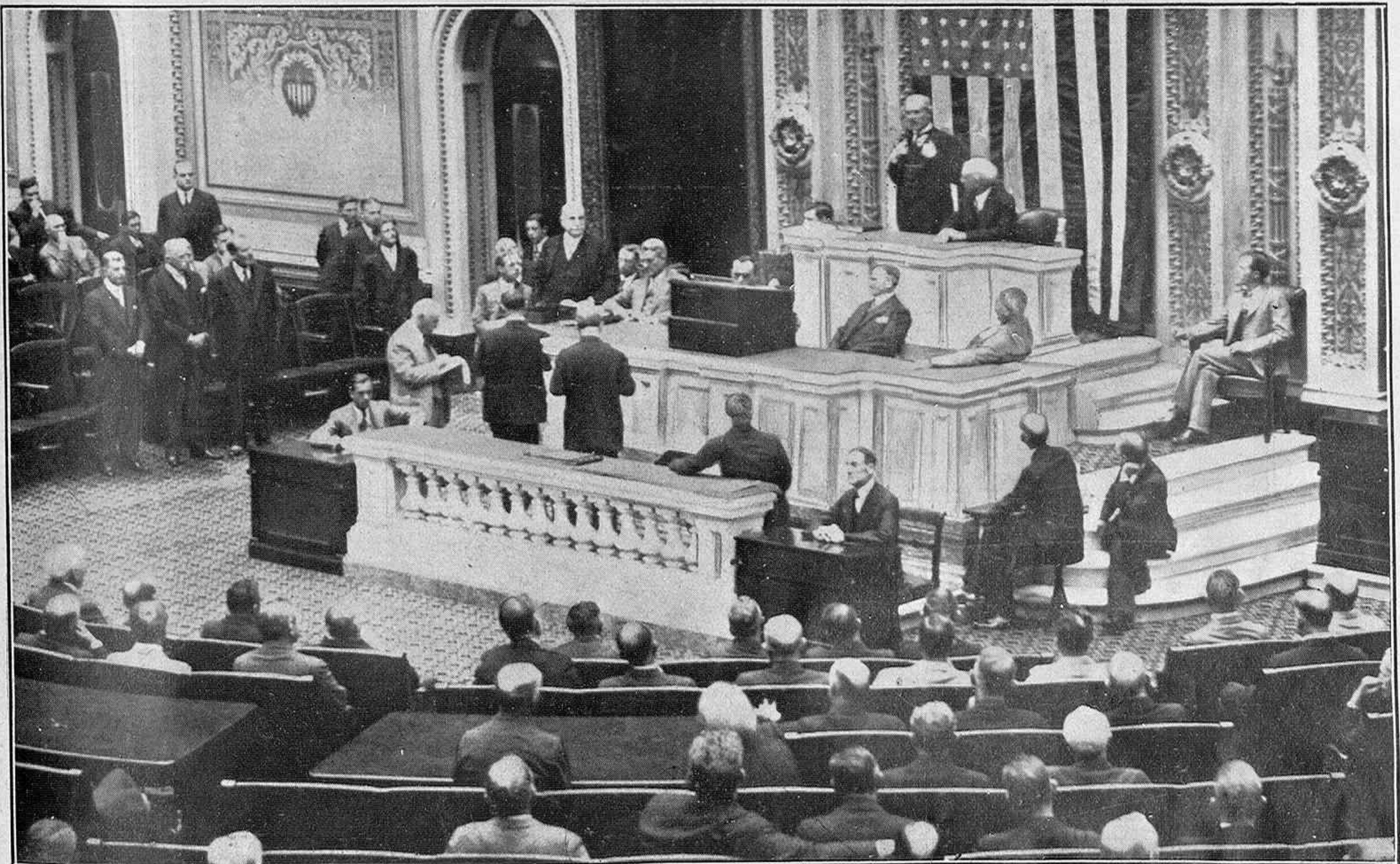
Precisamente por esa razón tendrán las conferencias celebradas mayor eficacia y trascendencia que lo usual en casos semejantes, en que la vieja tradición de la diplomacia secreta hace á los conferenciantes y negociadores vivir aislados y como al margen de los pueblos á que representan.

Los problemas de la vida internacional son generalmente desconocidos para la masa de los ciudadanos en todos los países, y aunque quizá á eso se deben las posibilidades y los temores constantes de conflagración bélica, aun no se han percatado suficientemente los Gobiernos de que sería preferible lo contrario.

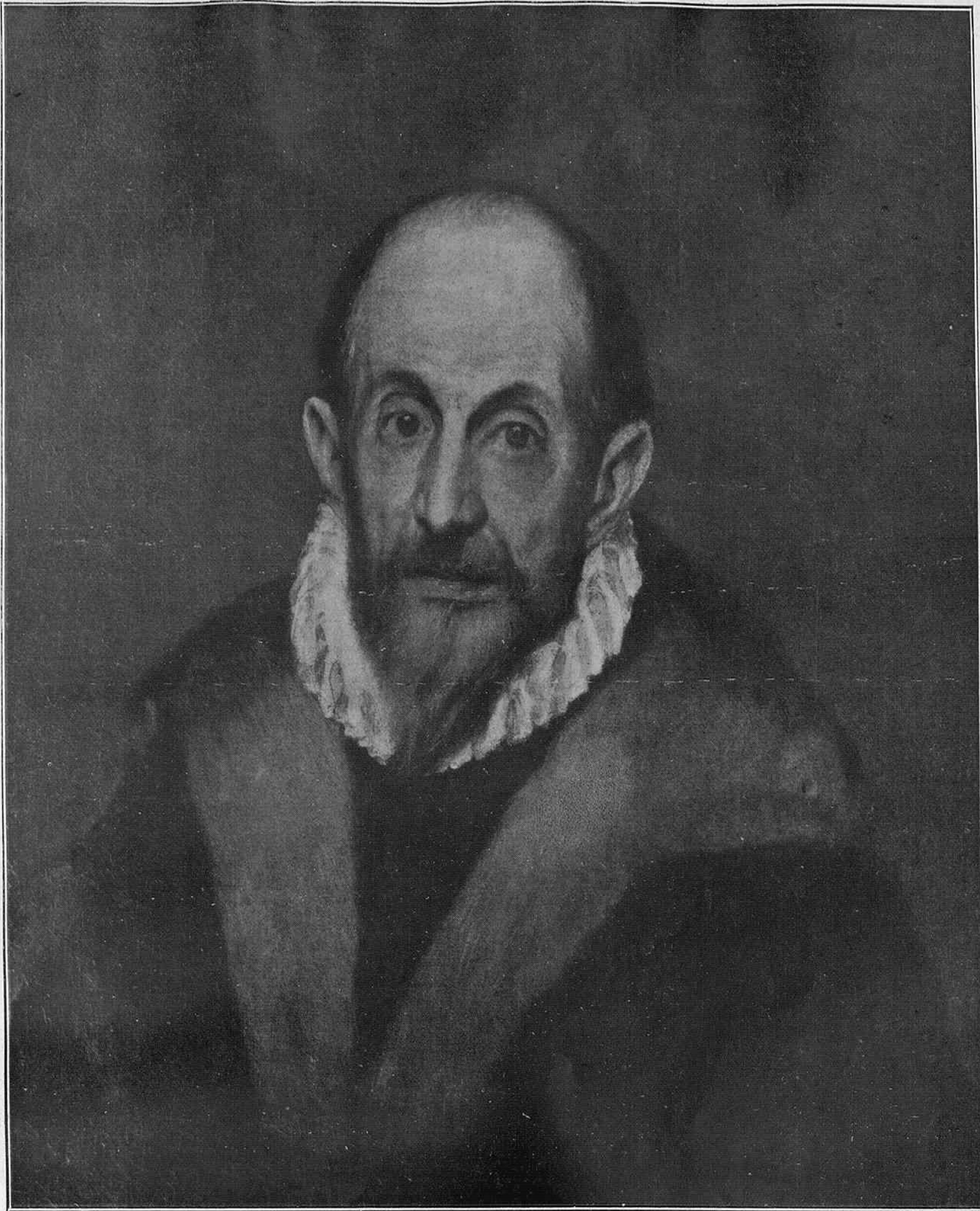
Para lograr alianzas firmes y perdurables es necesario, primeramente, hacer opinión en favor de ellas; y eso es lo que ahora han hecho en Inglaterra, singularmente, primero los hombres de negocios, y después los políticos.

Sobre esa base es ahora posible edificar acuerdos igualmente convenientes á los dos países.

Sir Ramsay Macdonald al salir del acto en que le fué otorgada la investidura de doctor por la George WASHINGTON University



Macdonald dirigiendo la palabra á los representantes de los Estados, desde la presidencia de la Cámara Popular



«Retrato de un hombre», obra del Greco según dice la tarjeta que aparece al lado del lienzo, en una de las salas de pintura española del Museo Metropolitano, de Nueva York. Este cuadro es, probablemente, un autorretrato

PRENSA GRÁFICA EN NORTEAMÉRICA

EL GRECO EN LOS MUSEOS DE NUEVA YORK

HACE poco más de un mes, visitando la incomparable catedral toledana, mostrábase, atento y complaciente, el cuadro maravilloso del Expolio el deán del Cabildo, D. José Polo y Benito.

Profundamente artista y amante de las glorias legendarias de la ciudad-museo, siente in-

terior placer en mostrar las ricas colecciones de arte que atesora la catedral primada, y á fe que no hay visitante que no adquiera un nuevo dato ó no descubra un valioso detalle mientras recorre las naves, capillas y salas prósperas de la basílica de Toledo, en compañía del virtuoso é ilustrado sacerdote.

De regreso á Nueva York he reanudado mis visitas á los museos de esta ciudad, que rivaliza ya con las más importantes de Europa en poseer parte de la herencia artística de los siglos idos, y recorriendo las salas de pintura española me he acordado de mis excursiones á Toledo al detenerme ante los cuadros del Greco que avaloran

las colecciones del Museo Metropolitano de Arte, de la «Hispanic Society of America» y de Brooklyn.

Entre los antiguos pintores españoles figuran Mateo Cerezo, el Greco, Murillo, Ribera, Velázquez, Zurbarán, Morales, Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, Bartolomé González, Juan de Pareja, Pereda y Salgado, Valdés Leal, Carreño de Miranda, Escalante y Goya, siendo el Greco el que figura en primer lugar con diez y siete cuadros, de los cuales once se hallan en el salón principal de la «Hispanic Society of America», institución de sincera y entusiasta hispanofilia debida á la generosidad del multimillonario Mr. Archer M. Huntington.

En este museo, á cuya entrada aparece la estatua ecuestre del Cid, obra de la esposa del millonario hispanófilo, y de la cual regaló una reproducción en bronce á la ciudad de Sevilla, y puede admirarse en uno de los paseos de la Exposición, existen las siguientes pinturas del Greco: *La Sagrada Familia*, *La Dolorosa*, *Un Evangelista*, *San Jerónimo*, *Santo Domingo*, *Santiago*, otro *Santiago* de medio cuerpo, *Santa Magdalena*, *San Juan Evangelista*, *La Virgen*, *San Francisco*, encapuchado á la manera de la escultura del Tesoro de la catedral de Toledo, y dos miniaturas procedentes de la colección de Martínez Sobrado, de Valladolid, adquiridas por el Museo en 1922.

De Francisco Preboste, el criado del Greco, puede verse una *Sagrada Familia* llamado «del plato de cristal», existiendo tres copias más de dicho cuadro. Algunos críticos de arte no admiten que esta *Sagrada Familia* sea obra de Preboste, ó á lo menos original, sino una copia de un lienzo del Greco, y otros atribuyen el cuadro á Luis Tristán, discípulo del autor del *Expolio de Cristo*.

Al lado de la cabeza de San Francisco aparece un cuadro de poco más de un metro de altura representando á Jesús en casa de Simón hablando con María Magdalena, atribuido al hijo ilegítimo del Greco, con D.^a Gerónima de las Cuevas, Jorge Manuel, nacido probablemente en Toledo en 1578.

Observando detenidamente *El entierro del Conde de Orgaz*, puede verse en el pañuelo que tiene en el bolsillo el paje de la antorcha encendida arrodillado al lado de San Esteban, la fecha de 1578, por cuya circunstancia suponen algunos que ese niño sea el retrato de su hijo Jorge Manuel, que contaba entonces ocho años de edad.

Además de los tres museos de arte de Nueva York, poseen cuadros del Greco los de Chicago, Boston, Philadelphia, Worcester, Pittsburg y Buffalo en los Estados Unidos y otros están en



«La Sagrada Familia», cuadro del Greco que se conserva en el Museo Metropolitano, de Nueva York



«Cabeza de San Francisco», por el Greco, que se conserva en el Museo Hispánico, de Nueva York

poder de particulares, como los Dewii, Mc Donald, Dugan y los hermanos Heald.

El Greco, desconocido hasta ayer en los Estados Unidos, se ha impuesto de manera rápida y definitiva, y puede afirmarse que sus lienzos adquieren cada día mayor importancia en los Centros artísticos de este país, que, por lo mismo que no tiene arte propio antiguo, siente el afán de enriquecer sus grandes museos con las joyas de arte que han producido los genios de otros pueblos y de otras razas.

Por eso todas las naciones ganosas de conservar sus tesoros artísticos acuden á las medidas defensoras más enérgicas, que no siempre consiguen convertir en más eficaces. En último extremo, la codicia de los particulares que venden y el ansia de adquirir de los americanos que compran, fuerzan todas las defensas, siquiera dejen un beneficio pecuniario á la patria del vendedor.

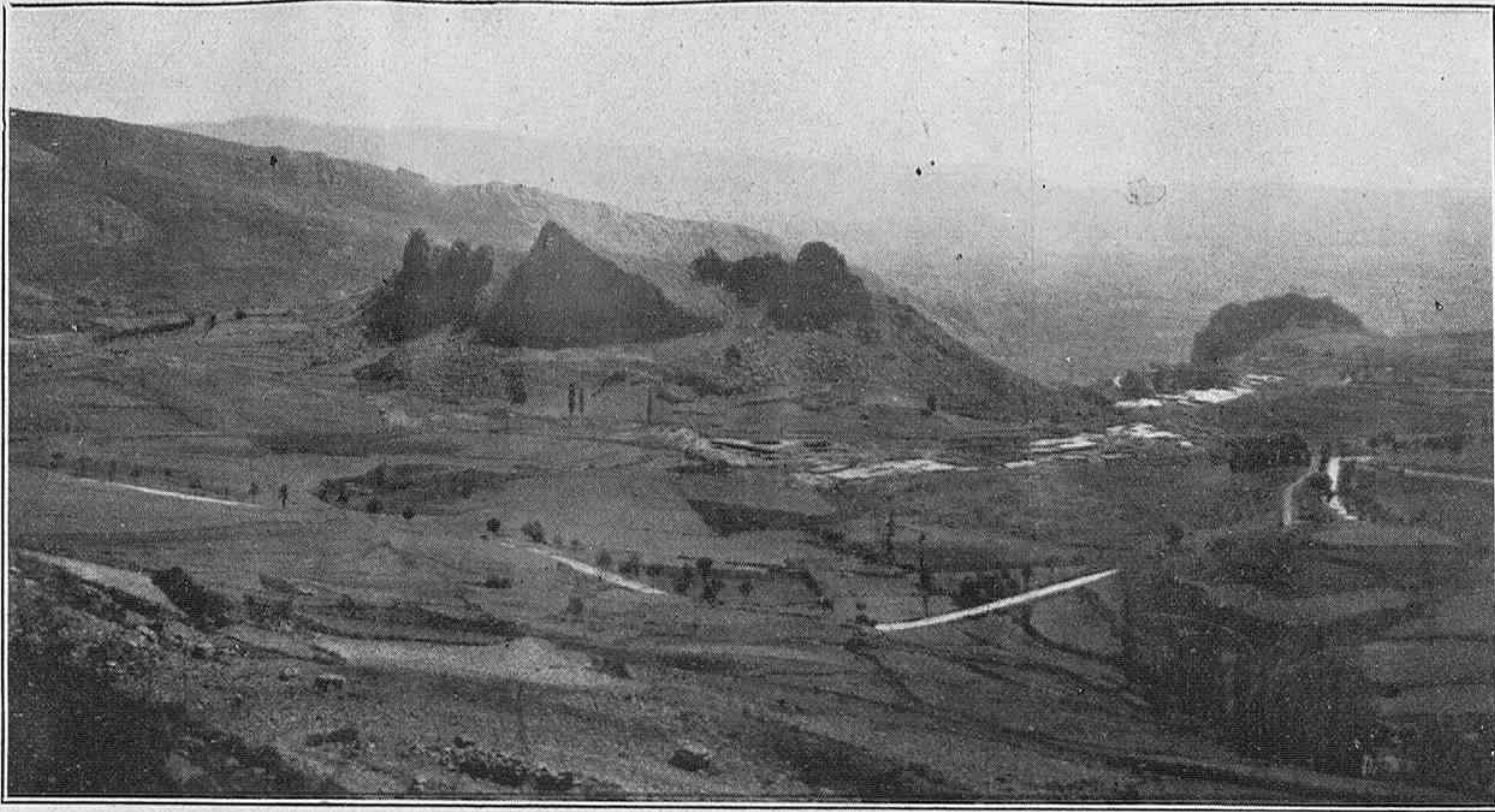
Esa esplendidez es también la causa de que se hayan intentado, y á veces conseguido, sobre todo hace algunos años, ventas de cuadros perfectamente imitados, y acerca de cuya autenticidad se equivocaron totalmente los peritos americanos. No hace mucho se intentó una revisión, precisamente para evitar la existencia de «falsos» en los museos de Norteamérica.

En realidad, donde esos «falsos» existen es, generalmente, en galerías particulares; en los grandes museos puede confiarse en la exactitud de las atribuciones, y esa confianza será cada vez mayor mediante la investigación de los métodos modernos de investigación.

No se discute cuánto vale un buen cuadro antiguo; lo importante es adquirirlo.

MARCIAL ROSSELL

Nueva York, 1929.



Vista panorámica de Pozo de la Sal y sus salinas, uno de los lugares visitados por los alumnos del curso de verano para extranjeros, de Burgos

DEL BURGOS ACTUAL

Una importante obra cultural

Se ha dicho muchas veces, repitiéndose hasta la saciedad, que Castilla duerme, y es necesario desterrar semejante idea, de cuya falsedad son pruebas fehacientes los múltiples signos de actividad que se observan en esta región, denotadores de que, desde hace algún tiempo, procura irse apartando de la tradición, aun dándola el valor que tiene, para dejar paso a nuevos motivos é ideales que, desenvueltos poco á poco, se van traduciendo en cierto progreso, revelador de las aspiraciones de la vieja Castilla, influida hoy del más sano modernismo.

Sería prolijo enumerar con detalle todos los problemas que se han resuelto en estos últimos tiempos, y los que son objeto de cuidadoso estu-

dio en la actualidad, estando en vías de solución. Intento solamente en el presente artículo ocuparme de una sola manifestación de esa actividad, de la manifestación cultural, que culmina en las ansias de Burgos, expresadas en todos los momentos, de los afanes de la *Capus Castellae*. La hermosa ciudad que ha sabido atesorar muchas y estimables huellas de lo que España fué, ha acumulado elementos que dirán á las generaciones venideras lo que ha sido en el siglo xx, y prepara iniciativas que, al germinar, serán causa de que, andando el tiempo, pueda llegar á ser lo que debe ser.

El aspecto cultural se revela en un desmedido afán de abrir el espíritu castellano á toda idea,

lo que ha hecho sentir la verdadera necesidad del intercambio de pensamientos. En estos últimos tiempos, y en corto espacio, se ha hecho mucho en este sentido: primero fué el establecimiento de la Academia Provincial de Dibujo, que tan fecunda labor ha realizado; después, la instauración del Curso de verano para extranjeros, del que hemos de ocuparnos con alguna extensión, y que más tarde ha extendido su radio de acción, merced á la feliz iniciativa de organizar los Cursos municipales de francés, que funcionan todos los años desde 1 de Noviembre al 30 de Abril; posteriormente, el activo elemento intelectual de Burgos fundó el Ateneo, que tiene vida próspera, y la Casa del Pueblo también creó su Ate-



Grupo de profesores y alumnos del curso de verano para extranjeros celebrado en Burgos

neo y una Biblioteca circulante, que tan excelentes resultados puede proporcionar; más adelante se estableció, por iniciativa de la Diputación Provincial, la Sala Cidiana, donde puede encontrar innumerables datos curiosísimos el estudioso y amante de nuestras ricas tradiciones; y, por último, la creación de la Biblioteca municipal circulante, que funciona al aire libre, en uno de los más gratos y alegres paseos de la ciudad, y que ha contribuido de modo poderoso a la difusión de la cultura en los medios populares.



De todas estas obras, tiene en la actualidad un interés palpitante el Curso de verano para extranjeros, que acaba de clausurarse, después de una brillante actuación en los cinco aspectos que constituyen el eje de sus actividades:

I. Clases diarias de idiomas, estudiándose el español, francés é inglés en tres grados: elemental, medio y superior.

II. Curso de conferencias, principalmente de materias literarias.

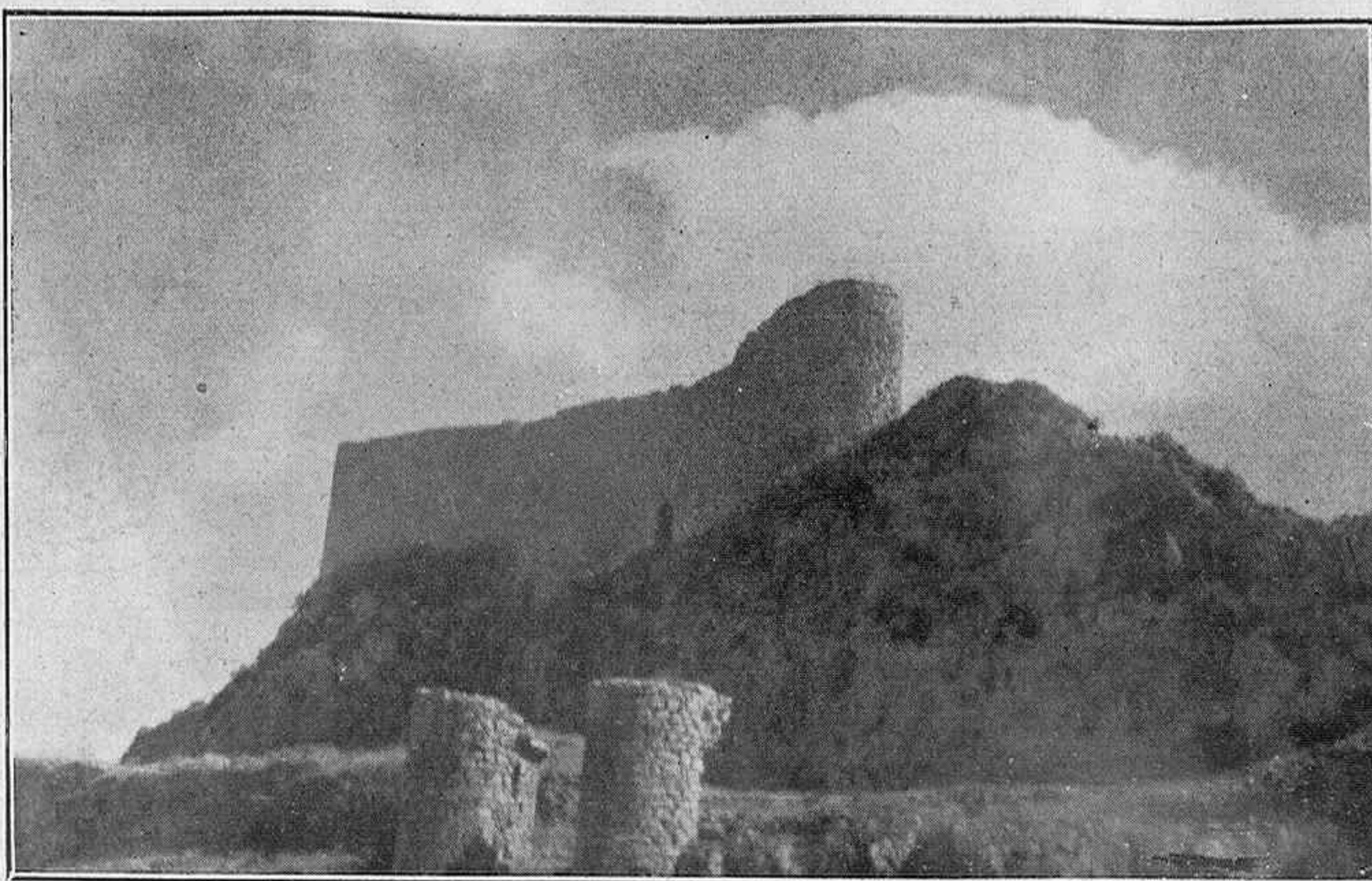
III. Curso comercial, muy en armonía con las necesidades contemporáneas, que han dado una capital importancia á esta manifestación de la actividad humana.

IV. Excursiones y paseos de carácter histórico y artístico, á las que presta la provincia inagotable caudal de gratas sugerencias; y

V. Tertulias internacionales, con intercambio de ideas, entre profesores y alumnos de los diversos países que acuden á los Cursos, y que revelan un interesante aspecto de esta clase de estudios, la democracia de las enseñanzas.

Desde 1906 vienen celebrándose todos los años estos cursos, primeros creados en España merced á la iniciativa del hispanista, ya desaparecido, Ernesto Merimée, y del catedrático del Instituto de Burgos, también fallecido, D. Rodrigo de Sebastián. En la actualidad son directores de los cursos M. Pierre Paris, personalidad destacada de la intelectualidad francesa, miembro del Instituto de Francia y director del Instituto Francés y de la Casa de Velázquez, de Madrid, y D. Eloy García de Quevedo y Concellón, cronista de la ciudad de Burgos y catedrático del Instituto.

La labor de los cursos no se ha visto interrumpida nada más que durante tres años, en momentos angustiosos para la Humanidad por la Gran Guerra, y ha sido muy fecunda. En el curso actual se han pronunciado interesantes conferencias por personalidades españolas, como D. Pedro Salinas, catedrático de la Universi-



Restos de un castillo medieval que se conservan en Pozo de la Sal (Burgos)

dad de Sevilla, que puso de manifiesto sus altas dotes y sólida cultura; D. Eloy García de Quevedo y Concellón, catedrático del Instituto de Burgos, que reveló sus profundos conocimientos y la exquisitez de su lenguaje; D. Narciso Alonso Cortés, director y catedrático del Instituto de Valladolid, que patentizó su erudición, adornándola con el especial gracejo de su dicción, y D. Obdulio Fernández, también insigne burgalés y una de las más claras mentes españolas que tan beneficiosos frutos rinde en su cátedra de la Universidad Central, en la Academia de Ciencias y en otros organismos á que pertenece, por ser indispensable su personalidad en cuanto concierne á la ciencia Química española.

También desarrolló una interesante conferencia M. Boussagol, antiguo maestro de Castellano en Francia, y hoy catedrático de Lengua y Literatura españolas en la Facultad de Letras de Toulouse, disertando sobre el duque de Rivas y descubriendo en su peroración la claridad de su fecundo talento.

En lo que se refiere á excursiones, las realiza-

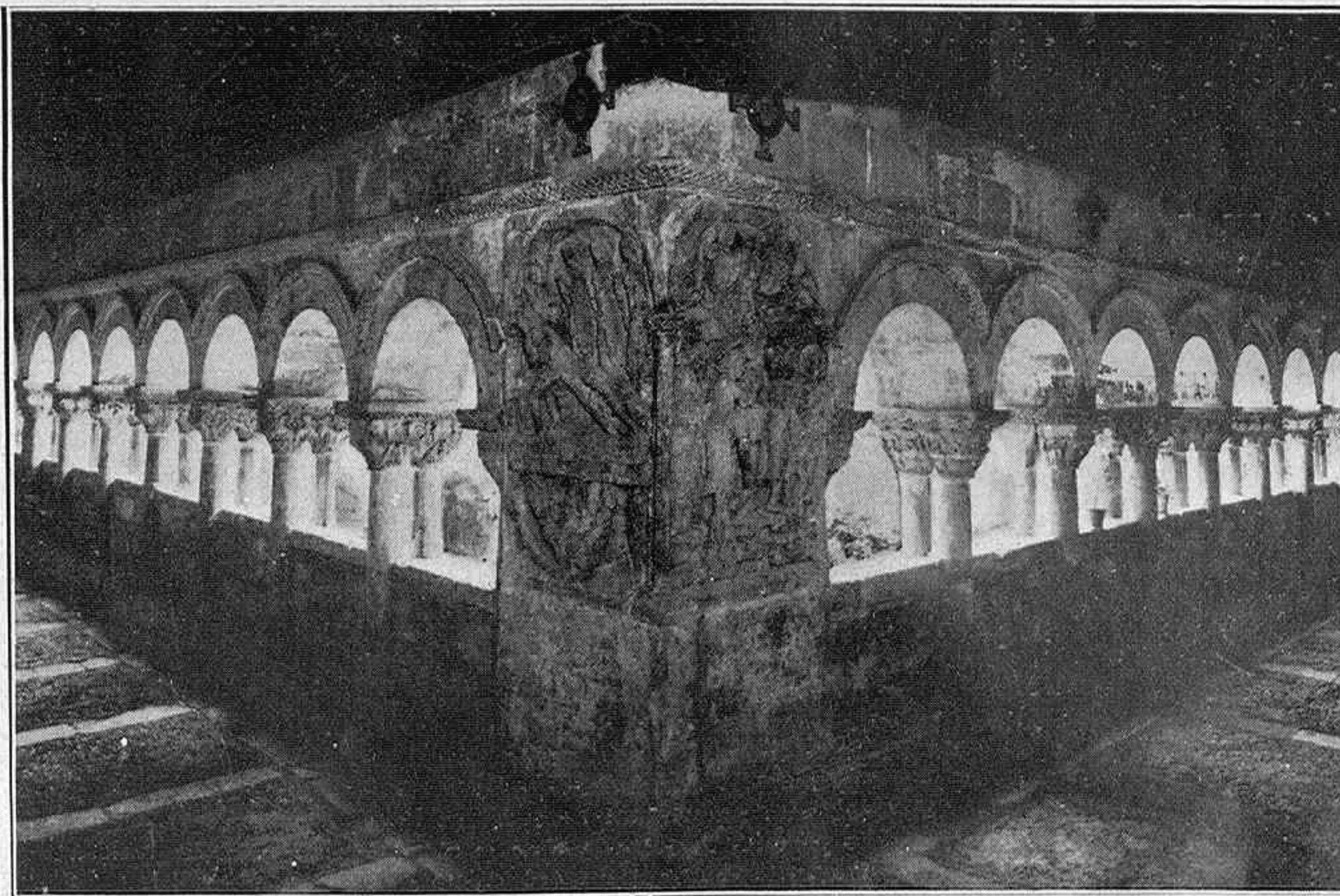
deremos su alta misión en orden á la aproximación internacional, labor que realiza con el cotidiano cambio de ideas en las tertulias que dentro de ellos se organizan. Este intercambio, basado en el mutuo trato y conocimiento y en el cariño recíproco que engendra, ha de traducirse, forzosamente, en que, andando el tiempo, desaparezca la idea de frontera, que desgraciadamente dominó durante muchos siglos, y que esta clase de relaciones sean como complemento espiritual á la jurídica y humanitaria finalidad de la Sociedad de Naciones.

Por otra parte, el fomentarse las excursiones permite hacer conocer las innumerables bellezas que encierra España, tanto en el aspecto panorámico como en el histórico y artístico, contribuyendo á propagar por todas partes el interés que encierra nuestra patria, interés que no queda reducido solamente á eso, pues con estos cursos se difunden, además, dos modalidades nuestras.

Es la primera el dar á conocer el valor intelectual hispano, revelado por las amenas y cultas conferencias pronunciadas. Es la segunda el demostrar que en España se estudia y preocupan los problemas que hoy conmueven á todo el mundo.

Esta es, á grandes rasgos, la obra de Burgos en materia cultural, y especialmente la que realiza el curso de verano para extranjeros, labor completada por toda la ciudad, haciendo grata la estancia á los que acuden á ellos, acogiéndolos con una franca hospitalidad, propia de hidalgos castellanos, y ofreciendo las bellezas de una población previsora y amante de su ornato y constante mejora.

J. IGNACIO
GONZALEZ
JAUREGUI



Claustro románico del Monasterio de Santo Domingo de Silos, uno de los más bellos monumentos de la provincia de Burgos





Un «memorialista» turco ejerciendo su oficio en las calles de Constantinopla

(Fot. Agencia Gráfica)

A OTROS TIEMPOS, OTRAS COSTUMBRES

LA RESURRECCION DEL «MEMORIALISTA»

HE aquí una figura desaparecida de los portales madrileños, y que ahora reaparece en Constantinopla nada menos: el *memorialista*.

La generación actual no ha conocido esa figura que antaño, en tiempos de mayor—;mayor aún!—analfabetismo, fué típica é indispensable en la vida de la villa y corte.

El *memorialista*, que tenía ese nombre porque su función primordial consistía en escribir memoriales, es decir, instancias demandando destinos, limosnas..., favores ó derechos de todas clases, era una especie de secretario particular de todos los que no sabían escribir, y á veces para fines menos honestos de los que sabían y

no querían que su letra fuese conocida. La inmensa mayoría de los anónimos que en su época circularon por Madrid fueron obra, manual, por lo menos, de los memorialistas.

Tenían aquellos oficiales sus secretarías en un rincón no siempre bien iluminado de un portal generalmente estrecho; un biombo los separaba del resto de la pieza y los defendía contra la curiosidad de miradas, ya que no de oídos indiscretos, y en aquel reducido espacio se fraguaban negocios, se pintaban amores, se buscaba remedio para los desdenes y á veces se ejercía en toda amplitud aquel famoso oficio que Quevedo consideraba indispensable en las Repúblicas bien organizadas.

El *memorialista* solía ser viejo y gruñón, salvo cuando servía á una doméstica garrida y frescota; usaba antiparras y gorro con borla larga, pero no copiosa. Sus honorarios eran módicos

Aun así la especie desapareció; murió á manos de los maestros de escuela y de los escribientes voluntarios, que nunca faltan para ayuda de los analfabetos.

Y he aquí que ahora renace en Constantinopla, porque el cambio de alfabeto ha requerido su existencia.

¿Será duradera esta segunda vida? Probablemente no; las gentes en Turquía se dan prisa á aprender el nuevo alfabeto, y harán innecesarios los escribientes públicos.

FANTASIA

El muñeco de bazar que creyó en la gloria humana

EN su estante... ría del bazar estaba el pobre muñeco, temblando por la suerte que el Destino le deparase. ¿En qué manos caería? ¿Pararía en un gran salón aristocrático ó en alguna leonera de esas que la desentrañada inspiración, amprada á los yanquis por los modernos arquitectos, azuzada por la codicia no menos filantrópica de los propietarios, construye con nombre de viviendas, porque no son para ellos, y en las que han de morar estrecha é incómodamente los inquilinos de la clase media, pagándolas como si fueran palacios de hadas?

Entretanto se resolvía su suerte, escuchaba á los dependientes del bazar, casi tan muñecos como él y casi tan escasos de ideas propias. Y oiales encomiar y envidiar á los que consiguen la gloria humana por caminos más elevados que los del mostrador, ignorando que muchos son más penosos y crueles y ninguno tan cómodo como el que menospreciaban sin saber disfrutarlo.

—¡Oh! ¡La Gloria!—murmuraban con la boca hecha agua, de gusto y á la vez de gusto malo, porque la envidia se los proporcionaba de acíbar.

—¿En qué podré yo conquistar la Gloria?—se preguntaba el muñeco, pregunta nada extraña, porque solamente los de bazar ignoran dónde, cómo, por qué y para qué se conquista la gloria. Si no se les dice se quedan siempre ignorándolo y con las ganas de lograrla, creyéndola un don gratuito de la suerte, que no cuesta esfuerzo alguno, y menos penoso.

Oyó hablar de la Gloria de los aviadores, y pensó que debía consistir en subir muy alto ó en volar muy lejos, ó en ambas cosas á la vez. ¡Con cuánta codicia miraba los globos de brillantes colorines que en el bazar regalaban á los chiquillos! Si él pudiera colgarse de uno de aquellos y emprender el vuelo de pronto...

Porque él creía que para volar no se necesitaba más esfuerzo sino el del globo; que el pobre muñeco no había de realizar ninguno por su parte. Porque, á decir verdad, tampoco se creía apto para ninguno. Esta concepción del modo de

conquistar la gloria es propia de toda clase de muñecos de bazar...

Hasta que un día la Casualidad ó el Destino quiso satisfacerle su capricho... Fué comprado para un niño vehemente que apenas salido á la calle quiso examinarlo y divertirse jugando con él, sin parar mientes en que en la otra mano llevaba mal asidos nada menos que tres globos que acababan de regalarle en el bazar. No pudo explicarse cómo fué; pero de pronto se sintió enredado entre los hilos de los globos y elevado por ellos al espacio, en raudo vuelo...

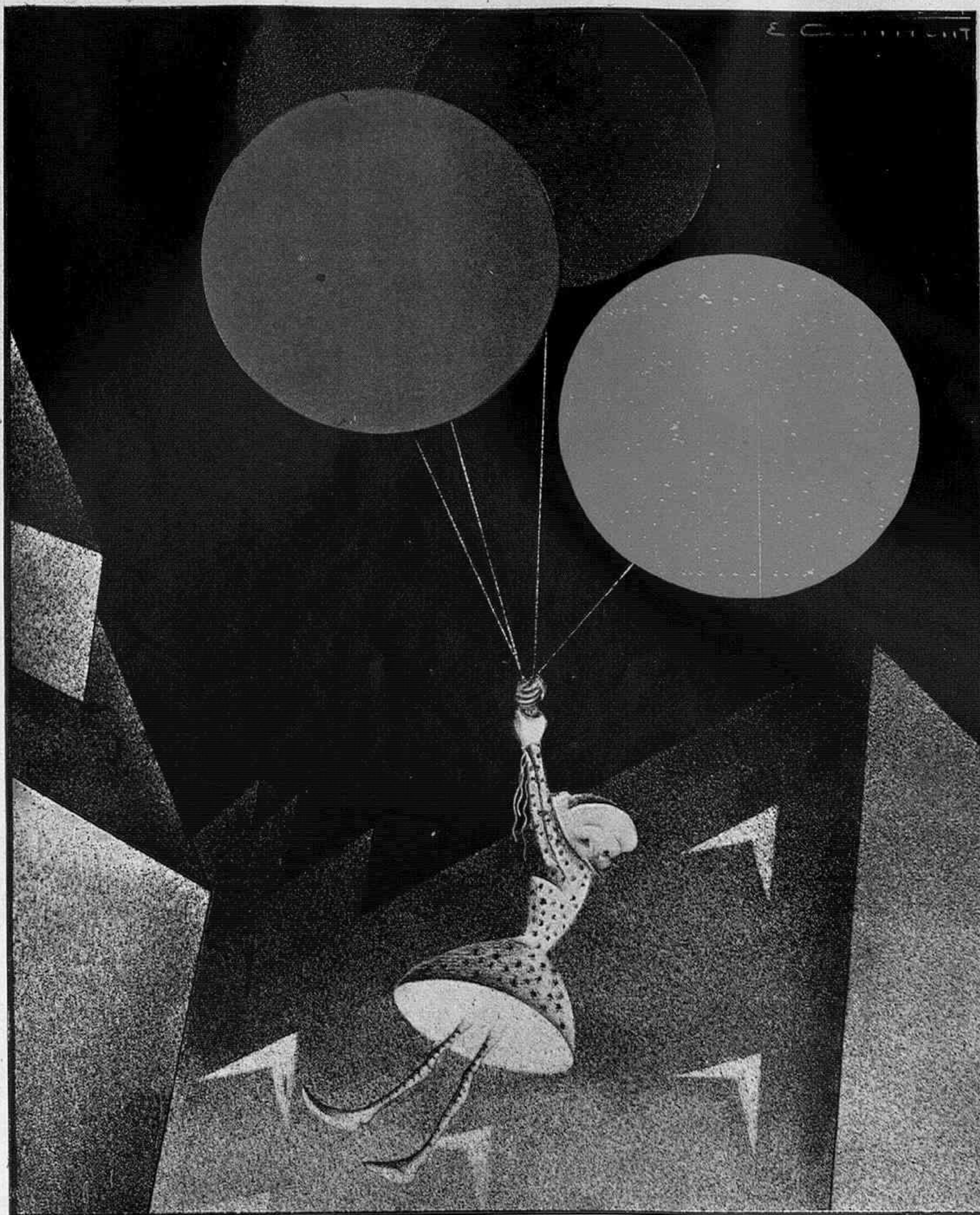
Al fin iba, pues, á conquistar la gloria... Pero lo primero que experimentó al subir, y subir tan alto, de noche y tan de prisa, fué miedo, miedo, un miedo que le habría matado si los muñecos de bazar pudieran morir de otro modo que á manos impasibles de los niños. Es la primera sensación que experimentan todos los muñecos de bazar en cuanto la suerte les coloca en camino de conseguir la gloria soñada. Eso se ve mucho en muñecos vestidos de guerrero, de lidiador, hasta de artista y de literato; es decir, en todos los que de tales no tienen más que las ilusiones y el disfraz...

Y empezó á ascender cielo arriba, cada vez con más miedo cuanto más se elevaba... Ni por un instante se recreó como los verdaderos conquis-

to se vienen al suelo y se hunden en el olvido, más doloroso aún que el duro suelo. A los verdaderos espíritus de conquistador de la Gloria, cuando un Sol hostil les revienta el globito en que se elevan, la misma ilusión, la propia vocación, la fuerza de su ambición hácenles nacer nuevas alas con las cuales trepan á la Gloria y se sostienen en ella, como unos astros más en el firmamento, donde, en vez de caer á los abismos del olvido, son admirados y envidiados por todos los muñecos de bazar que no han nacido para otra cosa que para aciguatarse de envidia la color ó andar con tres cuartas de boca abierta por el mundo admirando lo que ellos no son capaces de hacer y de comprender... Y en el enorme bazar que es el mundo hay muchos muñecos como tú que han corrido en la realidad ó en el ensueño tu misma aventura y se han llevado el mismo susto y pasado el mismo miedo... Son esos que al cabo de los años dicen melancólicamente: «También yo fui aficionado á eso; también yo tuve mis ilusiones...» Y lo dicen con sonrisa de vergüenza, como burlándose de sí mismos... Es que comprenden que las falsas vocaciones de los muñecos de bazar no merecen otra cosa que una sonrisa entre de burla y desdén...

ENRIQUE GONZALEZ FIOLE

(Dibujo de E. Climent)



tadores de la Gloria en los detalles, que por otra parte tampoco sabía apreciar, de la vertiginosa ascensión...

Y se le hizo de día... Y salió un ardoroso sol estival, que empezó á alentar contra los globitos...

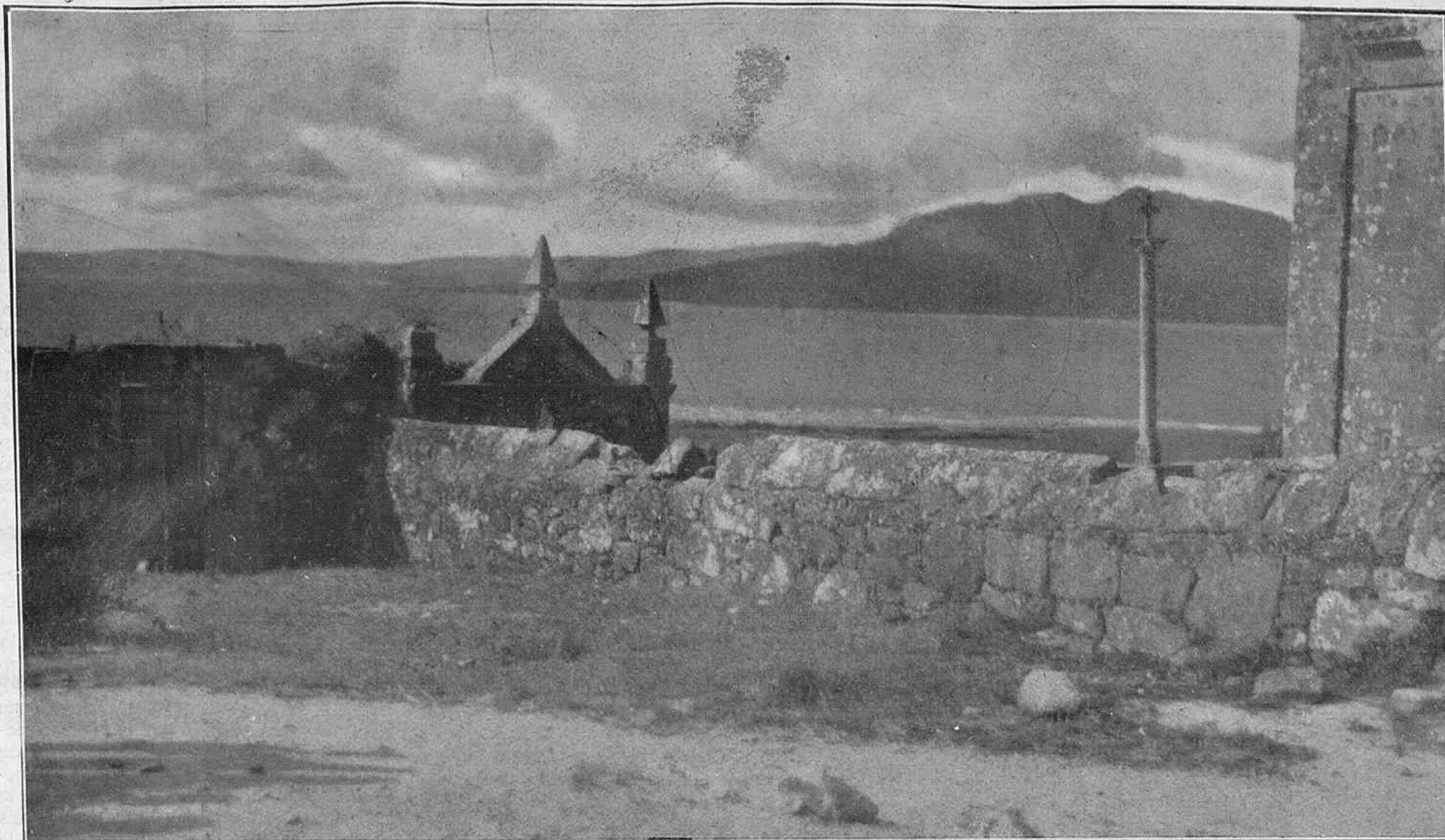
Y de pronto, los tres globitos estallaron en el espacio y le dejaron sin asidero ni punto de apoyo.

Y el pobre muñeco de bazar empezó á bajar más vertiginosa y aterradoramente que había subido, hasta destriparse contra las losas de una calle...

—¿Y esto es la Gloria?—preguntábase—. Total: subir mucho en poco tiempo para no hallar nada allá arriba, y luego verse lanzado hacia abajo, más vertiginosamente que en la ascensión, y dar con la pelleja en el duro suelo sin que nadie le compadezca ni se haya enterado de su hazaña... ¿Y por esto suspiraban los mentecatos dependientes de mi bazar?

Pasó por allí una bruja que le oyó lamentarse, y le replicó:

—Lo que te ha pasado les ocurre siempre á los muñecos de bazar que suspiran por la Gloria: suben un poco, se ponen en evidencia y de pron-



Entre el hórreo y el cruceiro

(Fot. Lira)

FIN DE TEMPORADA OTOÑO, EL MAR Y LA ALDEA

VIENEN las primeras nubes de fondo. Detrás de ellas se adivina una masa compacta, un ejército de ocupación, y, en suma, algo demasiado serio para las gentes de ciudad que buscan el mar y la aldea mientras son amables. ¡Despidámonos del cruceiro y el hórreo y la bella perspectiva de montes contorneando la bahía! Campesinos y marineros, ¡adiós! Fiestas populares, tamboril y gaita, bailes en la plaza, noches claras, divinas noches, tan buenas para no dormir. ¡Adiós!

Ahora van a quedarse solas estas gentes con el mar y la aldea, y suponemos que nuestra fuga ha de parecerles un acto de egoísmo. Pero estos actos de egoísmo son los que mejor se explican los aldeanos. Nosotros vamos a buscarlos cuando llevan una vida agradable, y los abandonamos cuando empiezan las molestias. Entre ellos, algunos habrán sabido aprovechar el tiempo y guardarán para el invierno los ahorrillos de la temporada. Los demás no se preocupan. Es inconcebible la cantidad de indiferencia de que es capaz un aldeano para lo que no le importa.

Además es, precisamente ahora, cuando le abandonamos, el momento en que la costa brava empieza a ser bella. Ha estado unos meses adormecida, aletargada por el calor. Nos ha ofrecido el espectáculo de su cansancio y algunas sacudidas eléctricas, pasajeras, para divertir a los niños. Pero ahora llega su tiempo otra vez. Ruedan las nubes. Se oscurecen los montes. Todas las rocas, desde el cabo hasta la playa, tienen su festón blanco. Y en la playa el tumbo de las olas no nos dejaría dormir tranquilos y nos levantaríamos demasiado pronto, con ansiedad, temiendo ver los restos de alguna catástrofe; mientras que ellos, aldeanos y marineros, saben a qué atenerse, y si la catástrofe llega de veras, no es para ellos un espectáculo, sino la dura ley de su vida.

Ni sabemos tampoco si estiman esta salvaje belleza del invierno. Es decir, no sabemos *cómo la estiman*. Para todas las expresiones de sentimiento suelen ser callados, y mucho más para éstas, tan íntimas y tan confusas. La diferencia entre la mentalidad y la sentimentalidad de un europeo y la de un asiático—japonés, por ejemplo—se ha ponderado muchas veces; pero yo creo que no es menor la diferencia entre un aldeano y un veraneante. ¿De qué manera se ha labrado? ¿Cómo ha ido ahondándose la distancia? Y perdonadme una última pregunta, vosotros que estos días recogéis apresuradamente vuestras ropas, vuestros libros, vuestro equipaje de civilizados: —¿A favor de quién?

Días de otoño, en que vienen ya las amenazas; días en que trabaja la imaginación. Mientras los hombres están en el mar, las mujeres inventan su mitología.

Yo creo que todas las leyendas las han hecho los que esperan. Y los que temen.

Os quedaríais aquí vosotros—eruditos de ciudad—, y seríais capaces de ir indagando tradiciones, recogiendo consejas, buscando el fondo primitivo, prehistórico, de las creencias populares; pero no podríais intentar siquiera una sola por vuestra propia cuenta que fuera digna de que el pueblo, a su vez, la recogiese de vuestros labios.

Brotan, en cambio, de manera inesperada, de gentes sencillas. Naturalmente, un jardinero puede reunir y cultivar las flores silvestres. De ahí no pasará. La tradición antiquísima de las piedras bamboleantes, que hemos visto tantas veces en Mugia, y la que puede surgir hoy entre el hórreo y el cruceiro, necesitan esa magnífica soledad y ese fantástico sentido de lo real a que sólo llega después de muchos siglos el pueblo de marineros y aldeanos.

Luis BELLO

LA MUJER MODERNA Y SU CLUB

EL Club Femenino va adquiriendo en el mundo entero suma importancia como centro de intereses mancomunados y campo de acción donde se estimula á la mujer á cooperar á la formación de la vida ciudadana y el propio hogar.

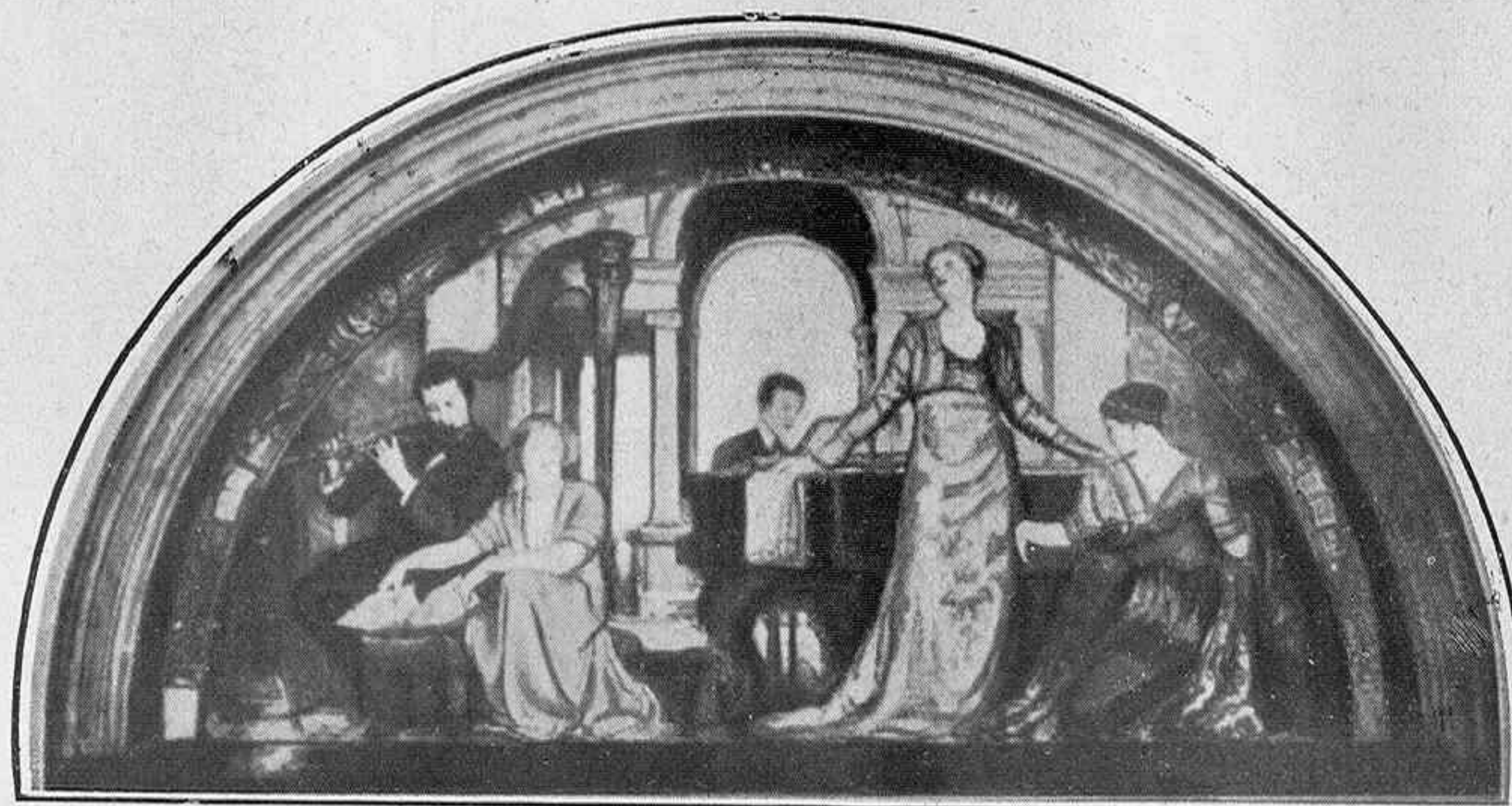
Pese á todas las profecías pesimistas sobre el particular, la realidad viene demostrando que el club, lejos de apartar á la mujer de su casa y familia, contribuye á que cumpla con más competencia su misión en ambos terrenos.

Los que desconocen el funcionamiento y finalidad de estos centros les consideran, única y exclusivamente, como lugares de murmuración. Nada más contrario á la realidad.

Aparte el que las fundadoras y mantenedoras de los clubs, las que velan por el prestigio de su obra y la dotan de vida, pertenecen, casi siempre, á un tipo de mujer lo suficientemente despierta á las vibraciones del espíritu para que la murmuración no pueda tener supremo encanto, entre otras razones, porque tales mentalidades se interesan por temas de mayor interés que aquellos que puede ofrecer la chismografía y la maledicencia á todo pasto, las aficionadas al arte de hablar mal del prójimo no hallan en un club ocasión muy propicia para satisfacer su gusto, porque, de ordinario, las tertulias que se forman en centros de esta índole son demasiado grandes y heterogéneas para que la semilla de la crítica malévolá pueda florecer con éxito. Mucho más apropiadas á este pasatiempo son las visitas en casas particulares y las reuniones de familia en las que todos se conocen y están al tanto de las fragilidades de cada cual.

Sin estas circunstancias el comentario acerado cae en el vacío ó pierde intensidad.

Esto no quiere decir que el Club Femenino base sobre esta circunstancia la importancia de su formación, ya que siendo muy grato y plausible el evitar la murmuración y la maledicencia, sobre todo para aquellas personas de quienes se murmura, ello no sería, quizás, estímulo suficiente ni bastaría, como exclusiva finalidad de los centros femeninos de estos tiempos. El



Decorado mural del Club de mujeres de Philadelphia, obra de la inspirada artista Videt Carley

principal objeto de éstos es encauzar las actividades humanas con la eficacia que requiere el nuevo concepto de la vida, basado en la fuerza de la colectividad en determinados terrenos.

La formación de las grandes urbes modernas traen consigo más problemas que el de la circulación.

Toda asistencia de carácter benéfico, toda divulgación de cultura, todo intento de formación ciudadano trae anejo el deber de compenetrarse con el sentir y las necesidades de los demás seres.

¿Cómo si no atender á éstas?

La mujer, dentro de su hogar, difícilmente logra ampliar su visión en este sentido. Ciertamente la familia es un mundo en pequeño; pero lo que hace falta es conocer el mundo en grande, ya que en grande se forman sus problemas.

En el club aprende la mujer á no reservarse egoístamente, y en bien propio, los beneficios de su cultura, sino á propagarlos entre las que no pudieron adquirir iguales conocimientos, y, á la inversa, aprende á no dar excesivo valor á lo poco que estudió, contrastándolo con el saber de otras. Pero no es esto sólo. La carestía de la vivienda obliga á innumerables mujeres que no han podido constituir una familia, que permanecieron solteras, á tener un hogar cómodo y bellamente alhajado en donde reposar é invitar á sus amistades. El club suple esta falta gratamente.

Cualesquiera que haya viajado por los países más modernos, y singularmente los Estados Unidos, se halla al tanto de lo mucho que por el arte y la cultura han hecho los clubs femeninos. Dotados en su mayoría de magníficos salones, son los primeros en dar á conocer á públicos de sen-

sibilidad y de espíritu las grandes figuras de la literatura y las artes.

Muchas nuevas tendencias del Teatro se han incubado en estos centros, é innumerables artistas que no hubieran jamás logrado triunfar si hubiesen tenido que esperar «el momento oportuno» de que hablan siempre á los noveles, los empresarios industriales, han llegado rápidamente á la cumbre de la gloria merced á la

hospitalidad de los clubs de mujeres. La enorme prosperidad de los Estados Unidos favorece, desde luego, el desarrollo de institutos de tal importancia; pero aun en países en donde la mujer no puede mostrarse tan generosa los clubs representan un papel importantísimo en la vida social y cultural de la comunidad.

En la mayoría de los casos, la formación de un club es algo casi milagroso, y ello prueba por modo categórico cuán dispuesta se halla la mujer para todo trabajo de organización y administración.

El club nace de ordinario de la costumbre de reunirse algunas mujeres dotadas de un poco de sensibilidad é inquietud de espíritu.

El primer paso es la exclamación:

«¡Si tuviéramos un sitio para reunirnos!»

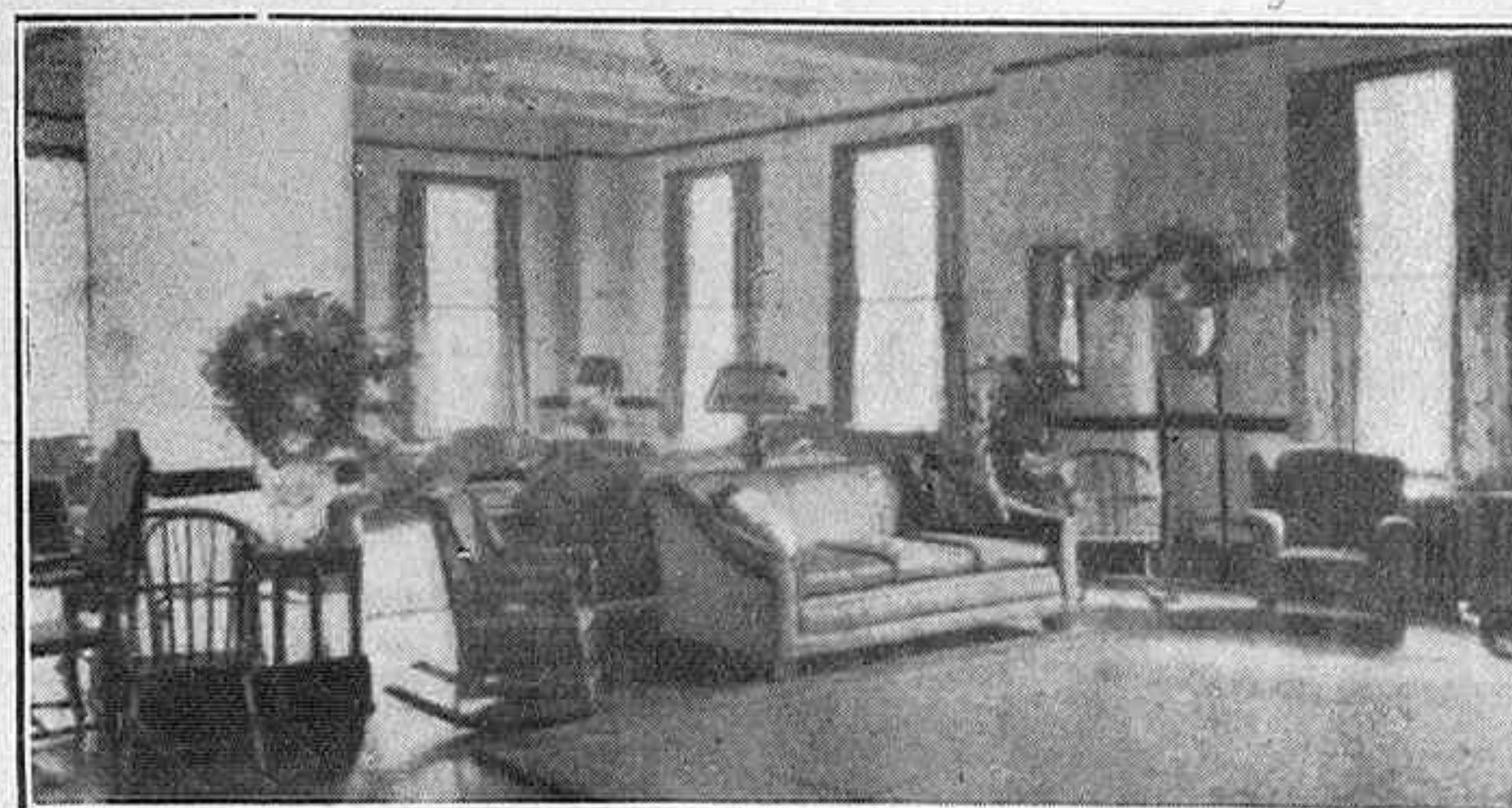
Estas palabras son consecuencia lógica del deseo de encontrarse en un terreno neutral que sea de todas y de ninguna, y en donde todo el mundo tenga el mismo derecho sin que las molestias que siempre se desprenden del hecho de recibir á un número de personas, por modestamente que se haga, recaiga sobre una sola. Claro es que la primera vez que se formula el pensamiento se le trata como un sueño irrealizable; pero, poco á poco, todo el mundo se familiariza y encariña con la idea y el club se hace. Así se han formado los importantes centros de Europa y América, donde la mujer realiza obras de gran valor en el campo de la cultura y en el social, y así irán surgiendo allí donde ni siquiera se sabe que existen, tales instituciones.

Irán surgiendo, porque la realidad de la vida los impondrá; porque son una necesidad de nuestro tiempo.

ISABEL DE PALENCIA



Casa propiedad del Club femenino de New Jersey



Salón del Club femenino de Minneapolis

Elegancias



Sombrerito de fieltro color «beige» (Modelo Suzanne Taitbot)



Sombrero de fieltro negro (Modelo Marie Alphonsine)



Sombrero de terciopelo con una cinta de fieltro (Modelo Marcelle Roze)

Sombrero de fieltro con un vivo de seda (Modelo Marie Alphonsine)



Fieltro negro con una gran caída al lado derecho y un lazo del mismo material (Modelo Henriette.—Fot. Henri Manuel)

PARA la presente temporada de otoño y lo mismo para la de invierno han lanzado los modistos parisienses multitud de trajecitos acompañados de abrigos en encantadores conjuntos.

Los vestidos están hechos, generalmente, en etamina de lana, *georgette* de lana, jersey y otros tejidos por el estilo. Algo de lencería en el cuello y en los puños y una gran sobriedad en el corte, lo que da siempre una nota de juventud, que es lo esencial en esta clase de prendas. Las faldas son en pliegues ó recortes, bus-

cando un vuelo gracioso y elegante.

Los abriguitos son rectos en general, aunque también se ve mucho la forma princesa, que tan linda silueta ofrece siempre, sobre todo cuando la mujer es alta y delgada.

Otros modelos muy de moda son los de corte de sastre. Vuelven este año con el furor de anteriores temporadas, aplicándose principalmente para las mañanas, el deporte y los viajes. En realidad, no hay *toilette* más práctica que ésta para esos usos, y su boga está perfectamente justificada.

En algunos modelos la chaqueta es sólo por delante, quedando lisa toda la espalda; un cinturoncito parte de las costuras de los lados, para cerrarse delante con una hebilla forrada de cuero.

En general, están este año de gran moda los tejidos de lana. Se ven en las mejores colecciones en toda clase de prendas. Hay unos abrigos de sport encantadores; están hechos en *kasha* de lana de fantasía.

El moiré de lana estampado es de un efecto muy original, que permite todas las fantasías de los crea-

dores de la moda. Algunas estampaciones están inspiradas en motivos indios de un efecto verdaderamente nuevo.

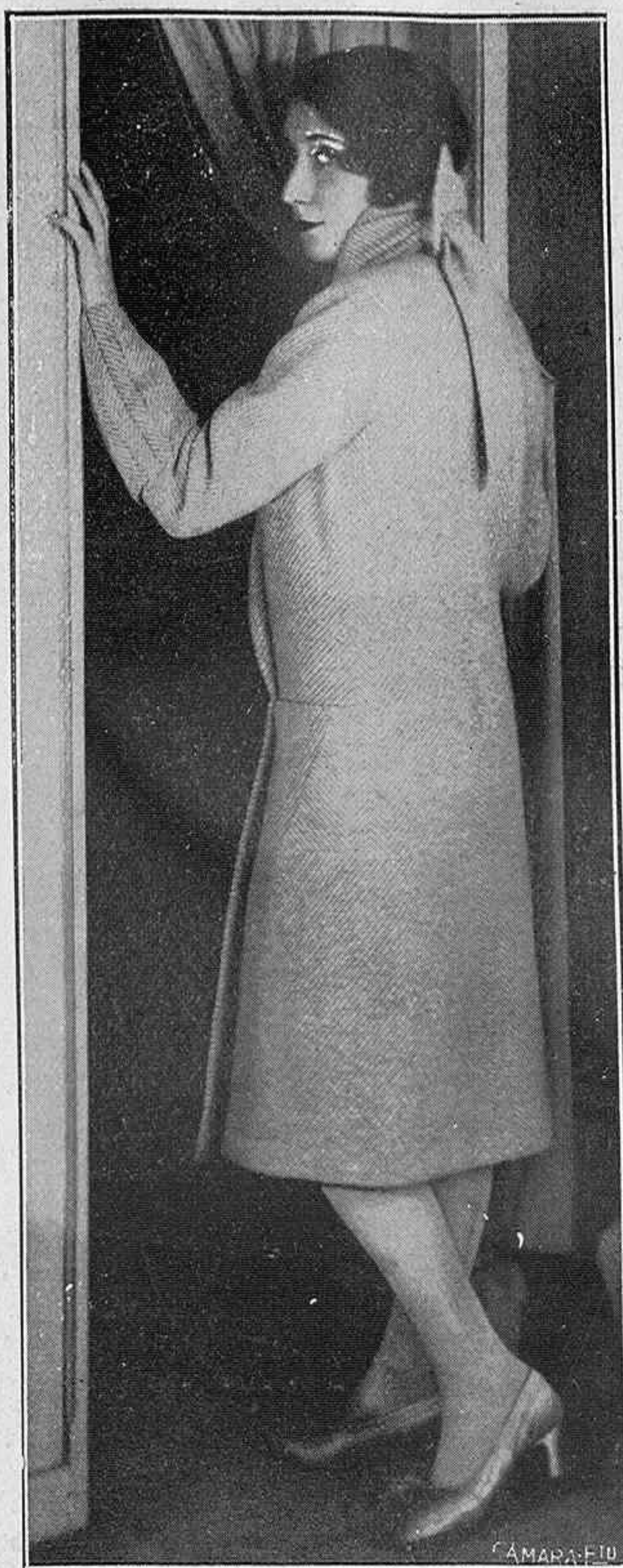
Los collares de fantasía, más bien cortos que largos, armonizando con el vestido, tendrán mucho éxito esta temporada.

En los sombreros seguirán siendo los broches de pedrería el adorno principal.

Hay una variedad considerable de modelos a cual más lindos por su esmerada confección.

ANGELITA

NARDI



Abrigo de paño «beige» con cuello de piel.
(Modelo Maquin)

Abrigo de «sport» en «tissú chiné» gris
(Modelo Flavies.—Fot. Hugelmann)



Vestido de lanilla azul con
cuello de «georgettes»



Toca de terciopelo negro drapeado
(Modelo Marthe Rivière.—Fot. Hugelmann)



Vestido de lanilla azul con
cuello de organdi



UN SALÓN DE BELLEZA EN LA SELVA AFRICANA

Muestra la ilustración adjunta que la Venus de ébano es tan cuidadosa de su belleza como la mujer supercivilizada. La selva africana posee, en efecto, al igual que cualquiera gran ciudad europea ó americana, sus salones de perfeccionamiento estético y de tocado, donde por un puñado de cuentas de cristal ó de nacaradas conchas, expertas retocadoras y peinadoras dejan á sus jóvenes parroquianas convertidas en verdaderas preciosidades con arreglo al gusto masculino de la tribu respectiva. Naturalmente, el departamento de cosméticos y afeites es por allá en extremo reducido. Limitase en general la profesora de belleza al empleo del barro, ya como suavizador de la piel, ó para dar consistencia á los extraños tirabuzones que forman el principal adorno de la cabeza.

Como se observará, los salones de embellecimiento de la *jungle* disfrutan de tan numerosa clientela como los de la urbe civilizada, probando ello la universalidad de la coquetería ó del simple deseo, tan femenino, de parecer bien.



**CONTRA
todos los dolores**

**no hay remedio de acción tan
rápida como las tabletas de**

CAFIASPIRINA

**Sus efectos son también insuperables en las
neuralgias, dolores de muelas, de oídos y de
las sienas, así como también en los que acom-
pañan a las molestias periódicas de las señoras.**

**Aumenta el bienestar, despeja el cerebro
y no ataca el corazón ni los riñones.**

